
PIETRO
ROBYN HILL

PIETRO

LOS BARONE

LIBRO TRES

ROBYN HILL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

CAPÍTULO 1

ELI

Cuatro años antes…

¿A qué hora llegará papá? Ya es bastante tarde. Mi hermana y yo intentamos cenar. El silencio en el comedor es tenso. Emma, sentada frente a mí, tiene la mirada fija en la pantalla de su móvil.

—¿Nada? —pregunto, aunque imagino la respuesta.

—Ni un mensaje —responde con un mohín de disgusto.

Suspiro y dejo el tenedor. El estofado se ha enfriado. El nudo en mi estómago no me deja comer. Papá lleva fuera desde la tarde, las dos sabemos que está en el casino de Marbella, pero no cuándo regresará a casa.

Emma, a sus dieciocho años, ya conoce demasiado bien esta rutina. Yo, a mis veintitrés, llevo lidiando con esto más tiempo del que me gustaría admitir.

Cansada de esperar, me levanto de la mesa y camino hacia la ventana. Las luces de la ciudad brillan en la distancia. En algún lugar de ese mar de neón, nuestro padre está apostando dinero que no tenemos y bebiendo más de lo que debería.

—Deberíamos ir a buscarlo —digo de repente.

—¿Y arriesgarnos a otra bronca? Sabes cómo se pone cuando interrumpimos sus partidas.

—Ya, pero algún día cometerá una locura y no podremos impedirlo.

El recuerdo de la última vez que los muchachos intentaron sacarlo del casino flota entre nosotras. Los gritos, las amenazas, la vergüenza. No, Emma tiene razón, es mejor dejarlo en paz hasta que vuelva por su propio pie.

Vuelvo a la mesa y cojo mi móvil. Le llamo una vez más, aunque sabiendo que es inútil. El tono suena una, dos, tres veces antes de saltar al buzón de voz.

—Papá, soy Eli. Llámanos cuando puedas, ¿vale?

Cuelgo y miro a Emma, resignada.

—¿Qué te parece si vemos una peli? —digo intentando sonar optimista.

—Es viernes —responde—. Podemos salir a tomar algo y distraernos.

—No es mala idea, tampoco podemos estar siempre pendiente de él. Le diré a Tom que nos lleve.

Mientras me visto en mi dormitorio, sin perder de vista el móvil, pienso que esta noche podemos fingir que somos una familia normal. Que nuestro padre no es un mafioso irlandés de

poca monta con problemas de juego. Que nuestra madre no murió hace tres años, dejándonos en este caos.

De repente, afuera oigo el coche de papá. Mi corazón da un vuelco y bajo las escaleras de dos en dos. Cruzo el vestíbulo. Emma me sigue de cerca. Rezo para que esta noche papá se haya controlado.

Abro la puerta de un tirón y me quedo helada. Gavin, la mano derecha de papá, le sostiene por la cintura. El olor a whisky y tabaco me rodea enseguida. Emma y Gavin intercambian una significativa mirada que no me pasa desapercibida.

Entre los tres llevamos a papá al salón. Sus pies se arrastran por el suelo. Lo dejamos en el sofá como un saco de patatas. Lleva la camisa arrugada y el chaleco tiene un bolsillo roto. Tiene las mejillas coloradas como el tomate.

—Lo siento, hijas —balbucea papá con la mirada vidriosa.

Un escalofrío me recorre la espalda. Nunca se disculpa, ni siquiera cuando está borracho. Algo va mal, muy mal.

—¿Cuánto has perdido? —pregunto temiendo la respuesta.

Sacude la cabeza y cierra los ojos.

—Todo —susurra—. Lo he perdido todo.

El pánico se apodera de mí. ¿Se refiere a la taberna? ¿La casa? ¿O algo peor?

—¿Qué quieres decir con todo? —insisto arrodillándome frente a él.

Papá me mira con una mezcla de vergüenza y miedo. Abre la boca pero calla.

—Gavin, ¿qué ha pasado? —pregunto con la ansiedad creciendo en mi pecho.

Niega con la cabeza.

—Es algo que tu padre debe contar, no yo.

Me giro hacia papá, que se masajea la frente surcada de arrugas. Emma le coloca un cojín para que apoye la cabeza.

—Papá, por favor —suplico—. Dinos qué ha pasado.

Emma se acerca y se arrodilla junto a mí.

—Papá, sea lo que sea, podemos solucionarlo juntos —dice tan preocupada como yo.

—Yo... —comienza, pero las palabras parecen atascarse en su garganta.

—¡Dilo ya! —ordeno incapaz de contener la frustración.

Papá toma aire y cierra los ojos.

—Jugué al póquer contra Yuri Volkov y perdí hasta la camisa —suelta de golpe.

El nombre cae como una bomba. Volkov, el mafioso ruso más temido de la Costa del Sol.

—¿Qué? —susurro incrédula.

—No me quedaba… dinero —continúa, las palabras salen a duras penas—. Y yo... yo...

—¿Tú qué? —pregunta Emma.

Papá me mira directamente a los ojos y en ellos veo el presagio de algo terrible.

—Aposté tu mano, Eli —dice finalmente.

No, no puede ser. Siento que el suelo se tambalea.

—¿Mi mano?

—Sí, y perdí. Fue una mala suerte inexplicable, de verdad. Tenía una mano buenísima, cuatro ases pero él tenía escalera de color.

—¿Mi... mano? —repito.

Papá asiente, derrotado.

—Volkov... te quiere a ti. Va a ser tu marido.

Siento que me falta el aire. Emma se lleva las manos a la boca. Gavin sacude la cabeza y entierra la mirada en el suelo.

Y yo... me quedo arrodillada frente a mi padre, incapaz de moverme, incapaz de pensar. Mi padre acaba de venderme a un monstruo.

—¡Tiene que haber una forma de anularlo! —grito—. No puedes venderme como si fuera ganado.

—No hay vuelta atrás, Eli —murmura—. Nos estrechamos la mano delante de todos. El trato está hecho.

—¿Qué? ¿Así de simple? —Mi voz tiembla de rabia—. ¿Me vendes en una partida de póquer y ya está?

—No lo entiendes —responde—. El honor de la familia está en juego. Si me echo atrás, nadie querrá hacer negocios conmigo nunca más.

—¿Honor? —digo indignada—. ¿Qué honor hay en vender a tu propia hija?

Se queda callado. Antes de darme cuenta, me abalanzo sobre él y le golpeo en el pecho.

—¡Eres un cobarde! ¡Cabrón!

Siento las manos de Emma y Gavin apartándome con fuerza.

—¡Soltadme! —grito forcejeando contra ellos—. ¡Voy a matarlo!

—Eli, por favor, cálmate —suplica Emma.

Gavin me rodea con sus brazos.

—No hagas algo de lo que te arrepientas —me susurra al oído.

Pero no puedo calmarme. La traición es demasiado grande, el dolor demasiado intenso.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —sollozo—. Soy tu hija, no una ficha de póquer.

Papá me mira, y por un momento veo vergüenza en sus ojos. Pero rápidamente su expresión se endurece, como si se hubiera puesto una máscara.

—Es lo mejor para todos —dice con voz firme, de pronto parece recuperado—. Volkov nos protegerá. Tendrás una buena vida.

—¿Una buena vida? —río con amargura—. ¿Con ese monstruo?

CAPÍTULO 2

PIETRO

En el jardín de casa, la fiesta de cumpleaños de mamá está en pleno apogeo. El aire vibra de alegría con la música en directo. Estamos mi padre, mis hermanos y los primos. Una celebración íntima a la luz de las velas, con la piscina iluminada al fondo.

Ana trae más canapés de la cocina y los deja en la mesa. Joder, qué pinta más buena. Mamá abre el regalo de papá. Una colgante que brilla como un sol. Sonríe con la ilusión de una niña.

—Pónmelo —dice ella.

—Encantado —dice papá arqueando una de sus gruesas cejas.

Cuando se lo pone, pienso que le queda muy bien. Como si se hubiera creado expresamente para su cuello. Mi madre está encantada con el regalo. Cada año, mi padre le regala una joya. Tiene ya tantas, que no sé dónde las guarda.

Mientras mi madre se hace fotos de recuerdo con el móvil, mi padre me hace un gesto con la mano para que me sienta a su lado. Salvatore, Leo y Vincenzo rodean a mamá.

—Pietro, hijo, necesito hablar contigo un momento —dice.

—¿Qué pasa?

—Tú y Leo tenéis que asistir a una boda —dice directo al grano—. Es la del ruso Yuri Volkov.

Me entrega una tarjeta de cartón. Leo dos nombres: Yuri Volkov y Elizabeth McClean. Vaya, un ruso y una irlandesa. La fecha es… ¿Mañana? Frunzo el ceño.

—Es importante que vayáis como gesto de cortesía de los Barone —dice mi padre adelantándose a mi pregunta—. Nunca se sabe si algún día necesitaremos hacer negocios con ellos.

Resoplo con fastidio.

—Papá, estoy hasta arriba con las cuentas de la familia. Es final de trimestre y...

—Es una orden, Pietro —me interrumpe con un tono que no deja lugar a discusión—. No es negociable.

Aprieto las mandíbulas conteniendo mi frustración.

—¿Por qué nosotros? ¿No puede ir Vincenzo o Salvatore?

—Vincenzo tiene otros asuntos que atender, al igual que Salvatore. Además, quiero que tú y Leo representen a la familia en este evento.

—Pero, papá, las cuentas... ¿Quién se encarga de ellas?

—Las cuentas pueden esperar. Esto es más importante —insiste—. No quiero excusas,

Pietro. Irás a esa boda con tu hermano, ¿entendido?

Suspiro, sabiendo que es inútil discutir.

—Está bien.

Mi padre asiente, satisfecho.

—Bien, te daré los detalles más tarde. Ahora seguimos disfrutando del cumpleaños.

Pero unos quince minutos más tarde, me despido de mi madre con un beso en la mejilla.

—¿A dónde vas? —me pregunta sorprendida.

—Tengo trabajo que hacer, mamá.

En el garaje, subo a mi coche y meto la llave de contacto. El ronroneo del motor de mi Rolls Royce es música para mis oídos. Pasados unos minutos, llego al restaurante del Puerto Banús, nuestro buque insignia. Saludo a los empleados, charlo con ellos y después me meto en el despacho. Estamos a final de mes, tengo tarea de contable para rato.

Lo de la boda me parece un engorro de última hora. No conozco a ninguno de los novios y seguramente a ninguno de los invitados, con excepción de mi hermano, claro. Será un aburrimiento total.

Enciendo el ordenador y me concentro en las cuentas. La pantalla ilumina mi cara en la penumbra del despacho. Empiezo por la A, la fachada legal de la empresa. Facturas, nóminas, impuestos... todo parece en orden. Pero la verdadera tarea me espera en la cuenta B, la ilegal.

Accedo a los archivos encriptados. Aquí es donde se registra el verdadero negocio: el lavado de dinero. Cifras astronómicas pasan ante mis ojos, transacciones complejas diseñadas para ocultar el origen del dinero: la venta de droga y armas.

Mientras reviso las cifras, mi teléfono vibra sobre el escritorio. Miro la pantalla: Pamela. Suspiro y contesto con desgana.

—Hola, guapo —dice ella—. Estoy pensando en ti y... bueno, me preguntaba si podrías venir a mi piso ahora mismo. Me he comprado un tanga que estoy desando que veas.

La sutileza nunca ha sido lo suyo. Consulto el reloj: las once de la noche. Aún me queda trabajo por delante.

—Lo siento, Pamela, pero estoy ocupado con las cuentas del negocio —respondo tratando de sonar amable pero firme—. No puedo ir ahora.

—¿En serio? —su voz cambia, ahora suena molesta—. Siempre estás con el trabajo. ¿No puedes dejarlo por una noche?

—No insistas. Es fin de mes y tengo que terminar esto.

—¿No tienes a empleados que lo hagan por ti?

—Nadie lo hace mejor que yo.

—Eres un aburrido, Pietro —dice—. Pero cuando quieras divertirte, ya sabes dónde encontrarme.

Antes de que pueda responder, cuelga bruscamente. Dejo el teléfono sobre el escritorio y me froto los ojos, cansado. No tengo tiempo ahora mismo para dramas.

Vuelvo a centrarme en la pantalla del ordenador. Los números bailan ante mis ojos, pero me obligo a concentrarme. Hay demasiado en juego como para permitirme distracciones. Las mujeres vienen y van, pero la contabilidad siempre está ahí, pidiendo atención. «Las cuentas pueden esperar», ha dicho mi padre en la fiesta, pero no es así. Las cuentas necesitan ser revisadas.

CAPÍTULO 3

ELI

El vestido de novia está extendido sobre la cama de mi dormitorio. Es bonito, no puedo negarlo. El encaje del corpiño, los bordes de la falda, las mangas transparentes. Pero la idea de ponérmelo me revuelve el estómago.

—Eli, deberías probártelo —dice Emma—. Mañana es el día.

Resoplo y me dejo caer en la silla frente al tocador.

—No pienso ponérmelo, Emma. No me voy a casar con ese ruso.

El recuerdo de mi primer encuentro con Volkov días atrás me hiela la sangre. Ojos saltones, barba canosa y su barriga cervecera. Y lo que es peor, debe de tener al menos treinta años más que yo.

—Me estoy acordando ahora de cuando vino a casa —le digo a Emma, girándome para mirarla—. Fue horrible.

Emma asiente, pellizcándose el labio inferior.

—Sí, daba miedo.

—¿Miedo? Era aterrador —me levanto y empiezo a caminar como una leona enjaulada—. ¿Cómo se supone que voy a casarme con un hombre tan mayor?

—Tal vez no sea tan malo —dice Emma en voz baja—. Quizás...

—¿No tan malo? —la interrumpo—. Emma, ese hombre es una bestia. Lo vi en sus ojos. La forma en que me miró, como si se relamiera de gusto con solo pensar que me va a ver desnuda y a… bueno, no puedo ni pronunciar la palabra.

—Sí, tienes razón. Yo también me di cuenta de esa repugnante mirada.

—No puedo hacerlo, Emma —digo sintiendo que las lágrimas amenazan con brotar—. No puedo casarme con él.

—¿Y si te casas y te divorcias pasados unos años?

—En la mafia no hay divorcios. Deberías saberlo.

Emma se levanta y empieza a desvestirse hasta quedarse en ropa interior.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Me voy a probar el vestido —responde con determinación, cogiéndolo.

—¿Te has vuelto loca?

Me acerco a ella e intento arrebatárselo.

—¡Deja eso!

Emma lo aparta bruscamente.

—Me casaré yo —dice con decisión—. Por ti, Eli. Para evitarte el sufrimiento.

La miro boquiabierta, incapaz de procesar lo que acabo de oír.

—¿Qué dices? No, de ninguna manera —Niego con la cabeza—. Ni se te ocurra, Emma.

—¿Por qué no? —insiste—. Soy mayor de edad, puedo hacerlo.

—¡Porque no! —grito, quitándole por fin el vestido de las manos—. ¿Crees que voy a permitir que te sacrifiques así? ¿Que te entregues a ese... ese hombre?

—¡Tú tampoco deberías hacerlo! —exclama Emma.

—¡Soy la hija mayor!

—¡No quiero verte sufrir, Eli! ¡No puedo soportarlo!

La abrazo. Su gesto me conmueve el alma.

—Emma, escúchame —digo—. Aprecio lo que quieres hacer, de verdad. Pero no puedo permitirlo. No voy a dejar que arruines tu vida por mí.

—¿Y qué pasa con tu vida? —pregunta ella, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Es que no importa?

—Claro que importa —suspiro, dejando caer el vestido al suelo—. Pero...

—¿Pero qué? —me interrumpe—. Si tú no quieres casarte, yo lo haré. Es mi decisión.

—No, Emma —digo emocionada—. No puedo permitir que hagas esto. Es mi responsabilidad.

Empiezo a desvestirme y, con la ayuda de Emma, me pongo el dichoso vestido de novia. Me giro hacia el espejo de cuerpo entero y contengo la respiración. Se ajusta a la perfección. Por un momento, me permito imaginar cómo sería si esto fuera una boda normal, con un hombre al que amara. Pero, por lo que sea, no merezco la felicidad.

Mañana me casaré con Volkov, me digo resignada. Un hombre que me repugna. Un hombre que me dobla la edad y que, según dicen, es capaz de las peores atrocidades.

—No me odies si te digo esto, pero te ves preciosa, Eli —dice con las manos en la cara.

Asiento, incapaz de hablar. No solo tendré que casarme con Volkov, sino que tendré que compartir su cama. Tendré que entregarle mi cuerpo. Ay, si mamá estuviese viva qué disgusto se llevaría.

El pensamiento me revuelve el estómago. Cierro los ojos, intentando contener las náuseas. Cuando los abro de nuevo, mi reflejo me devuelve una mujer pelirroja, con pecas y una profunda mirada de tristeza.

No me queda otra opción. Tendré que casarme con Volkov y cumplir con mis deberes como esposa. Por mi familia, por Emma. No permitiré que ella se sacrifique en mi lugar.

CAPÍTULO 4

PIETRO

El salón del lujoso hotel donde se celebra el banquete está a reventar de invitados. Los camareros se mueven a toda prisa entre las mesas, sirviendo los primeros platos al mismo tiempo en un movimiento coordinado. Pero para mí el espectáculo está en otro sitio. No puedo dejar de mirar a Elizabeth McClean, la novia.

Desde que la vi entrar en la iglesia ortodoxa, no me la quito de la cabeza.

Su cabello rojo, sus labios carnosos, su piel de porcelana. Joder, es perfecta. Pero algo me intriga. ¿Por qué mantiene esa expresión tan seria? Parece que la van a conducir al matadero. Sus ojos parecen buscar algo en el vacío. ¿Qué estará pasando por su mente?

Leo se inclina hacia mí y me da un codazo.

—Mira eso —susurra, señalando discretamente hacia Yuri Volkov.

El General, como también le llaman por su pasado militar, está de pie con una copa de vino junto a un camarero que mantiene la cabeza agachada.

—¿Te parece aceptable este servicio? —pregunta el ruso con desprecio.

El camarero apenas puede balbucear una respuesta coherente antes de que Volkov vierta el contenido de la copa sobre su camisa blanca. La cara del camarero se pone pálida, mientras los invitados observan con un silencio incómodo.

—Esto es inaceptable —gruñe Volkov, apartando al empapado camarero con un gesto brusco.

Leo y yo intercambiamos una mirada rápida. La brutalidad de Volkov no es una novedad, pero ser testigos de su crueldad es un recordatorio inquietante del tipo de hombre que es.

—Ese tipo es un imbécil —murmura Leo antes de dar otro sorbo a su copa.

Asiento en silencio, pero mis ojos vuelven a buscar a Elizabeth, radiante en su vestido blanco. Ha presenciado toda la escena con los labios apretados. Algo en su postura revela una tensión contenida.

El banquete transcurre sin más altercados. La verdad, la comida está increíble. Expando la vista por si veo alguna mujer que me interesa, pero al final acabo en la bellísima Elizabeth. Su familia tampoco parece especialmente alegre. Ni su padre ni su hermana parecen tan contentos como la familia Volkov. Tiene toda la pinta de un matrimonio concertado.

Con la llegada del postre, me levanto de la mesa con desgana para hablar con el cretino de Volkov. De alguna forma hemos de dejar constancia de que los Barone han cumplido con el protocolo de cortesía. Leo está enfrascado en una animada conversación con una morena

despampanante, así que les dejo a solas.

—Enhorabuena, General —le digo, forzando una sonrisa mientras le estrecho la mano.

Volkov me mira con sus ojos fríos y aprieta mi mano con una fuerza excesiva. Su aliento apesta a vodka.

—Ah, Pietro Barone —dice con su marcado acento ruso—. Gracias por venir. ¿Está disfrutando de la fiesta?

—Por supuesto, todo está impecable.

Volkov suelta una carcajada estruendosa.

—Estoy deseando que el banquete termine de una puta vez —dice bajando la voz—. Tengo ganas de que empiece mi noche de bodas, ¿sabe a lo que me refiero, verdad?

Su risa vuelve a resonar, áspera y desagradable. Miro de reojo a Elizabeth, que ahora está sentada sola en la mesa principal, como perdida en sus pensamientos.

—Sí, lo sé —respondo, tratando de mantener un tono neutral.

Volkov me da una palmada en el hombro.

—Esa pelirroja es un bombón, ¿eh? No puedo esperar a tenerla en mi cama —dice relamiéndose los labios.

Siento una punzada de asco en el estómago. Este cerdo es un hombre con suerte, aunque debería tratar con más respeto a su esposa. Aprieto los puños, conteniendo las ganas de partirle la cara.

—Seguro que sí —digo con escaso interés en seguir con la conversación.

—Y me ha salido muy barata, la gané en una partida de póquer. Su padre se quedó arruinado y aceptó apostar la mano de su hija. ¡La mejor jugada de mi vida! Ah, deberías haber visto la cara de Robbie McClean cuando mostré mi escalera de color, se puso blanco —dice entre groseras carcajadas.

Su padre se aproxima lentamente. Deberá de tener unos ochenta años, su piel está enrojecida por el sol y sus ojos son pequeños e inquietos. Lleva dos puros en la mano.

—Toma, hijo —dice entregándole uno.

Volkov acepta el puro y su padre se lo enciende.

—Pietro, te presento a mi padre, Pavel —dice entre una bocanada de humo.

—Un placer conocerle, Sr. Volkov —respondo estrechando su mano.

—Qué lástima que no haya podido venir tu padre a la boda, ¿no crees?—pregunta con un tono de reprobación.

—Tenía asuntos urgentes que atender —respondo con diplomacia.

Volkov padre suelta una risa parecida a la de su hijo. Espantosa.

—Claro, claro. Siempre tan ocupado, el bueno de Giovanni —dice y da una calada a su puro —. En fin, es una pena que se pierda un evento tan interesante.

Después de unos minutos de charla intranscendente, decido marcharme.

—Si me disculpan, voy a saludar a la novia —digo inclinando ligeramente la cabeza.

Me alejo dejando atrás un olor intenso a tabaco. Me dirijo hacia Elizabeth, que sigue sentada con su familia en la mesa principal. El protocolo me sirve de excusa para verla de cerca.

—Buenas noches, Sra. Volkov —digo sonriendo—. Permítame presentarme, soy Pietro Barone.

Elizabeth levanta la mirada hacia mí. Sus bellos ojos castaños me atraviesan, y por un momento me quedo sin palabras. Siento una oleada de deseo que me deja tambaleante.

—Encantada —dice con un hilo de voz.

No, no parezca que tenga muchas ganas de hablar. Estrecho su mano y, al rozar su piel, noto una pequeña descarga eléctrica. Me sorprende que no lleve maquillaje, pero aun así es una mujer con una belleza única.

—¿De qué parte de Irlanda vienen? —pregunto solo por hablar de algo, por prolongar el momento mientras admiro sus graciosas pecas que adornan su cara.

—De Dublín —responde con una leve sonrisa.

Su mano ganada al póquer, ¿eh? No puedo evitar sentir algo de lástima por ella. Ha pagado un alto precio por ser la hija de un ludópata.

—Una bonita ciudad, la felicito.

—Gracias, Sr. Barone.

Me dispongo a hacerle otra pregunta a Elizabeth, deseoso de profundizar en nuestra conversación, cuando de repente Volkov aparece como un toro embravecido.

—Vamos a bailar, cariño —gruñe, agarrando el brazo de Elizabeth con brusquedad.

Ella se levanta con un sobresalto. Volkov la arrastra hacia la pista de baile sin siquiera dirigirme una mirada de disculpa. Joder, qué putada. Me apetecía seguir conociéndola.

En la pista, Volkov rodea la cintura de Elizabeth con sus toscas manos. Ella mantiene la distancia tanto como puede. La pareja se mueve con torpeza, Volkov pisoteando el delicado vestido de novia. Son la bella y la bestia, pero sin el encanto del cuento.

De repente, mi mirada se cruza con la de una mujer rubia al otro lado del salón. Es impresionante, con un vestido azul que se ajusta a su figura como un guante. Ella me dedica una sonrisa seductora. Siento un cosquilleo en el estómago.

La rubia levanta su copa en mi dirección, invitándome a que inicie la conversación. Sonrío, parece que la noche aún puede deparar alguna sorpresa agradable.

CAPÍTULO 5

ELI

En el salón del banquete, Volkov me agarra de la mano con una fuerza que me hace sentir como si mis huesos fueran a romperse en cualquier momento. Más que bailar, lo que hace es mover las rodillas de una manera estúpida.

—Vamos, mi querida Elizabeth, ya está bien de baile —dice sonriendo con su boca apestando a tabaco—. Esta noche es nuestra noche especial, y quiero que empiece ya.

Me arrastra fuera del salón. Intento mantener la calma mientras me lleva por el pasillo del hotel.

—Yuri, no me siento bien —digo tratando de sonar convincente—. Creo que debería descansar un poco.

Él se detiene y me mira con un brillo de enfermiza lujuria.

—Eso se te pasará en cuanto me la chupes —responde sin inmutarse, volviendo a caminar sin soltarme de la mano.

En el ascensor, arcada en mi estómago. Lo que me espera en la suite es horrible. Quiero despertar de esta pesadilla. Todo mucho peor de lo que imaginé.

Salimos del ascensor y recorremos el pasillo. Caminamos unos veinte metros y se detiene frente a una puerta blanca de doble hoja. Volkov saca la llave con manos torpes, la inserta en la cerradura y empuja la puerta con una patada. Entramos en la suite, decorada con muebles caros y tupidas cortinas que caen con elegancia sobre la moqueta.

—Este es el inicio de una nueva vida. Vete desnudando —dice, y se dirige al mueble bar para servirse una copa.

—Yuri, no me encuentro bien. Estoy como mareada.

—No me importa —dice de espaldas, sirviéndose de una botella acristalada—. Esta noche vas a cumplir con tus obligaciones maritales.

Las rodillas me tiemblan. ¿Cómo voy a salir de esta?

—Si me das tiempo, a lo mejor, yo…

Se bebe la copa de un sorbo y la arroja al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Con el dorso de la mano se seca la boca como un animal. Me entra un escalofrío al pensar en ese cerdo va a estar dentro de mí.

—A lo mejor, ¿qué? ¿Te enamorarás de mí? —dice y vuelve a estallar en una carcajada repugnante.

—No, pero me haré una…

—Te he dicho que te desnudes —interrumpe—. ¿Vas a hacerlo por las buenas o las malas?

Una lágrima cae por mi mejilla, mientras me quito el vestido lentamente. Yuri está a un metro de mí, estudiando mi cuerpo. Cuando me quedo solo con mi ropa interior, se baja con ansia los pantalones y los calzoncillos hasta la rodilla.

—Ya sabes lo que hay que hacer —dice implacable.

De repente, encuentro la determinación que necesito y niego con la cabeza.

—¿Así que no quieres, eh? —pregunta incrédulo.

Intenta cogerme de la cabeza con las manos, pero me resisto. Prefiero morir antes de tocar a ese cerdo.

—Hazlo o te arrepentirás —me amenaza con la mirada enturbiada por el alcohol.

—¡No! —digo desafiándole.

—Esperaba más de ti —dice enfadado—. Ahora te castigaré por tu insubordinación.

Me arrastra hacia la cama. Para él no soy más que un objeto para su placer.

Encogida, observo a Volkov desatar su furia. Sus ojos, inyectados en sangre, parecen los de un loco. Agarra una lámpara de la mesita de noche y la estrella contra la pared, haciendo que salten pedazos de cristal por todas partes. Está fuera de control.

—¡Ingrata! —ruge, volcando la mesita de un manotazo—. ¡Te enseñaré a respetarme!

Volkov arremete contra todo lo que observa a su alrededor. Arranca las cortinas, rompe los cuadros, vuelca los muebles. El dormitorio se convierte en un caos en cuestión de segundos.

Mi corazón late tan fuerte que temo que se me salga del pecho. Quiero gritar, pedir ayuda, pero el miedo me paraliza.

Volkov agarra una lámpara de pie y la estrella contra la pared. El estruendo me hace dar un respingo.

—¡Nadie me dice que no! —brama pateando una silla—. ¡Nadie!

Temo que en cualquier momento dirija su ira hacia mí. Si pudiera escapar… Le miro con un odio inhumano. Aprovechando que está de espaldas y borracho, le empujo con todas mis fuerzas. Se tropieza hasta que cae al suelo.

Aprovecho el momento para correr hacia la puerta. Mi corazón late desbocado. La libertad está a solo unos metros, tengo que lograrlo. Giro el tirador de la puerta, pero de repente siento un tirón en el brazo.

—¿Dónde crees que vas? —gruñe.

Volkov me arrastra de vuelta al dormitorio. Lucho con todas mis fuerzas, arañando, pataleando, intentando liberarme de su zarpa.

—¡Nadie va a ayudarte! ¿Sabes por qué? ¡El hotel es mío!

Muerdo su mano con fuerza. Volkov aúlla de dolor y se aparta. Le suelto un codazo en las costillas. Suelta una maldición en ruso. Otra oportunidad. Vuelvo a correr hacia la puerta, pero se recupera y me alcanza. Sus ojos brillan con lujuria y rabia.

—Se acabaron los juegos —amenaza.

Trago saliva. Estoy perdida.

CAPÍTULO 6

PIETRO

En el dormitorio de una de las habitaciones del hotel, me apoyo en el borde de la cama para ponerme los pantalones. Aún siento el calor de ella. Hay desorden, las sábanas revueltas y el vestido colgando de mala manera del respaldo de una silla. Su perfume flota en el aire mezclado con el aroma del sexo.

La mujer, desnuda, se incorpora en la cama con una mirada suplicante, una súplica que conozco demasiado bien.

—Pietro, ¿por qué no te quedas esta noche? —pregunta—. Me encantaría conocerte mejor.

Ella no entiende que no soy hombre de promesas ni de largas noches compartidas. Me encantó nuestro juego de seducción durante el banquete. Las miradas provocativas, los pequeños roces, las sutiles insinuaciones.

—Tengo que irme —digo de pie mientras me pongo la camisa—. Asuntos personales.

Ella suspira y baja la mirada, resignada. Termino de abotonarme la camisa y me agacho para recoger mi chaqueta. Al lado, está la pistola en la funda. Por suerte, se tragó que me dedico a la seguridad privada. A diferencia de otros, no soy de los que van presumiendo que pertenezco a la mafia. Prefiero la discreción.

—Así que esto es el polvo de una noche —dice sin disimular su indignación.

—No hice ninguna promesa.

—Ya lo sé, pero ni siquiera me has pedido mi número de teléfono.

—Dámelo, si quieres.

—Lo dices con unas ganas…

—Solo intento no crear falsas esperanzas.

—Pues más bien consigues ser un borde.

«Sí, Pietro, eres un borde, algún día tendrás que admitirlo», pienso.

—Créeme, no soy el hombre adecuado para una relación.

—Ni que te hubiera pedido matrimonio —dice y se da la vuelta—. Anda, márchate. Prefiero estar sola.

—Como quieras.

Compruebo la hora en mi reloj de pulsera. Medianoche. Abro la puerta y salgo al pasillo. Camino hacia el ascensor, pensando en dirigirme al aparcamiento, subirme al coche y largarme a casa. No tengo tiempo para remordimientos ni para los caprichos de una amante ocasional. Mi vida es demasiado complicada para eso.

Leo también ha ligado, solo que se ha ido a la casa de la chica. No me ha mandado mensajes, así que todo habrá ido sobre ruedas.

Presiono el botón del ascensor y espero. Me asalta la imagen de Elizabeth, su tristeza contrastando con el bruto de Volkov.

Oigo un grito que rompe el silencio. Me quedo paralizado. ¿Viene de una de las habitaciones?

Sin pensarlo, vuelvo sobre mis pasos. Todas las puertas son iguales y todo está ahora en calma. De repente, otro grito, aunque esta vez más ahogado. Me detengo frente a la puerta de una suite.

—¡Suéltame, Yuri! —exclama una voz femenina.

¿Yuri? Ese es el nombre de pila de Volkov. Supongo que Elizabeth estará con él. ¿Se encontrará en peligro?

Empujo ligeramente la puerta, que está entreabierta. Entro en la suite, pongo mis sentidos en alerta máxima. El ruido proviene del dormitorio. Avanzo con cautela.

La suite es un desastre. Ropa tirada por todas partes, una lámpara rota en el suelo, sillas volcadas. Al entrar en el dormitorio, me encuentro con una escena sobrecogedora.

Elizabeth está sobre la cama en ropa interior. Volkov encima, con una mano alzada lista para abofetear.

—¡Ni se te ocurra! —exijo hirviendo de rabia.

Volkov me mira con furia.

—¿Qué coño haces aquí, Barone? ¡Esto no es asunto tuyo! ¡Largo de aquí ahora mismo!

—No pienso irme y dejarla contigo, malnacido.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo! —brama Volkov—. ¡Esto es entre mi esposa y yo!

Elizabeth aprovecha la distracción y se zafa del ruso.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —le grita a ella.

Elizabeth se coloca a mi lado. Volkov me fulmina con la mirada.

—¿No me has oído, Barone? —gruñe—. Lárgate ahora mismo o desencadenaré una guerra entre nuestras familias. No te metas en asuntos que no te conciernen.

—No voy a permitir que le pongas una mano encima —declaro con determinación—. Esto se acabó, Volkov. Me da igual quien seas.

El ruso da un paso amenazante hacia mí.

—Te voy a...

No le dejo terminar la frase. En un movimiento rápido, desenfundo mi pistola bajo la axila y le apunto al pecho.

—Quieto —ordeno—. Ni un paso más o te lleno de plomo, cabrón.

Volkov se detiene, pero una sonrisa siniestra se dibuja en su rostro. En cuestión de segundos, extiende el brazo hacia la cómoda y abre el cajón superior. Saca su pistola. Una Smith&Wesson plateada. Se gira hacia mí y me apunta. Su vida o la mía.

Aprieto el gatillo.

El disparo retumba en el dormitorio. Volkov deja caer su arma, se lleva la mano al pecho y se tambalea. En su cara hay una expresión de sorpresa y miedo. Va a morir y lo sabe. Una mancha roja se hace más grande en su camisa. Al apoyarse en la cómoda, resbala y cae.

Me giro hacia Elizabeth, que tiembla como una hoja.

—Tranquila —le digo en voz baja—. No voy a hacerte daño.

Asiente con la cabeza, pero está en shock.

Me acerco al cuerpo de Volkov. Me agacho junto a él y coloco dos dedos en su cuello, buscando el pulso. Nada. Ni un latido. Está muerto.

—Mierda —murmuro.

Un problema muy gordo. He matado a uno de los jefes de la mafia rusa. Las consecuencias van a ser catastróficas. La guerra entre familias será inevitable a no ser que salgamos de aquí a toda prisa.

Me incorporo y miro a Elizabeth. Sigue inmóvil, con la mirada perdida.

—Elizabeth —la llamo suavemente—. Tenemos que irnos de aquí. Ya.

Ella parpadea y me mira, como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué... qué va a pasar ahora? —pregunta.

Si la dejo aquí, ella dirá a la policía que lo pasó y los Volkov se acabarán enterando.

—Ahora mismo, lo importante es sacarte de aquí —respondo—. ¡Vístete! ¡Rápido!

Elizabeth asiente y empieza a vestirse mecánicamente. Vigilo la puerta con la pistola en la mano. En cualquier momento pueden llegar los hombres de Volkov.

Mi mente trabaja a toda velocidad. Necesitamos un plan. Un lugar seguro donde escondernos hasta que pueda contactar con mi familia y explicarles la situación. Porque una cosa está clara: ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 7

ELI

Siento la dura mano de Pietro envolviendo la mía mientras salimos al pasillo. A lo lejos, un par de huéspedes se mueven inquietos, como alertados por el ruido pero sin saber qué hacer. Pietro tira de mí para que no nos vean.

—Será mejor que evitemos el ascensor —dice.

Bajamos con apremio por las escaleras de servicio. Sigo aturdida, confusa y con el corazón revolucionado. ¿La intervención de Pietro ha sido un milagro? ¿Yuri está muerto de verdad? ¿Qué va a ser de mí?

Llegamos al aparcamiento. El eco de nuestros pasos resuena por las columnas y el techo de cemento. Nos detenemos frente a un Rolls-Roye impresionante.

—Sube —ordena.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro.

Entre la angustia que aún me invade, voy recobrando algo de sentido común.

—Espera, deberíamos hablar con la policía.

—A mí no pueden relacionarme con lo que ha pasado —replica enseguida—. Si quieres, quédate y habla tú con la policía. Pero los Volkov te matarán.

—¡Pero si no he hecho nada!

—Lo sé, pero a ellos les dará igual. Sospecharán de ti, y los rusos no se andan por las ramas —dice clavándome la mirada—. Puedo darte dinero y una nueva identidad. Empezarás una nueva vida donde tú quieras.

¿Y mi familia? Quizá más tarde pueda ponerme en contacto con ellos. Si me quedo, me obligarán a casarme con otro Volkov o, cómo dice Pietro, incluso me matarán porque esta gente reacciona así cuando matan a uno de los suyos. Pensarán que formo parte de una conspiración, o igual me venden a cambio de dinero.

Por otro lado, ¿marcharme con él, un desconocido? Me ha defendido, es mi ángel de la guardia, eso dice que puedo confiar en él, creo. Es desesperante, quiero tomar la mejor decisión, pero todas las opciones son malas.

Suspiro largamente.

—Vale, vamos al lugar seguro —digo al fin.

—Dame el móvil —exige—. La policía y los Volkov pueden rastrearte sin ningún problema. Lo tiraremos en la primera alcantarilla que encontremos.

Abro el bolso y se lo entrego. Subimos al coche y salimos del aparcamiento con urgencia. Enseguida circulamos por la autovía. Las luces de Marbella se van quedando atrás. ¿Dónde estará ese lugar seguro? La tensión en mis hombros no desaparece, pero al menos ya no siento la presencia opresiva de Yuri.

Después de dejar la autovía, ascendemos por una carretera serpenteante. El camino cada vez más estrecho y oscuro. No puedo dejar de pensar en Emma, en mi padre, en su reacción cuando sepan lo que ha pasado.

—Tengo que decirle a mi hermana que estoy bien.

Pietro niega con la cabeza sin dejar de mirar la carretera.

—Cuanto menos sepa, mucho mejor. De lo contrario, la presionarán para que diga lo que sabe.

Después de lo que me parece una eternidad, llegamos a una pequeña cabaña escondida en el bosque. Rústica pero acogedora. Una chimenea, una tele, un par de sillones y una pequeña cocina. Pietro empieza a hacer llamadas con el móvil y yo me dirijo al baño. Necesito con desesperación un momento para mí misma.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella, dejando escapar un suspiro que he estado conteniendo. Después abro el grifo del lavabo y me echo agua a la cara. Miro mi reflejo en el espejo; mis ojos están rojos e hinchados, y tengo el maquillaje corrido. Vamos, un espanto.

Las imágenes vuelven a mi mente una claridad brutal: Volkov cogiendo mi brazo con fuerza, Volkov arrastrándome por la habitación... Su mirada de loco mientras destrozaba todo a su paso... Y el miedo que aún sigo sintiendo.

Trato de apartar esos recuerdos. Tengo que pensar en lo que viene ahora. Al salir, Pietro sigue hablando por teléfono junto a la ventana. Me observa por un momento, y asiente como si estuviera confirmando algo para sí mismo.

—Todo está arreglado —dice cuando cuelga—. Te quedarás aquí un par de días hasta que sea seguro moverte. Necesitaré una foto tuya para el pasaporte falso.

Me siento en uno de los sillones, agotada física y emocionalmente. Pietro coge el móvil y me hace la foto-retrato. Después, se sienta frente a mí. Su expresión es seria pero tranquila. Me fijo en sus pupilas verdes, fascinantes y magnéticas. Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Pero esto no hace más que confundirme. Estoy loca pensar en él de esa manera cuando estoy metida en este lío. Algo está mal en mí.

—Nadie merece pasar por lo que tú acabas de pasar —dice—. No podía quedarme sin hacer nada.

—Ese hombre me iba a destrozar, a violarme, no sé…

Ahora siento que todo me cae de golpe. Rompo a llorar.

Se levanta y se sienta a mi lado. Su mano en mi espalda, cálida y protectora. Me reconforta de una manera inesperada. Sin pensarlo, arrastrada por la ansiedad, apoyo mi cabeza en su pecho. Sus brazos me rodean, dándome una profunda sensación de seguridad que no había experimentado en mucho tiempo.

—Empezar de cero no es fácil —dice suavemente—, pero puede ser una oportunidad para ti. En un lugar donde nadie te conoce, puedes ser quien quieras ser. Libre del pasado.

—Pero, ¿cómo puedo dejar todo atrás? —pregunto entre sollozos—. Mi hermana, mi pobre hermana.

—Entiendo que es difícil —responde con calma—, pero a veces la vida nos obliga a tomar caminos inesperados. Lo que ha ocurrido es una desgracia, sí, pero también puede abrirte nuevas

puertas. Imagínate lejos de todo esto, en un sitio tranquilo y seguro. Nadie va a ordenar que te cases con alguien que no quieras.

Levanto la cabeza y lo miro otra vez a los ojos, esos ojos de un verde infinito. Hay comprensión y determinación. No es solo un mafioso, hay algo más en él que no había notado antes. Algo que me hace sentir menos sola.

—¿De verdad crees que puedo tener una nueva vida sin problemas? —pregunto, buscando una chispa de esperanza en la oscuridad.

—Lo creo —responde asintiendo—. No será fácil, pero sí posible. Como en las películas, serás algo así como uno de esos testigos protegidos por el FBI.

El alcance de sus palabras crea una conexión entre nosotros. Siento su mano deslizarse por mi espalda hasta quedarse en mi cintura. Este hombre valiente y astuto de rasgos perfectos transmite una sexualidad apabullante. Cómo me hubiera gustado conocerle en otras circunstancias.

—¿Necesitas algo? —pregunta.

—Sí, volver al pasado. Tener una máquina del tiempo para volver a esa horrible noche en el que mi padre jugó al póquer y me vendió —digo secándome las lágrimas—. ¿Por qué? ¿Por qué me ha pasado esto a mí?

—Date tiempo, Elizabeth. Dicen que el tiempo lo cura todo.

CAPÍTULO 8

PIETRO

Por la mañana me despierto solo en uno de los dormitorios. Como no oigo nada, supongo que Elizabeth duerme. Le vendrá bien. Me visto, me aseo y antes de marcharme le dejo una nota sobre la mesa del salón. «Me voy a hacer las gestiones. Estaré casi todo el día fuera».

Salgo de la cabaña y subo al Rolls-Royce. La mañana es luminosa pero sofocante. Me dirijo al banco donde tengo una cuenta que uso solo para situaciones de emergencia. La cajera me atiende con amabilidad. La cantidad de dinero que solicito y mi apellido abren todas las puertas. Salgo del banco con un abultado sobre lleno de billetes.

El siguiente paso es conseguir el pasaporte falso para Elizabeth. Mi contacto en la falsificación es un viejo conocido de la familia. Quedo con él en un pequeño café cerca del puerto deportivo. Manuel, siempre ansioso por ganar dinero fácilmente, acepta el encargo sin muchas preguntas.

—Lo tendrás mañana por la mañana —asegura.

—No me falles —le advierto.

De vuelta al coche, en mi móvil busco noticias sobre lo sucedido en el hotel. Nada. Qué raro. Ninguna mención del cadáver de Volkov. Tal vez es demasiado pronto o alguien está silenciando la información para que la opinión pública no se escandalice. De cualquier manera, esto me da un margen más amplio para maniobrar.

Mañana a esta hora, Elizabeth empezará su nueva vida.

Al anochecer, conduzco de vuelta a la cabaña. Tengo ganas de volver a verla. Su melena pelirroja, su carita blanca y pecosa, sus labios carnosos… Llevo todo día pensando en ella. El deseo crece dentro de mí como una llama incontrolable.

Cuando llego, las luces están encendidas. La media luna brilla en lo alto del cielo nocturno. En la ventana, una de las cortinas se descorre. Será Elizabeth, inquieta por saber quién ha llegado.

Antes de que llegue a la puerta, ella ya la ha abierto.

—He traído la cena —digo mostrando una bolsa de comida—. Supongo que estarás hambrienta.

—Sí, me muero de hambre.

—He traído de todo un poco: ensalada, paella, pasta y fruta. Para beber, una botella de vino, un Vega Sicilia.

En el salón, el televisor tiene la imagen de una película pausada.

—Estaba tan aburrida que me puse un DVD que encontré —dice.

—Sí, aquí no hay mucho que hacer. Solo pasear por el bosque.

En la cocina, voy sacando la comida y sirviéndola en platos.

—Mañana por la mañana vendrá alguien a recogerte, uno de mis hombres. Te llevará al aeropuerto de Gibraltar. Tendrás un nuevo pasaporte y dinero en metálico para comprar un billete de avión con el destino que elijas.

—No sé adónde ir.

—Piénsalo bien, pero no me lo digas. Eso es cosa tuya. Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor.

Unos minutos más tarde, termino de cenar. Con una copa de vino en la mano, me recuesto en la silla, observándola en silencio mientras ella se lleva el tenedor a la boca. Puedo sentir cómo mi cuerpo quiere acercarse a toda costa. Ella, sin quererlo, está creando una fuerte necesidad de poseerla. No desde ahora, sino desde el banquete.

Podía haberme quedado en casa y no volver, que otro se encargara de darle la información, de traerle la cena. Pero si he vuelto ha sido solo para verla una última vez. Sí, la deseo. Y lo que quiero siempre lo consigo.

Se levanta de la mesa, recoge algunos platos y los lleva a la cocina. La sigo con la mirada. Se mueve con elegancia. Al ver que se dispone a fregar, me acerco.

—No hace falta que lo hagas —digo—. Ya lo hará otro por nosotros.

Ella me mira con una sonrisa.

—No pasa nada, Pietro. Necesito hacer algo para no volverme loca.

Poso mis manos sobre las suyas, deteniéndola suavemente.

—Ya se encargará alguien de esto —insisto.

Suelta un suspiro, pero no suelta los platos. Nos quedamos mirándonos por un instante que parece eterno.

—Quiero hacerlo, aquí el tiempo se pasa muy lento —dice ella.

Empiezo a forcejear por los platos. Los dos sonreímos mientras trato de quitárselos. Sigue resistiéndose, jugando a salirse con la suya.

—Eres muy terca —comento sonriendo.

—Y tú muy mandón —replica ella, sin ceder terreno.

En un movimiento rápido, le quito los platos y los echo al fregadero. Para evitar que vuelva a cogerlos, le cojo de las muñecas. Volvemos a forcejear. Nos quedamos muy cerca, demasiado cerca. Siento su respiración entrecortada y veo el rubor en sus mejillas.

—Joder, cómo me pones, Elizabeth —susurro.

La chispa que danzaba en sus ojos castaños ahora es un fuego descontrolado en mi interior. Sin pensarlo más, la atraigo hacia mí con decisión. Siento el calor de su piel a través de la ropa.

Nos miramos por un segundo antes de que nuestras bocas se encuentren en un beso intenso, y cargado de deseo contenido durante demasiado tiempo. La beso con hambre y desesperación, sintiendo cómo su lengua responde a la mía. Mis manos recorren su espalda mientras profundizo el beso, perdiéndome en la genial sensación de saborearla.

—Mañana nuestros caminos se separan, pero esta noche puede ser nuestra para siempre —susurro con su preciosa cara entre mis manos—. Sin ataduras. Una noche de placer y lujuria hasta que acabemos exhaustos.

Elizabeth responde besándome con la misma intensidad que antes. Bien, eso es un sí en mayúsculas.

La levanto en volandas sin esfuerzo y ella rodea mi cuello con sus brazos. Suelta una risa divertida. Camino hacia el dormitorio con pasos ansiosos, sintiendo su respiración acelerada en mi oído. La lujuria nos va consumiendo, convirtiendo cada segundo en un estallido de adrenalina.

Cruzo el umbral del dormitorio y la dejo sobre la cama. Me inclino sobre ella, y mis manos se deslizan por debajo de su jersey. Rodamos de un lado a otro mientras se desata la pasión con mordiscos y besos.

Nos ayudamos a quitarnos la ropa. No puedo evitar sonreír al ver cómo sus ojos recorren mi torso desnudo, admirando mi físico.

—¿Y esta B? —dice alucinando con la marca a fuego de los Barone.

—Es una larga historia —digo y vuelvo a besarla.

El sujetador, fuera. Le chupo un pezón mientras que con la otra mano masajeo su pecho. Joder, estoy tan empalmado que duele. Qué ganas de follármela.

—Te prometo que te haré gritar de placer —susurro.

Las bragas, también fuera. Mi lengua recorre su piel desnuda, conquistando cada rincón de su cuerpo.

La noche acaba de empezar y estamos decididos a hacerla nuestra, a disfrutarla sin reservas ni arrepentimientos. Pienso cumplir mi promesa. Quiero que gima tan alto de placer que todo el bosque se quede en *shock*.

CAPÍTULO 9

ELI

Este último beso es diferente al primero. Pellizco su labio inferior y me llega el dulce sabor del vino. Pietro me mira con esos inmensos ojos verdes que desarman mujeres con un pestañeo. No puedo evitarlo, me pierdo en ellos.

Todo lo que ha pasado en las últimas horas se desvanece. No pienso en Volkov, en mi padre, ni en el peligro que me acecha. Solo existe Pietro y este momento único e irrepetible de placer.

—Elizabeth, eres la mujer perfecta —dice como un fan enloquecido—. Hubiera sido capaz de matar al ruso solo por pasar una noche contigo.

No respondo con palabras, solo le beso con más pasión, mis dedos enredándose en su cabello oscuro. Sus manos recorren mi espalda, y cada caricia parece borrar un poco más el miedo que llevo dentro desde anoche.

Pietro no quiere hacer el amor, quiere follarme, y eso me pone muy cachonda. El instinto animal lo tiene en su forma de besar, posesiva, dominante, asesina. Besa como el maestro que sabe cómo dejar que mi cuerpo tiemble como la gelatina.

Me chupa el cuello y siento que me dejará una marca de recuerdo. Le cojo del pelo por arriba y lo aparto un poco, como si quisiera rechazarlo enfadada, pero enseguida le planto un beso en su jugosa boca.

—Te dejo este beso para que me recuerdes toda tu vida —digo clavándole mi mirada.

Sonríe, encantado con mi arrogancia.

Juguetea con la palma de su mano en mi vulva, haciendo círculos lentos y matadores. Siento el roce en el clítoris, cierro los ojos y dejo escapar un gemido. Mi cuerpo está más ligero, como si flotase en el aire. Después la yema de sus dedos acaricia los pliegues. Un maestro que sabe todos los trucos.

—¿Así, te gusta?

—Sí… —respondo en un gemido.

Me falta aire, muevo la cabeza de un lado a otro. El olor a roble, pino y romero que se filtra por la ventana, me estimula tanto mi imaginación, que me veo en el claro de un bosque con Pietro follándome sin parar.

—Estás muy húmeda —dice satisfecho—. Tengo la palma mojada, así de cachonda estás, ¿eh?

—Muy cachonda, ay —digo jadeando, y después rio—. ¿Te gusta decir cosas guarras?

—Solo si te excita.

Por fin, su lengua de italiano de anuncio se digna a aterrizar sobre el coño. Agarro el edredón con las dos manos a cada lado, como si quisiera destrozarlo. El placer me sacude cuando lame y chupa, lame y chupa, y otra vez lo mismo, todo con un tiento exquisito.

Dios, nunca me había sentido así de única y especial. ¿Cómo un hombre puede darme tanto placer? No, él no es el típico mete-saca. Lo que está haciendo conmigo es puro pecado del diablo. Tengo los pezones erectos, la piel de gallina y fuegos artificiales entre los muslos.

—Córrete para mí, Elizabeth, quiero saborearte —dice y luego vuelve a usar su lengua mágica.

Arqueo la espalda. No puedo más. Soy como una ciudad en llamas.

El orgasmo hace que tiemble desde la raíz de mi pelo hasta la punta de los pies. Gimo, grito, jadeo y hago toda clase de sonidos guturales mientras me estremezco.

—No sabes cuánto me pone ver cómo te corres —dice.

—Estoy… destrozada —digo sorprendida de que pueda articular palabras, ser humana otra vez.

Percibo la mirada divertida y perversa de Pietro.

—No he acabado contigo —dice serio.

—¿No? —digo sorprendida, ¿aún hay más?

—Lo quiero todo de ti, todo. Voy a descubrir cada rincón de tu cuerpazo.

Mi libido salta por los aires. La manera en que me habla penetra directamente en mi interior. Me encanta que sea tan directo, tan enfermizo, tan sexual. Un hombre que no le da miedo mostrarse como es. Y solo será por una noche, lo que lo hace más apasionante.

—Es la primera vez que follo con alguien que acabo de conocer —confieso.

—Conmigo estás segura, ya lo sabes —dice mientras saborea mi vientre—. No me canso de tu sabor, Elizabeth. Del sabor de tu coño, de tus tetas. ¿Y cuándo te miro, sabes que veo?

—Dime.

—Que estás deseando chuparme la polla.

Me encanta que me hable sucio.

—Sí, por favor.

—No sabía que las irlandesas estabais tan salidas.

La meto en mi boca y empiezo a chupar, notando su miembro caliente como entra y sale cubierto de saliva. Gime mientras se lo hago, y eso causa más humedad en mi coño. Me estoy dejando ir de una manera que hasta yo estoy sorprendida. Este italiano está sacando a la fiera que llevo dentro.

—Más adentro —ordena, y me la meto un poco más.

La cara de Pietro se contrae en una expresión de puro placer.

—Ahora móntame, Elizabeth —dice jadeando.

Me siento sobre él con su enorme falo penetrándome hasta lo más profundo de mi ser. Echo un poco la cabeza hacia atrás. Me come las tetas con una devoción que me estremece. Después ataca el cuello, mi boca… Lo quiere todo de mí.

Muevo las caderas al ritmo que él marca. Más lento, más rápido. Sus manos apretándome bien el culo. Soy suya y hace conmigo lo que quiere. De repente, me tumba bocarriba y se abalanza sobre mí como una pantera sobre su presa. Por fin, va a follarme como quiero, como necesito. Duro. Profundo. Potente.

—No pares, voy a… correrme, voy a… —digo entre gemidos.

El orgasmo me coge y no me suelta durante un instante que me parece eterno. Todo mi

cuerpo tiembla. Un subidón que me deja ida y sin aire, con el pulso a mil por hora. ¿De dónde ha salido este hombre?

A la mañana siguiente, me despierto con el sol filtrándose por las cortinas de la cabaña. Parpadeo varias veces, tratando de ajustarme a la luz. El aroma a bosque aún llena el aire. Me incorporo lentamente y descubro que un lado de la cama está vacío. No hay rastro de Pietro.

Me levanto envuelta en la sábana. Todo está en su lugar, pero él ha desaparecido. Algo desconcertada, salgo al salón. Entonces veo una nota sobre la mesa del salón. Debe de ser de él. La cojo y la leo.

No me contactes jamás, por ningún motivo.

Joder, qué frialdad, pero lo comprendo.

Un sonido lejano de un motor desvanece mis pensamientos. Me acerco a la ventana y veo un coche negro deteniéndose. ¿Pietro ha rectificado y viene a despedirse? No, un hombre corpulento sale del vehículo y camina hacia la puerta. Debe de ser uno de sus hombres, así que voy rápidamente a vestirme con lo primero que encuentre.

Cuando regreso, le abro. Hace un gesto seco con la cabeza, como un saludo.

—Vengo a llevarla al aeropuerto —dice al entrar.

—Vale, pero tengo que ducharme y vestirme.

Se mete una mano en su chupa de cuero y saca un sobre.

—Aquí tiene el pasaporte falso y el dinero en metálico —dice sin rodeos—. Dese prisa, tenemos que irnos cuanto antes.

Abro el pasaporte. Dios mío, salgo horrorosa. Al lado, el nombre falso. Kate Walsh. No suena mal, me gusta. La promesa de una nueva identidad, un nuevo comienzo, parece ahora tan irreal como todo lo ocurrido desde anoche. Pero sé que no tengo otra opción más que seguir adelante con mi vida, pero ¿dónde?

CAPÍTULO 10

PIETRO

Cuatro años después…

Me siento en una de las sillas frente al escritorio de mi padre. A mi lado, Leo mantiene su expresión serena e imperturbable. En el despacho, mi padre nos observa con sus cejas espesas y canosas. Su mirada penetrante me advierte que será una charla seria. A decir verdad, con mi padre todas lo son.

—Tenéis que ir a Florencia esta misma noche —suelta sin más, con su voz grave y autoritaria—. Ha surgido una disputa entre varios capos locales. Nos han pedido que mediemos en este asunto.

Siento una mezcla de curiosidad e inquietud. No es común que nos llamen a reuniones de emergencia en Italia.

—¿Qué tipo de disputa? —pregunto, queriendo entender más antes de dar cualquier paso.

Mi padre se inclina hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio. A su lado tiene el ordenador de sobremesa, un calendario y su móvil.

—Territoriales. Algunos capos sienten que no se les está dando el respeto y los recursos que merecen. Hay tensiones que podrían desencadenar violencia si no intervenimos.

—¿Quiénes estarán presentes? —pregunta mi hermano.

—Los más importantes —responde sin dudar—: Marcello, Vittorio y Carlo. Será bueno que os conozcan en persona, para que cuando yo no esté ellos puedan confiar en vosotros.

La primera vez que mi padre piensa en voz alta sobre el futuro de la familia. Para él, que continuemos con el legado del abuelo Matteo es muy importante.

—¿Papá, qué esperas que consigamos? —pregunto.

Nos mira fijamente a los dos.

—Quiero que representéis a la familia Barone con un par de cojones pero con diplomacia. Nada de enfrentamientos entre nosotros. Sed inteligentes —dice llevándose un dedo a la sien.

—Entendido —respondo.

Mi padre se recuesta en su silla y asiente, como dando por finalizada la parte más importante de la conversación.

—Coged el avión esta noche. No hay tiempo que perder.

Me levanto junto a Leo, listos para emprender la misión. Siento el pulso acelerarse ante la perspectiva del viaje. Me despido de mi padre y doy una palmada amistosa a mi hermano.

—Nos vamos de excursión —dice guiñándome un ojo.

Unas horas más tarde, el avión despega del aeropuerto de Gibraltar. Me acomodo en el asiento de cuero, intentando encontrar una posición cómoda mientras el ronroneo constante del motor nos envuelve. Leo coquetea con Fátima, la azafata.

A través de la ventanilla, las luces del Peñón se desvanecen dejando paso a la oscuridad del cielo. Cómo han cambiado las cosas en la familia en los últimos años. Mi padre cada vez delega más responsabilidades en nosotros. Su salud no es lo que solía ser, y aunque sigue siendo un hombre fuerte y decidido, sabe que es hora de preparar el relevo generacional.

Salvatore y Vincenzo también han experimentado grandes cambios. Salvatore se casó con Beatrice y adoptó a las gemelas. Quién lo diría. Llevan sangre de los Spinazzo, pero la vida nos enseña a adaptarnos a los cambios y ahora son parte activa de los Barone. Además, Salvatore ya tiene más responsabilidades.

Vincenzo se casó con Chiara después de una historia rocambolesca. Mi primo parece haber encontrado una especie de paz que nunca había visto en él. Quizás sea la influencia de su esposa, o simplemente la alegría que trae la paternidad.

¿Y mi vida? Mi vida siguen siendo responsabilidades complejas y evaluaciones financieras. No he encontrado a una mujer que esté a mi altura. No porque no las haya conocido. Al contrario, he tenido mi buena ración de romances fugaces. Pero ninguna ha sido capaz de comprender realmente quién soy, o lo que implica ser parte de esta familia.

Quizás es mejor así. Prefiero estar solo antes que conformarme con alguien que no pueda seguirme el ritmo, o entender las cargas que llevo sobre mis hombros.

Leo se acerca con una sonrisa de oreja a oreja, y ajustándose el nudo de la corbata. Parece que ya ha tejido la tela de araña en la que caerá Fátima.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En nada importante —respondo con una media sonrisa—. Solo echando la vista atrás.

Leo asiente y saca su móvil para matar al tiempo.

Alrededor de tres horas después, aterrizamos en el aeropuerto privado de Florencia. A la salida, espera un coche que nos lleva al hotel. Nos registramos y subo a mi suite.

La vista desde la ventana de la suite me deja sin aliento. Un manto de luces que ilumina el casco histórico, donde sobresale la espectacular cúpula de la catedral del Duomo. Qué maravilla de arquitectura. ¿Tendré tiempo de visitarla por dentro?

Unos minutos después, llaman a la puerta. Encuentro a Leo acompañado de un hombre que presenta como Marcello. Tiene poco pelo y una barriga enorme, pero su mirada es astuta. Nunca hay que fiarse de las apariencias. Nos estrechamos la mano.

—Es un placer conocerte finalmente en persona —dice con una sonrisa afable—. Vuestra reputación os precede.

Le invito a sentarse en el saloncito. Leo se acomoda en uno de los sillones, y cruza las piernas en actitud relajada.

—Necesitamos estar preparados para mañana —dice Marcello cruzando las piernas—. No podemos permitir que esta disputa se prolongue más de lo necesario.

—Sabemos que los ánimos están caldeados —dice Leo—, pero hay que arreglar el problema sin derramamiento de sangre.

—¿Qué expectativas tienen los otros capos? —pregunto, quitándome la chaqueta y dejándola sobre el respaldo de una silla.

—Vittorio quiere más territorio para sus operaciones, siente que ha sido relegado a un

segundo plano. Carlo busca más recursos financieros para expandir sus negocios, y por eso no quiere ceder su parte de Florencia.

Finalmente, al cabo de un rato, después de recibir toda la información, nos despedimos hasta mañana. Antes de salir, Leo me da una palmada en el hombro antes de dirigirse a su suite.

—Descansa, Pietro. Mañana será un día largo.

CAPÍTULO II

ELI

Plancho mi uniforme del hotel con cuidado, observando cómo desaparecen las arrugas. La verdad, me relaja hacerlo en medio del silencio de la mañana. Termino con esto y empezaré con el siguiente montón. La colada de hoy me ocupará un buen rato, pero no me importa.

—Kate, cariño, ya es la hora.

La voz de la Sra. Paola, mi casera, me saca de mi ensimismamiento. Se asoma desde el pasillo y señala su reloj de muñeca. Consulto la hora en la pantalla de mi móvil, que lo tengo sobre la mesita de noche.

—Ah, es verdad —digo distraída—. Se me ha ido el santo al cielo.

—Ay, hija mía. Qué cabeza.

Desenchufo la plancha, cojo mi bolso y salgo del dormitorio. En el pasillo, rebusco en mi bolso el sobre con el dinero del alquiler de la habitación. Lo saco y se lo entrego en la cocina.

—Aquí tiene el mes —le digo.

La Sra. Paola coge el sobre y lo guarda en un cajón sin siquiera contarlo. Confía en mí. Siempre he sido puntual con los pagos desde el principio.

—Gracias, Kate —dice con una sonrisa, frente al horno—. Estoy preparando lasaña de carne.

Aspiro el aire cargado del aroma inconfundible de la pasta.

—Se me hace la boca agua.

—Pues venga, os espero.

En la calle, me encuentro con riadas de turistas. La caminata hasta la guardería es corta. Veo a Ronan esperándome con su mochila azul colgada al hombro. Su cara se ilumina al verme.

—¡Mamá! —grita mientras corre hacia mí entre los demás niños.

—Hola, corazón —respondo desbordada de alegría, dándole un beso en la mejilla—. ¿Listo para ir a casa?

Asiente con la cabeza. Después, se quita la mochila para que se la lleve. El ritual de cada mañana. Agito la mano a lo lejos para saludar a los profesores. Cogidos de la mano emprendemos el camino a la casa.

A modo de juego, permito que sea Ronan quien guíe. Conoce el trayecto de memoria de tantas veces que lo hemos hecho. Sus pequeños dedos apuntan con entusiasmo a cada esquina.

—Por aquí, mamá, por aquí —dice señalando una calle estrecha.

—Claro, cariño, tú mandas —respondo con una sonrisa.

Avanzamos entre las fachadas viejas y los balcones llenos de flores. Ronan se detiene en

cada esquina, comprobando que vamos por el camino correcto.

—¿Y ahora? —le pregunto aunque sé la respuesta.

Mira hacia un lado, a otro.

—Por allí —apunta hacia la panadería del barrio.

—¡Bien! —exclamo para contagiarle mi entusiasmo.

—Mamá, ¿vas al hotel hoy? —pregunta.

—Sí, amor —respondo con suavidad—. Pero podrás jugar con la Sra. Paola y ver la tele. Te va a cuidar muy bien, como siempre.

Ronan sonríe satisfecho con mi respuesta y sigue guiándonos hasta llegar al portal de casa. Busco las llaves en mi bolso, mientras mi hijo da saltitos y no para quieto.

—¡Hola, tesoro! —saluda la Sra. Paula a mi hijo, al llegar a casa.

Ronan corre hacia ella y se agarra a su pierna. No es su abuela, pero qué bien viene tenerla cerca, ayudándome. Fue una suerte del destino que nuestros caminos se cruzaran.

¿Ya han pasado tres años desde que mudé de la otra casa? Qué barbaridad, cómo pasa el tiempo. Ronan tenía apenas un año y el matrimonio con el que convivía no les gustaban los niños y nos iban a echar. Fue un periodo difícil y con pocas opciones a la vista.

Encontré un anuncio y me lancé. Algo en la mirada de la Sra. Paola cuando abrió la puerta me hizo intuir que era una bella persona. Parecía irradiar una bondad que pocas veces había encontrado en Italia.

—Buenos días —le dije nerviosa, sosteniendo a Ronan en mis brazos—. Me llamo Kate y estoy buscando un lugar para vivir con mi hijo.

Con la vista, nos examinó de arriba abajo. Ronan agitaba su bracito y sonreía dulcemente. Se lo pensó un instante. Después se apartó para dejarnos entrar. Me mostró la habitación disponible, pequeña pero suficiente para una cama y la cuna. Me habló sobre las normas de la casa. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Bueno —dijo finalmente—, parece que podréis encajar aquí.

Sentí una ola de alivio recorriéndome el cuerpo. No podía creer lo afortunada que era.

—Gracias —respondí con voz entrecortada—. De verdad, muchas gracias.

Parpadeo y vuelvo al presente. Estamos sentados en la mesa de la cocina, la lasaña de la Sra. Paola en nuestros platos. Ronan devora su porción con entusiasmo, manchándose la cara de salsa de tomate. La Sra. Paola sonríe, orgullosa de su creación culinaria.

Termino mi plato y consulto el reloj. Hora de irme.

—Ronan, cariño, mamá tiene que irse a trabajar —le digo mientras le limpio la cara con una servilleta.

Le doy un beso en la frente y me levanto para recoger mi bolso. Me despido de la Sra. Paola con una sonrisa agradecida. Salgo de casa ya vestida con mi uniforme de trabajo.

El camino al hotel es tranquilo a estas horas. Los turistas ya han salido a explorar la ciudad y las calles están menos concurridas. Llego al hotel y voy directa a la cocina, donde está el departamento de Room Service. Saludo a mis compañeros y me preparo para la jornada.

El día avanza con lentitud mientras reparto sin parar los pedidos a las habitaciones. Al caer la noche, llega un último pedido. Reviso la nota: una ensalada César, una botella de vino Vega Sicilia y piezas de fruta. Cargo todo en el carrito y me dirijo hacia la suite.

Cuando llego a la puerta, respiro hondo y llamo. Por alguna razón, me detengo un momento y leo el nombre del cliente en la tablet. Pietro Barone. El corazón me da un vuelco.

No puede ser él. Imposible.

Mis manos tiemblan mientras sostengo el carrito. Pienso en girarme y correr por el pasillo, alejarme de allí lo más rápido posible. Pero antes de que pueda decidirme, la puerta se abre.

CAPÍTULO 12

ELI

La puerta se abre y ahí está, Pietro Barone. ¿Qué está haciendo aquí? Mi corazón se encoge por un instante. Estoy a punto de desmayarme. No, aguanta en pie. Vale, no me había preparado para este reencuentro, pero puedes superarlo o al menos aparentarlo. Espera, a lo mejor no se acuerda de ti.

Él parpadea, desconcertado también.

—¿Elizabeth? —pregunta entornando los ojos.

Vale, sí se acuerda. Mi verdadero nombre me suena extraño, pero son tantas las emociones que se agolpan de repente, que es lo de menos. Dios mío, es como viajar al tiempo en una décima de segundo. La cabaña, esa cabaña donde nos devoramos como caníbales.

Quiero huir, pero mis piernas no responden. Pietro fija sus alucinantes ojos verdes en mi uniforme. Lee el nombre bordado sobre mi pecho.

—Kate… —dice en voz baja, como si probara la palabra—. Entiendo…

Se crea un silencio incómodo.

—Vaya, qué coincidencia encontrarte aquí —dice.

—Lo mismo digo.

Da un paso a un lado e indica con un gesto que entre.

—No debería... —murmuro.

—Insisto —responde como si no hubiera otra opción—. Han pasado, ¿tres, cuatro años?

—Cuatro.

—Ah, cuatro —dice inclinando la cabeza a un lado—. Pues entonces tenemos mucho de qué hablar.

Respiro hondo y finalmente empujo el carrito hacia dentro. Siento las rodillas flojas. Coloco la bandeja sobre la mesa del saloncito sin levantar la vista del carrito. Siento sus ojos en mí, analizándome, intentando descifrar los años que han pasado desde la última vez que nos vimos.

—¿Cómo has estado? —pregunta.

No sé qué responderle. En mi mente bulle un pensamiento, presa de la ansiedad. Mi hijo. Pietro es el padre de mi hijo y él no lo sabe. ¿Cómo va a reaccionar si…?

—Bien —respondo—. Gracias por preguntar, ¿y tú?

—Bien, gracias. Estoy aquí por negocios —dice con frialdad—. Entonces, ¿fue Florencia el destino que elegiste?

El sonido de su voz me resulta extrañamente reconfortante y aterrador al mismo tiempo. No

sé qué hacer ni qué decir. Solo quiero salir corriendo y olvidar esto. ¿Voy a tener que mudarme? Pero si mi vida ya está hecha aquí…

—No, primero fui a Roma, pero la ciudad me pareció odiosa —digo procurando ocultar los nervios—. Visité otros lugares pero cuando conocí Florencia me enamoré, y supe enseguida que quería vivir aquí.

Dios mío, sigue tan guapo como siempre. Diría que incluso más. Lleva el pelo un poco más largo, y le sienta bien. Me tienta acariciarlo, como cuando echamos el gran polvo en la cabaña. Siento que mi cuerpo se arrastra hacia el suyo, como si le resultara familiar. Qué absurdo. No, no puede ser. Son fantasías mías.

—Una ciudad muy bonita, sí. Buena elección.

Ronan es su vivo retrato. Lo sabía desde el principio, pero ahora que lo tengo delante, me impacta mucho más. Cállate, Eli, por lo que más quieras. No se lo digas. Nada me disgustaría más que mi hijo creciera en una familia mafiosa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunto y enseguida me arrepiento, parece que estoy interesada en prolongar el reencuentro.

—Solo esta noche.

Disimulo como puedo el profundo alivio que siento. Bien, nada va a cambiar. Este momento pasará y todo volverá a la normalidad. Nada de mudarse.

—Ah —digo por decir cualquier cosa.

Se instala otro silencio incómodo.

—Debería irme, mi jefe se puede preguntar por qué tardo tanto en regresar. Además, se te va a enfriar la cena.

—Es una ensalada.

Callo de golpe, un poco avergonzada. Se fija en mi pelo, que llevo recogido en una coleta. ¿Por qué? ¿Qué le pasa a mi pelo? Me lo toco por encima, por si acaso.

—Claro, «Kate» —dice con una sonrisa luminosa—. Por cierto, tengo curiosidad, ¿cómo es eso de llevar una doble vida?

Respiro hondo.

—Es complicado —respondo, enigmática—. Pero una se acostumbra. Al principio, me gritaban de espaldas, ¡oye, Kate!, y no me giraba porque no caía que me llamaban a mí.

Pietro asiente, aunque noto que sus ojos examinan mi cuerpo.

—Bueno, me alegra verte bien, Elizabeth —dice finalmente—. Espero que encuentres la felicidad que mereces.

—Gracias, Pietro —logro decir—. Cuídate.

—Tú también.

Asiento con una leve inclinación de cabeza y empujo el carrito con determinación hacia la puerta. Echo una última mirada hacia atrás, pero no lo veo. Se habrá ido a otra parte de la suite.

Una vez en el pasillo, cierro la puerta tras de mí con un suave clic. El aire me falta de repente. Me apoyo en el carrito y siento cómo la ansiedad me invade. Acabo de hablar con el padre de Ronan y no le he dicho que el hijo es suyo. Jamás tendré otra oportunidad de hacerlo.

¿Debería haberle dicho la verdad a pesar de que fue tan frío conmigo? Pero, ¿qué habría cambiado? Todo. Por eso Ronan merece crecer lejos de ese mundo oscuro y peligroso al que pertenece Pietro, y que conozco tan bien.

Sin embargo, no puedo evitar sentirme culpable. Sé que mi hijo tiene derecho a conocer a su padre, pero también sé que debo protegerlo.

Con el corazón en la mano, respiro hondo otra vez.

Logro calmarme lo suficiente como para dirigirme al ascensor. No deja de ser irónico que nuestro reencuentro haya sido en un hotel. En el de Marbella fue donde, en esa noche angustiosa, cambió mi vida para siempre. Allí murió Volkov.

CAPÍTULO 13

PIETRO

La reunión clandestina en el sótano del restaurante está llena de capos de otras ciudades. Marcello habla sobre los términos de la negociación, mientras Leo escucha atentamente, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Pero, joder, a mí me cuesta concentrarme. Mi mente me arrastra una y otra vez a Elizabeth.

Las eróticas imágenes de Elizabeth en aquella cabaña echando un buen polvo, me asaltan sin piedad. Casi puedo sentir ahora mismo la suavidad de su piel, el calor de ese cuerpo espectacular, la forma en que susurraba mi nombre entre jadeos. Qué momentos tan intensos, llenos de una pasión que nunca he vuelto a disfrutar.

—Pietro —dice Marcello, sacándome con brusquedad de los recuerdos—, ¿qué opinas?

Todos me miran, incluido Leo. Me aclaro la garganta, tratando de ganar unos segundos.

—Creo que deberíamos considerar la siguiente alternativa —digo removiéndome en la silla —. Elaborar un coeficiente para cada una de las familias basándonos en el porcentaje de ocupación de cada territorio, en las rutas de la droga, la capacidad de defensa e historial. De esta forma, el reparto de Florencia sería más justo para todos.

Algunas cabezas asienten, otras se mantienen quietas. Cada uno estará pensando en cómo le afecta a su negocio. Aprovecho el silencio para tomar un sorbo de vino. Joder, Pietro, tienes que mantenerte concentrado en la conversación. Deja ya de pensar en la pelirroja.

Marcello retoma la palabra para hablar del contrabando de tabaco, negocio pequeño pero aún rentable. Al principio le presto atención, pero inevitablemente vuelvo a perderme otra vez en el recuerdo de Elizabeth.

Anoche, cuando la vi en el hotel, sentí una inesperada punzada en el pecho. Qué extraño. ¿Por qué sentiría eso por una mujer que no veo desde hace cuatro años?

—Si aumenta tu negocio de contrabando—dice Marcello a uno de los capos—, podrás compensar las pérdidas de no controlar el barrio de Puente Viejo.

Me rasco el mentón mientras recuerdo la incomodidad que flotaba al principio entre nosotros en la suite. Pero al mismo tiempo el aire se iba cargando de electricidad. Sí, un vínculo, un vínculo invisible que tiraba de los dos.

—Pietro —dice Leo dándome un codazo—. Necesitamos tus consejos financieros para cerrar el acuerdo.

Carraspeo.

—Por supuesto —digo.

Empiezo a hablar sobre fondos de inversión e indexados como una manera de aumentar el capital de la inversión. Les advierto de los riesgos y les aconsejo que se olviden de las cuentas anónimas en Ginebra o las Seychelles. Ahora mismo Delaware, en Estados Unidos, es el mejor paraíso fiscal.

Marcello está de acuerdo conmigo. Finjo interés mientras mis pensamientos continúan obsesivamente girando alrededor de Elizabeth. Ha sido volver a verla y la libido se me ha disparado por las nubes. Por culpa de ella estoy en celo.

La reunión termina con sonrisas y abrazos. Después subimos al comedor del restaurante, donde nos espera un estupendo almuerzo. El olor a trufa y parmesano reina en la mesa, en la que destacan unas elegantes copas de vino.

—Pietro, ¿qué coño te ha pasado? —Reprocha mi hermano—. Has estado ausente.

Bebo un sorbo de vino antes de responder. Mi hermano siempre tocando los cojones.

—Anoche en el hotel me reencontré con alguien que no esperaba.

Leo levanta una ceja, claramente intrigado.

—¿Una mujer?

Asiento. Leo resopla, como si ya hubiera visto esta película, pero se equivoca. No creo que el reencuentro sea una simple casualidad.

El almuerzo comienza con un antipasto de jamón ibérico y aceitunas. Todos atacan sus platos como si no hubieran comido en siglos. Busco mi móvil en el bolsillo y lo desbloqueo, mientras Leo charla con Marcello sobre no sé qué.

Cansado de pensar en Elizabeth, me levanto de la mesa para hablar con cierta privacidad. Marco el número del hotel donde nos alojamos y espero a que contesten. Sí, tengo que volver a verla.

—¿En qué puedo ayudarle? —responde una voz femenina.

—Soy Pietro Barone, de la suite 105 —digo de manera despreocupada—. Quisiera saber a qué hora empieza su turno Kate, que trabaja en Room Service.

Oigo a la recepcionista teclear en su ordenador.

—Lo siento, Sr. Barone, pero Kate tiene el día libre.

Me cago en la puta. Agradezco la gestión y cuelgo. Me vuelvo a sentar con los demás. Trato de organizar mis pensamientos. Los camareros sirven los primeros platos. Raviolis caseros rellenos de espinacas y ricotta, pero no tengo mucha hambre. La cabeza me hierve con ideas para mi siguiente movimiento.

Escribo un mensaje de texto a Vincenzo.

> Hermano, necesito que nuestro hacker habitual acceda al servidor del hotel y consiga toda la información sobre Kate, de Room Service. Urgente

Pulso enviar y guardo el móvil.

—Leo, ¿cuánto dinero en efectivo llevas encima? —le pregunto.

—Unos dos mil euros, ¿por qué? —pregunta desconfiado.

—Dámelos, lo necesito.

Leo frunce el ceño, extrañado.

—¿Para qué?

—No quiero ir al banco, no sé dónde está el cajero más cercano, y paso de ponerme a buscarlo por internet. Además, que siempre hay un límite para sacar dinero.

—¿Para qué? —insiste el pesado de mi hermano.

Lanzo un suspiro lleno de frustración.

—Para ayudar a la mujer que me encontré anoche. Hace tiempo lo pasó mal y le vendrá bien una ayuda extra.

Leo me mira por un segundo antes de asentir. Saca su billetera y me entrega los billetes sin hacer más preguntas. Guardo el dinero en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Me los debes —advierte.

Marcello levanta su copa de vino tinto y propone un brindis por la exitosa reunión. Alzo mi copa junto a la de los demás.

A los pocos minutos, llega la respuesta de mi hermano.

> Acabo de contactar con él y me ha dicho que es pan comido. Te avisaré cuando lo tenga.

El almuerzo continúa con animadas conversaciones sobre negocios y fútbol, pero yo solo puedo pensar en una cosa: encontrar a Elizabeth antes de volver a Marbella.

CAPÍTULO 14

ELI

Me despierto temprano. Un tenue rayo de sol se filtra a través de la cortina. Me levanto de la cama y me acerco a la cuna de Ronan, que duerme a pierna suelta. Le acaricio el cabello. Mi pequeño ángel. Ojalá pudiera protegerte de todo.

Camino de puntillas hacia la puerta y pego la oreja. Nada. No se oye a la Sra. Paola trajinando en la cocina. Aún seguirá dormida. Abro el armario tratando de hacer el mínimo ruido. Después, el cajón de la cómoda. Entre la ropa, junto a mi pasaporte auténtico de Elizabeth McClean, hay una tarjeta SIM.

Es un número telefónico de prepago y anónimo. Lo compré en una tienducha de Roma. Cojo mi móvil, saco la bandejita metálica con un clip y saco la tarjeta SIM actual. La dejo a un lado. Meto la nueva y cierro la bandejita. Compruebo que tiene señal. Sí, el pequeño icono de cobertura aparece en una esquina, informando que la línea está lista para usarse.

Tecleo el número de móvil de Emma, que me lo sé de memoria, pero aún no aprieto el botón verde de llamada. Algo me lo impide. Cuatro años sin hablar con ella, sin saber si está bien, si me echa de menos tanto como yo a ella. Cuatro años haciéndome esta misma pregunta una vez al mes: ¿la llamo o no?

Si llamo, podría ser peligroso. A lo mejor los rusos o la policía tienen pinchado su número, nos escucharían. Sabrían que estoy viva, y en cuestión de horas podrían presentarse aquí, en la casa. Me separarían de Ronan.

Cierro los ojos intentando calmar mi mente acelerada. Siento un nudo en el estómago. ¿Debería arriesgarme? ¿Poner en peligro mi seguridad por un simple "hola, soy tu hermana y sigo viva"? Por otro lado, la curiosidad por saber de ella y mi padre es una angustia que siempre llevo encima.

Papá, jugando y bebiendo. Emma, aguantando sus recaídas. ¿Seguirá con Gavin? ¿Cómo reaccionarían si supieran que tengo un hijo? Su sobrino, su nieto. Emma estaría encantada, seguro, con muchas ganas de conocerlo. Papá, no lo sé.

Si llamara ahora a Emma, le contaría todo. Le diría que estoy bien, que tengo un trabajo decente y una vida tranquila en Florencia. Le contaría que tengo un hijo y que la Sra. Paola me ayuda un montón.

Le confesaría que he vuelto a ver a Pietro Barone, el hombre que me salvó de Volkov. Ha sido una casualidad increíble. A Emma no podría ocultarle que él es el padre de Ronan.

¿Seguirá Pietro en el hotel? Bueno, hoy es mi día libre, así que no lo voy a volver a ver. No

creo que pudiera resistir estar otra vez en la misma habitación que él. Hay demasiado pasado entre nosotros. Seguro que estará con alguna otra, o quizá se haya casado. No me fijé si en su mano llevaba alianza. Eli, ¿a ti qué más te da? Ese hombre no te conviene. Ni a ti ni a Ronan. Olvídale.

Vuelvo a la realidad cuando oigo el leve sonido de mi hijo moviéndose en su cuna, empieza a despertar.

—Mamá —dice con voz somnolienta.

Suspiro antes de guardar la tarjeta SIM en el cajón. Por desgracia, no puedo hacer esta llamada ahora. Ya veremos más adelante. Al darme la vuelta, le descubro trepando por los barrotes de la cuna.

—Buenos días, amor —le digo cogiéndolo antes de que se caiga—. Venga, vamos a prepararnos para la guardería.

Un rato después, en la cocina, en medio del aroma a pan tostado y café, la Sra. Paola, Ronan y yo desayunamos.

—Ronan ya ha empezado a salir solo de la cuna, ¿qué te parece? —le digo a la Sra. Paola.

Ella me mira entre sorprendida y orgullosa.

—¡Qué mayor! —exclama, acariciando la cabeza de Ronan—. Entonces tendrás que comprarle una cama pequeña, ¿no?

—Como hoy tengo el día libre, iré a preguntar precios.

La Sra. Paola se lleva una mano al mentón, pensativa.

—Podría preguntar a mis amigas si alguna tiene una cama de segunda mano que ya no necesite —dice—. Te la dejarán a buen precio.

—Genial, cualquier ahorro viene muy bien.

—¿Te gusta la tostada, corazón? —pregunta a Ronan.

—Sí —responde.

Termino mi café y me levanto para recoger los platos, mientras la Sra. Paola entretiene a Ronan. Le quiere mucho, por eso ejerce de abuela.

—Bueno, nos vamos ya —digo cuando termino—. Sra. Paola, nos vemos más tarde.

—Adiós, Kate —dice ella con su calidez habitual.

Ronan agita la mano para despedirse. Cogemos los abrigos y salimos. Mi hijo está muy parlanchín. Bajamos por las escaleras y, de la mano, salimos a la calle y nos encaminamos a la guardería. Las tiendas van abriendo, y ya empiezan a aparecer los primeros turistas con aire despistado. Parece que nos espera un día de lo más normal.

CAPÍTULO 15

PIETRO

Atardece en Florencia. El taxi se detiene frente a un edificio modesto, de fachada antigua pero bien cuidada. Inquieto, reviso el último mensaje de texto de Vincenzo para asegurarme de que me encuentro en la dirección correcta. Ese hacker es tremendo, en un par de horas consiguió la información. Miro el número del portal y, sí, confirmo que estoy en el lugar indicado. La dirección de Elizabeth.

—Espere un momento —ordeno al taxista.

Me bajo del taxi. Camino hacia el portal mirando a mi alrededor con atención. El barrio es tranquilo, residencial, con árboles a lo largo de la calle. Cerca hay una peluquería y un supermercado.

Me detengo frente al interfono y pulso el botón del piso. Nada, nadie contesta. Espero unos segundos antes de intentarlo de nuevo, aunque con el mismo resultado.

Consulto mi reloj de pulsera y decido que lo mejor será esperar en el taxi. Podría dejarle el dinero a Elizabeth en la recepción del hotel, pero no me fío. Bueno, no te engañes, Pietro, lo que pasa es que tienes ganas de verla una última vez. El dinero es una excusa bastante torpe.

Paseo la vista por los balcones y ventanas de algunos pisos. Un vecino regando sus plantas, un perro ladrando, otro vecino haciendo ejercicio. Todo parece tan normal, tan pacífico, tan aburrido. Trato de imaginarme su vida aquí: una rutina sencilla, de casa al hotel, del hotel a casa, salidas nocturnas, amigos… ¿Estará saliendo con alguien? No me extrañaría. Es un cañón de mujer.

De repente, doblando una esquina, aparece una mujer pelirroja caminando sola. Sí, es ella. Elizabeth McClean, la belleza irlandesa.

—Espere un momento —ordeno al taxista.

—Por mí no hay problema.

Voy hacia ella pasando entre los coches aparcados. Nuestras miradas se encuentran. Ella se detiene, sorprendida, nerviosa. Al acercarme, bajo la vista y me quedo noqueado. Lleva de la mano a un niño pequeño. ¿Suyo? Supongo que sí. Tendrá tres o cuatro años.

—Hola, *Kate*.

—Pietro, ¿qué haces aquí?

El niño levanta la cabeza hacia mí. Tiene el cabello castaño y los ojos verdes. Me mira, curioso. Elizabeth enseguida lo carga en brazos en un gesto que me parece protector.

—¿Es tuyo?

—Sí, pero te he preguntado qué haces aquí.

—Quería entregarte esto—respondo sacando el sobre del interior de mi chaqueta.

No puedo dejar de mirar al niño. Su cara, ¿me resulta familiar?

—¿Qué es? —pregunta con brusquedad.

—Ábrelo.

Al descubrir el dinero, su expresión no cambia. Ni frío ni calor.

—Pensé que te vendría bien, una pequeña ayuda.

—Estamos bien, gracias —dice queriendo devolverme el sobre.

—No lo voy a coger —digo alzando las manos—. Si no lo quieres, dónalo a una ONG.

A regañadientes se lo queda en la mano. El niño mira el sobre y quiere cogerlo. Vuelvo a mirar su cara, los ojos, la nariz, la barbilla… Todo me parece familiar.

—Tengo prisa —dice y empieza a caminar con ansia.

Me entran fogonazos del polvo en la cabaña. ¿Follamos con o sin condón? Sin condón creo. Ella dijo anoche que han pasado cuatro años, y ese niño tiene… Siento un cosquilleo en el estómago.

—¡Elizabeth! —grito su verdadero nombre en mitad de la calle.

Se detiene y se gira hacia mí. Está más inquieta que anoche y eso también es sospechoso. Me acerco con calma.

—¿Cómo se llama el niño?

—Ronan.

Un nombre irlandés. Se da la vuelta para seguir caminando, o más bien debería decir para seguir huyendo.

—Espera, para, tengo más preguntas —le ordeno.

No me obedece, así que acelero el paso. Cuando llega al portal, saca las llaves del bolso pero se le caen al suelo. Está nerviosa, tensa, preocupada. Eso también es revelador de que está ocultando algo. Me agacho, cojo las llaves y se las tiendo.

—¿Es mío? —pregunto a bocajarro.

—No, no lo es —replica enseguida, intentando coger las llaves.

—¿Segura?

—Completamente —responde pero bajando la mirada.

Le entrego las llaves y ella, con manos temblorosas, abre el portal. El niño intuye que algo extraño está pasando, pero no sabe cómo reaccionar. Cada vez estoy más convencido de que es mi hijo.

—Quiero una prueba de ADN —le suelto.

Se queda inmóvil por un segundo.

—Pues muy bien —dice de espaldas, entrando.

Sujeto la puerta para que no se cierre. Se van alejando hacia el ascensor. No, no pienso dejarlo así.

—¿Aún lo sigues negando? —pregunto enrabietado—. Conseguiré una muestra tarde o temprano, incluso sin que te des cuenta. Sabes que tengo recursos de sobra. Te lo advierto, será mucho peor si no me dices la verdad. Puedo arruinarte la vida si me lo propongo.

Elizabeth deja al niño en el suelo. Se agacha y abotona la chaqueta con esmero. Se queda callada, apretándose los labios. ¿Qué va a hacer? Al fin, se pone de pie y suspira largamente.

—Tengo que esperar a que vengan a cuidar a Ronan —dice mirándome—. En una hora nos vemos en el café de enfrente.

Volteo la cabeza. Se llama Duomo. Veo unas mesas en la acera y un poco el interior, donde hay una barra y gente. Un buen sitio para una conversación determinante en nuestras vidas.

—De acuerdo, en una hora.

CAPÍTULO 16

ELI

En el piso, me despido de Ronan con un beso en la frente. Él sonríe, ajeno a la conversación tan importante que se avecina. La Sra. Paola, que acaba de llegar, se sienta junto a él en el sofá para ver la tele mientras estoy fuera.

—Bueno, volveré en un rato —digo intentando que mi voz suene casual.

La Sra. Paola me guiña un ojo.

—Así que un amigo, ¿eh?

Si ella supiera… Pero es mejor que lo vea así, que me voy a una cita romántica. Más de una vez me ha dejado caer que Ronan necesita un padre.

Salgo del piso imaginando en cómo reaccionaría la Sra. Paola si supiera toda la verdad. Bajo las escaleras respirando hondo para calmar los nervios. Tengo que pensar en lo que le voy a decir a Pietro.

Mi vida va a cambiar si él decide involucrarse en la vida de Ronan. Quizás sea lo mejor para él tener a su padre cerca.

Decido que seré firme pero comprensible. Le propondré a Pietro que visite a Ronan una vez por semana. Sí, eso estará bien. Ronan merece conocerlo. Estoy dispuesta a dejar que forme parte de su vida si realmente lo desea. A pesar de todo los problemas del pasado, sé que esto es lo correcto para mi hijo, bueno, nuestro hijo.

El bullicio de la ciudad me recibe al salir del portal. Mis manos tiemblan ligeramente. ¿Estará enfadado porque no le he dicho que es padre? Qué pregunta, pues claro. O quizá no, hay hombres que preferirían no ser padres.

Llego al café y compruebo que Pietro ya me está esperando. Sentado en una mesita de mármol, en un lugar apartado, con un café delante y un botellín de agua. Al verme, su expresión se mantiene seria. Trago saliva y me preparo para dar explicaciones.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta con brusquedad.

—No, gracias —respondo y me siento.

Se queda mirándome, a la expectativa. Tengo que ser yo la que empiece. Ahora que lo tengo delante, no puedo evitar fijarme en las facciones de su cara. Sigue siendo tan guapo como siempre. Sus labios están brillantes, húmedos, y me estremezco al recordar el sabor de sus besos. Increíble, no se me ha olvidado ese intenso sabor a hombre.

Respiro hondo.

—Esa noche en Gibraltar tomé un vuelo a Roma. El primero que había disponible —digo y

me aclaro la voz para continuar—. Llegué con lo puesto y con el dinero que me diste. Con tanto turista, fue difícil encontrar un lugar donde quedarme, pero logré alquilar un pequeño apartamento en el Trastevere.

Hago una pausa, recordando aquellos días. Pietro sigue callado.

—Semanas después de la noche en la cabaña, descubrí que estaba embarazada. Lo primero que hice fue contratar un seguro médico. Fueron meses muy solitarios, Pietro. Estaba completamente sola en una ciudad desconocida, sin nadie en quien confiar. Pero estaba decidida a dar a luz y cuidar de nuestro hijo yo sola.

Las imágenes de aquellas visitas al médico pasan por mi mente: las ecografías, los latidos del corazón... Los ojos verdes de Pietro brillan con intensidad, aunque sigue callado atento a mi relato.

—Compré lo esencial para el bebé: una cuna, ropa, pañales... No fue fácil, pero cada vez que miraba esas pequeñas cosas, sentía una chispa de esperanza de que todo saldría bien.

—¿Nació en Roma?

—Sí, pero como te conté anoche enseguida me mudé a Florencia. El dinero empezaba a gastarse muy deprisa, así que cuando me recuperé del parto, me mudé. Busqué una habitación para que el dinero me aguantara lo máximo posible, aunque me volví a mudar poco después justo donde vivo ahora, con la Sra. Paola.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —pregunta con cierta irritación—. Debería haberlo sabido, ¿no crees?

Mi corazón late con más fuerza.

—En esa fría nota que dejaste en la cabaña lo dijiste claro. No contactes conmigo jamás, y eso fue lo que hice. ¿Me vas a culpar por eso?

Pietro desvía la mirada. Sabe que tengo razón.

—Además, quiero que mi hijo lleve una vida *normal*, lejos de mafias —digo con decisión—. Si quieres formar parte de la vida de Ronan, no pondré ninguna pega. Puedes visitarlo una vez por semana. Si no quieres ejercer de padre, no te lo reprocharé. Sigue tu camino y yo el mío. Soy capaz de cuidar a mi hijo yo sola.

Pietro toma un sorbo de café. Le he puesto en un dilema. ¿Qué decidirá?

—Quiero estar presente en la vida de Ronan —dice.

—Vale, nos podremos organizar…

—Pero no de la forma en que imaginas —interrumpe.

—¿Cómo? —pregunto e intuyo que no me va a gustar la respuesta.

Deja la taza sobre el platito con una pasmosa tranquilidad, y se inclina ligeramente sobre la mesa.

—Tú y Ronan vais a vivir conmigo en Marbella —dice de una forma que es más una orden que otra cosa.

—¡Pietro, tengo mi vida aquí! —digo nerviosa.

—Da igual, construirás una nueva allí. Vuelve al piso y haz las maletas. Quiero llegar a casa esta noche.

—¡No puedes obligarme!

—Claro que puedo. ¿Acaso has olvidado quién soy? ¿Quieres que haga una demostración de poder? ¿Quieres que me lleve a Ronan? Es mi hijo.

Una lágrima baja solitaria por la mejilla. Maldita sea la casualidad de encontrarme con él.

—Dame al menos unos días para que…

Niega con la cabeza.

—Ve a casa, te espero aquí, y más vale que te des prisa —dice autoritario.

La noticia es tan impactante que tengo la mente bloqueada. Aún aturdida, me levanto de la mesa. ¿Pietro tenía la decisión ya tomada antes de vernos aquí? Creo que sí.

—Ah, por cierto —dice con la taza de café en las manos—. Enhorabuena por la boda.

—¿Qué boda?

—La nuestra. Tú y yo nos vamos a casar.

CAPÍTULO 17

PIETRO

La cabina de nuestro avión privado está en penumbra, apenas iluminada por las pequeñas luces del techo. El ronroneo de las turbinas reina en el ambiente. Leo y yo estamos sentados juntos. Al otro lado del pasillo, Ronan duerme junto a su madre. Ella está de brazos cruzados, con la mirada perdida en la ventanilla.

—No puedo creerlo, Pietro —dice Leo —. Un Barone más. Esto va a ser una sorpresa monumental para la familia, aunque ya estamos curados de espanto.

—Sí —respondo, aún incrédulo por todo—. Pero no hay otra opción. Ronan es mi hijo, y Elizabeth, su madre. Ella debe estar con nosotros. Formaremos una familia.

—La familia es lo primero, ¿eh?

—Joder, cuatro años siendo padre y yo sin saberlo —Niego con la cabeza, asombrado—. Estoy cabreado aunque no con su madre. Para ser justos no tiene la culpa. Al contrario, lo ha hecho muy bien. El niño es sano y se le ve feliz.

Vuelvo a fijarme en Ronan. Sí, es mi hijo, mi primogénito.

—Ahora esa pequeña vida depende de mí. ¿Sabes qué te digo, hermano? Que a mi hijo nunca le faltará de nada.

—¿Estás seguro de que puedes manejar ser padre, así de repente?

—No hay elección —respondo, encogiéndome de hombros—. Vamos a hacerlo juntos. Ella y yo.

Leo suspira y me da una palmada en el hombro.

—Cuentas conmigo —dice con cariño—. Y cuentas con la familia.

—Eso espero.

Unos minutos después, me siento frente a Elizabeth. Su mirada revela la angustia del dramático giro que acaba de sufrir su vida.

—¿Alguna noticia del hotel? —pregunto.

—Les envié un correo diciendo que por motivos personales debía abandonar el trabajo inmediatamente. Me sabe mal, me trataron muy bien —dice resignada.

—No te preocupes por eso. Están acostumbrados, las renuncias inesperadas ocurren con frecuencia en las grandes empresas.

—Lo peor fue la Sra. Paola. Estaba hecha un mar de lágrimas. Quiere mucho a Ronan.

—¿Qué le dijiste?

—A ella no pude mentirle. Le dije que el padre de Ronan nos reclama.

Elizabeth acaricia la cabeza del pequeño y después se recoge un mechón de su cabello rojo detrás de la oreja. Sigue siendo tan bella como aquella noche en la cabaña. Fue un error dejar que se marchara.

—Pietro, estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Por lo que pasó en el hotel hace cuatro años, ¿será un problema para nosotros? Ya sabes, la mafia rusa.

Sus palabras traen a mi mente la noche en la suite del hotel, la cara grotesca de Volkov, el disparo, la sangre. Resulta desconcertante pensar que si eso no hubiera sucedido, ni ella ni Ronan estarían ahora conmigo.

—Me encargaré de todo —respondo sin vacilar—. Te lo prometo, Elizabeth. Tú y Ronan estaréis seguros.

Ella asiente aunque percibo la duda en su silencio. Es comprensible. Todo está pasando muy rápido. Otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta—. Son peligrosos, Pietro.

—Tengo recursos y contactos. Sé cómo manejar estas situaciones. Y más importante aún, no permitiré que nadie os haga daño. Jamás.

Elizabeth se pellizca el labio inferior y baja la mirada hacia nuestro hijo. *Nuestro hijo*, qué fuerte. El silencio se instala entre nosotros. La tensión sigue presente, aunque confío en que la boda ayude a acercarnos.

Una hora después, aterrizamos en el aeropuerto privado de Gibraltar. Después nos dirigimos a la casa Barone en coche. Cuando llegamos, entramos directamente al garaje.

—Vais a dormir en el cuarto de invitados por esta noche —le digo a Elizabeth—. Mañana nos organizaremos mejor.

—Como quieras, Pietro.

Abro la puerta trasera del coche y veo a nuestro hijo acurrucado en el asiento. Ella hace el gesto para cargarlo, pero la detengo.

—Yo le llevo —digo.

—Está bien.

Con cuidado, paso mis brazos por debajo de Ronan y lo levanto. La primera vez que cargo a mi hijo. Una oleada de emociones me invade. Huele a champú. Su cabecita se apoya en mi hombro y siento su respiración sobre mi cuello.

Leo abre el maletero y ella coge una de las maletas.

—Por aquí —indico a Elizabeth, guiándola hacia la entrada de la casa.

Subimos las escaleras en silencio para no despertar a Ronan. Leo abre la puerta del cuarto de invitados, y entramos con Elizabeth siguiéndome de cerca. Dejo a Ronan en la cama.

—Gracias —susurra ella.

—No hay de qué —respondo en voz baja.

—Descansad, mañana será un nuevo día —le digo.

Se queda callada mirando a su hijo. Esta mañana cuando se despertó en Florencia, jamás pudo imaginar que acabaría durmiendo en Marbella. Ni yo que tendría una familia.

Leo y yo salimos de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Me quedo un momento en el pasillo, procesando todo lo ocurrido. Soy padre. Tengo un hijo. Y ahora están aquí, en mi casa. En nuestra casa.

CAPÍTULO 18

ELI

A la mañana siguiente, me despierto, me ducho y me visto mientras Ronan sigue durmiendo en su lado de la cama. Por suerte, no se despertó durante la noche, así que yo también pude dormir, aunque solo al final después de dar mil vueltas. Claro, los nervios, la angustia, la incertidumbre…

Después de lavarme la cara y aplicarme una suave capa de maquillaje, acaricio su sonrosada mejilla. No se mueve ni un pelo, así que insisto.

—Ronan, cariño, despierta —susurro.

Por fin, se mueve un poco, parpadea y abre los ojos.

—Buenos días, corazón.

Pasea la mirada por el cuarto. Extrañado, se da cuenta de que está en un sitio que no conoce.

—¿Dónde estamos, mamá? —pregunta con voz somnolienta, frotándose los ojos.

—Estamos en una nueva casa, Ronan.

—¿En una nueva casa?

—Sí, ¿no es increíble? —Trato de transmitirle entusiasmo.

Lo cargo en brazos y lo llevo a la ventana. Corro las cortinas y señalo hacia el jardín que se extiende más allá. Verde, inmenso, precioso.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

Le paso la mano por su cabello castaño. Asiente con la cabecita.

—Ahora vamos a vivir aquí.

Ronan frunce el ceño por un momento.

—Mamá, ¿la Sra. Paola dónde está?

Suspiro de pena por dejarla de esa forma tan brusca.

—Se ha quedado en Florencia, amor, porque tenía cosas que hacer. Si quieres un día podemos llamarla para preguntarle cómo está. ¿Te parece bien?

—Sí.

Ahora a bañarle. Quiero que los Barone se llevan una buena impresión. Mientras el agua del grifo va llenando la bañera, me acuerdo de Emma y papá. ¿Cuándo podré verlos de nuevo? Sobre todo a Emma. La echo tanto de menos... A él no tanto, aún le guardo rencor.

—Venga, cariño, al agua —digo ayudando a Ronan a meterse.

¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para poder contactar con mi familia? Querrán conocer a Ronan. Todo depende de Pietro y de cuánto tarde en arreglar nuestra situación. Tendré que

preguntárselo cuando estemos a solas.

—Qué guapo vas a estar en cuanto te ponga la ropa —digo mojándole el pelo con la alcachofa.

Termino de bañarlo y lo envuelvo en una toalla. Después lo empiezo a vestir en el dormitorio. Mientras le pongo los calcetines, escucho que alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Entra Pietro, vestido con un elegante traje azul marino y corbata naranja. Lleva una bolsa en la mano. Su aroma a recién duchado me envuelve. Le odio por traernos aquí a la fuerza, pero no puedo evitar sentir una punzada de atracción. Ni siquiera en Florencia recuerdo haber visto a alguien tan guapo como él.

—Buenos días, Elizabeth —dice muy formal—. ¿Cómo habéis dormido?

—Bien, gracias —contesto, poniéndome de pie—. Ronan ha dormido de un tirón.

Pietro mira a nuestro hijo con una gran curiosidad.

—¿Estáis listos para conocer a la familia? —pregunta.

Siento un nudo en el estómago. La familia Barone. No sé si estoy preparada para esto, pero no tengo otra opción.

—Estamos listos, ¿a qué sí, corazón? —respondo, tratando de sonar más segura de lo que me siento.

—Tengo algo para ti, Ronan —dice sacando una caja de la bolsa que lleva y entregándoselo —. Un regalo de bienvenida.

El papel de regalo es un estampado de dibujos. Ronan se queda sorprendido, y yo también. Sí, un gesto dulce.

—¿Me ayudas? —me pregunta Ronan para que lo desenvuelva.

—Claro que sí, corazón.

Con la mirada expectante brillando en mi hijo, quitamos el papel. Poco a poco va asomando el contenido. Un coche de carreras de juguete, rojo y brillante. Ronan sonríe de oreja a oreja.

—Qué cochazo, ¿te gusta?

—Sí.

—¿Qué se dice?

—Gracias —dice con timidez.

Pietro le acaricia la cabeza. Los dos tienen esos ojos verdes tan bonitos. No me extraña que se diese cuenta del parecido. Se parecen, sí. Padre e hijo.

—De nada, Ronan.

Unos minutos después, salimos del dormitorio y subimos al salón. Con el corazón latiendo a mil por hora, Ronan y yo seguimos a Pietro. Ahí está la familia Barone al completo, sentados en los lujosos sofás como si fueran la realeza de la mafia.

—Familia, ellos son Elizabeth y Ronan —anuncia Pietro.

Va haciendo las presentaciones una por una. Giovanni, el patriarca, me mira con ojos penetrantes. A su lado, Francesca mantiene una sonrisa cordial, pero puedo sentir cómo me está analizando. Salvatore, tan guapo como Leo, se mantiene serio. Beatrice parece más relajada, quizás porque no es de sangre Barone. Tiene un bebé en brazos que se llama Mattia. Y luego están las gemelas, que observan a Ronan con curiosidad.

—Falta Vincenzo, Chiara y los niños, pero ya los conocerás —dice Pietro—. Ah y Riccardo, pero ese solo aparece en los grandes acontecimientos.

Se hace un silencio incómodo. Ronan se agarra a mi pierna, intimidado por tantas miradas.

Le abrazo y le beso en la mejilla. Discretamente, le digo que juegue con su nuevo coche.

—Bienvenida, Elizabeth —dice Giovanni—. Y bienvenido, pequeño Ronan.

Francesca se levanta y se acerca.

—Santa Madonna, cómo se parece a Pietro —dice maravillada.

De repente, las gemelas también se acercan a Ronan.

—¿Puede jugar con nosotras? —pregunta una de ellas, la de gafas.

—Claro —respondo.

—Mira —les dice Ronan a las gemelas, enseñando su coche de carreras.

—Mamá, ¿Ronan es mi primo o qué? —pregunta una de las gemelas, la que no lleva gafas.

Se produce un silencio con miradas cruzadas. Nadie se esperaba la pregunta.

—Sí, claro —responde Beatrice encogiéndose de hombros.

—Habrá que ir pensando en crear un árbol genealógico —dice Pietro—. Pronto ya no sabremos quién es quién.

—Cualquier día me levanto —dice el patriarca—, y me encuentro en el pasillo a gente que no conozco. ¡En mi casa!

Los Barone rompen a reír pero me quedo callada. Me pregunto si mi hijo y yo acabaremos encajando en esta familia mafiosa.

CAPÍTULO 19

PIETRO

En el despacho de mi padre, la tensión es palpable. Él está sentado detrás de su imponente escritorio de caoba, con el ceño fruncido. Mi madre se encuentra a su lado, con una expresión serena aunque preocupada. Leo y Salvatore se muestran imperturbables.

—Así que esa es la situación —concluyo después de relatar cómo conocí a Elizabeth y del reencuentro en Florencia—. Ella está aquí y Ronan es mi hijo.

Mi padre golpea la mesa con el puño.

—¡Maldita sea, Pietro! ¿Por qué no nos contaste esto antes?

—Todo ha sucedido muy deprisa.

—¡Debo saber todo lo que ocurre en esta jodida familia! ¡Hasta cuántas veces te limpias el culo!

Mi madre, la más sensata, coloca una mano sobre su hombro, como si quisiera tranquilizarle. Como siempre, la intervención de ella causa un efecto sedante en mi padre.

—Cariño, ya no podemos cambiar lo que ha pasado —me dice mi madre—. Ahora debemos centrarnos en cómo manejar esta situación.

—Mamá tiene razón —añade Leo—. Tarde o temprano los Volkov no tardarán en enterarse de que Elizabeth está aquí, y se declarará la guerra.

Salvatore asiente, cruzando los brazos sobre su pecho. Aunque Yuri lleve muerto todo este tiempo, su padre maneja con puño de hierro el clan familiar.

—Tenemos que estar preparados para cualquier cosa —dice Leo—. Pietro ha tomado una decisión y debemos apoyarlo.

Ahora va a llegar el momento crítico de la reunión. Ahora expondré el verdadero motivo por el que los he reunido. Proteger a mi futura esposa. Como la madre de mi hijo y al haberla arrastrado a Marbella, se lo debo.

—Hay que acabar con los Volkov antes de que se enteren de que Elizabeth está con nosotros —digo, y después miro a cada uno de los miembros de mi familia—. Porque si no, son capaces de hacerle cualquier cosa como venganza por haber huido aquella noche en el hotel.

Se instala un silencio profundo en el que se espera que mi padre diga sí o no. Matar a la cúpula de mando de los Volkov será una operación arriesgada. Además, ellos no nos han hecho nada, solo es una sangrienta manera de protegernos. Adelantarse a los problemas es una habilidad importante en el mundo de la mafia.

—Está bien —dice mi padre—. Pero si vamos a hacer esto, debemos hacerlo bien. No

podemos permitirnos errores.

—Como familia, tenemos que proteger a Elizabeth y Ronan —dice mi madre.

—Ahora mismo el capo de la banda es su padre, Pavel. Lo conocimos en la boda.

—¡Pero si tiene ochenta años! —exclama Leo.

—Se rumorea que tiene la mente en orden —digo—, así que no hay que subestimarlo por su edad.

Leo levanta los brazos como diciendo «está bien».

—¿Qué sabes de él y los demás? —pregunta mi madre.

Asiento, consciente de la importancia de lo que voy a compartir. Desde que supe que Elizabeth y Ronan se venían conmigo, me moví para conseguir una información básica.

—Pavel es un hombre astuto, aunque le pierde el alcohol y las putas. Su cúpula de mando está compuesta por veteranos militares, hombres leales que han estado con él durante años. Su segundo al mando es Dmitri Ivanov, conocido por ser implacable y eficiente.

—Sí, he oído hablar de él —apunta mi padre.

—Me encargaré de todo —digo con determinación—. Conozco sus puntos débiles, sus rutinas y cómo podemos aprovecharlos.

—Pietro, ¿Elizabeth tiene familia en Marbella? —pregunta mi madre.

—Tiene una hermana menor llamada Emma y su padre es Robbie McClean. No ha tenido contacto con ellos en los últimos cuatro años. Elizabeth rompió toda comunicación cuando se marchó de Marbella.

—Entonces debe seguir sin contactar con ellos —dice mi padre con autoridad—. No podemos arriesgarnos a que alguien los rastree hasta aquí. Cuando los Volkov desaparezcan del mapa, entonces se abrirá un panorama distinto y ella podrá moverse con más libertad.

Mi madre asiente con la cabeza, mientras que Leo y Salvatore intercambian miradas cómplices.

—Pietro —dice mi padre con voz grave—, no solo está en juego la seguridad de Elizabeth y Ronan, sino también la nuestra. No puedes permitirte fallar.

—No fallaré —respondo con convicción.

—Y no vuelvas a ocultarme nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá.

La reunión termina y todos abandonan el despacho, menos mi madre y yo. Ella cierra la puerta con un suave chasquido, y se acerca con una mirada que mezcla preocupación y ternura.

—Pietro —comienza, cogiendo mi mano—, sé que esto es mucho para ti. Descubrir que tienes un hijo después de cuatro años no es algo fácil de asimilar. Ahora tienes la oportunidad de ser parte de la vida de Ronan. Pero debes ir con calma, Pietro. No puedes esperar que todo se resuelva de un día para otro.

—Lo sé, mamá.

—recuerda que Ronan es solo un niño. Necesita tiempo para acostumbrarse a ti, igual que tú necesitas tiempo para conocerlo. Comienza pasando tiempo a solas con él, haciendo cosas juntos.

Trato de imaginarme esas escenas cotidianas con Ronan, pero me cuesta. La idea me resulta incómoda pero es necesario. Es mi hijo, sangre de mi sangre.

—¿Qué tipo de cosas debería hacer con él? —pregunto, buscando algún consejo práctico.

—Llévalo al parque, juega con él en el jardín, enséñale algo nuevo... Cualquier cosa que te permita estar cerca de él y conocerlo mejor. No subestimes el poder de los pequeños momentos compartidos.

Miro a mi madre y veo la sabiduría en sus ojos. Ella siempre ha sido el pilar emocional de la familia, la que mantiene a todos unidos incluso en los peores momentos.

—No lo haré, tranquila —digo—. ¿Cómo te sientes al ser abuela de repente?

Su rostro se ilumina con una sonrisa.

—Es una de las mayores alegrías de mi vida. Ver crecer a mis nietos me llena de felicidad.

—Seis nietos ya. Daniele, Elena, las gemelas, Matia, Ronan...

—Estoy muy contenta con cada uno de ellos —continúa mi madre—. Pero te confieso que espero que lleguen más. La casa se siente más viva con los niños corriendo aquí y allá.

—¿Más? —bromeo—. No sé si estamos preparados para una invasión de pequeños Barone.

—Nunca se está realmente preparado para ser padre o abuelo, pero cada niño o niña trae consigo desafíos y alegrías.

Aprieta mi mano antes de levantarse y salir del despacho. Me quedo solo, sumido en mis pensamientos.

Ser padre. Un concepto tan abstracto y lejano para mí hasta hace poco. No he tenido tiempo para prepararme. Ha sido tan repentino… El reencuentro con Elizabeth y después la revelación.

Pero hay algo que me hace sentir orgulloso: tengo un heredero. Ronan. Me gusta cómo suena su nombre. Es diferente a los nombres tradicionales italianos. Tiene fuerza y carácter.

Mi hijo, sangre de mi sangre. Haré todo lo posible para que nunca le falte de nada y para protegerlo. Por eso, si hace falta, no dudaré en matar.

CAPÍTULO 20

ELI

En el ático, la sala de juegos de la casa Barone, la risa de Ronan se mezcla con el ritmo pegadizo de una canción que sale de mi móvil. Sentados sobre la moqueta, rodeados de los juguetes que traje de Florencia. Lo bueno de que sea aún pequeño es que su mente es muy flexible. Si estuviésemos en la otra punta del mundo, seguiría igual de contento.

Aparece Pietro y me sonríe. Lleva el pelo húmedo, recién duchado y trajeado. Todo en él transmite una sensación de autoridad y confianza que es sexy y abrumadora. Le odio por obligarme a empezar de cero otra vez, pero no puedo evitar que me afecten las oleadas de pulsión sexual que transmite con solo una mirada dura.

—¿Qué estáis escuchando? —pregunta.

—Shakira, su último álbum —respondo.

—No está nada mal.

Pietro se sienta y observa a Ronan con una leve sonrisa. Intento ponerme en su situación. De repente, tiene un hijo de cuatro años y necesita recuperar el tiempo perdido. En cuanto le confesé que es el padre, no dudó en hacerse responsable y eso dice mucho de él, que tiene un corazoncito vestido de Armani.

—Elizabeth —dice—, necesito que me des la tarjeta SIM de tu móvil.

—¿Para qué?

—Por seguridad —responde—. Quiero asegurarme de que nadie pueda rastrearte.

—¿Me voy a quedar sin número?

—Te daré una SIM con un número español.

Ronan busca mi atención, pero mi mente está en otra parte.

—Me gustaría llamar antes a la Sra. Paola, le gustará saber que Ronan y yo estamos bien.

—Puedes llamar con el número nuevo.

—No me va a contestar. Es mayor y no se fía de los números desconocidos.

Pietro frunce los labios, pensativo.

—Está bien, pero no le digas dónde estás.

—Claro, descuida.

—Una cosa más —dice mirándome fijamente—. Esta tarde nos casaremos por lo civil en el despacho del notario.

Casarnos, qué fuerte. No me hago a la idea.

—¿Tan pronto? Cuando me lo dijiste pensé que sería a largo plazo.

—Lo mejor para el niño es hacerlo cuanto antes —responde Pietro sin vacilar—. Así podré protegerlo y darle una vida más estable. Tú y yo haremos vida matrimonial. Dormirás en mi cama.

—Pero…

—En los Barone no admitimos soluciones a medias y, además, creemos en el matrimonio.

Miro a Ronan, quien sigue jugando ajeno a nuestra conversación. Suspiro profundamente y miro a Pietro otra vez. Sus ojos verdes me observan con determinación. Mi mente está llena de preguntas e inseguridades.

—¿Hay otra alternativa? —digo sabiendo que una vez casada, estaré para siempre encerrada en esta familia de mafiosos.

—No —dice y se levanta—. Voy a traerte la SIM española. ¿Dónde tienes los pasaportes?

—En la maleta pequeña.

Pietro baja las escaleras y desaparece. Abrazo a mi Ronan, que ahora juega con el coche que le regaló él. Ay, hijo, espero estar haciendo lo correcto. Me incorporo y me aseguro que no hay nadie en las escaleras. En mi móvil, abro la aplicación de notas, y accedo a una secreta solo accesible con contraseña. Sí, aquí está el número de teléfono de Irene Delgado, la agente de Interpol.

De repente viajo al pasado, cuatro años atrás, a un chiringuito en Cádiz, a hora y media en coche de Marbella. Recuerdo claramente el rumor de las olas y el olor a pescado. El lugar estaba casi vacío. Me pedí una botellita de agua mineral y me senté en una mesa.

Quedaban pocas semanas para casarme con Yuri Volkov, y se me había pasado por la cabeza huir de una boda que no deseaba. Estaba dispuesta a todo, incluso a colaborar con la policía con tal de no casarme con ese monstruo.

No sabía cómo identificaría a la agente de la Interpol, pero al cabo de unos escasos minutos, una mujer joven de treinta y pocos años entró y se sentó delante de mí.

—Elizabeth McClean —dijo en voz baja.

—Sí, soy yo —respondí nerviosa.

—Soy Irene Delgado.

Llevaba el cabello recogido en un moño, y vestía una chaqueta vaquera y una falda de lunares. Todo muy casual para no llamar la atención.

—Cuando quieras, podemos empezar —dijo directa al grano—. Dime todo lo que has averiguado sobre Yuri Volkov.

Tragué saliva. Le conté sobre las operaciones ilegales que conocía de Yuri, los nombres de algunos de sus socios y los lugares donde solían reunirse. Había recopilado esa información en secreto durante semanas, esperando que fuera suficiente para detenerlo y liberarme de matrimonio.

—Con esta información podemos detenerle —dijo Irene finalmente—. Pero necesito saber si estás dispuesta a testificar en su contra si es necesario.

Me quedé helada. Testificar significaba exponerme aún más, poner en riesgo mi vida.

—No lo sé... No estoy segura de poder hacerlo.

Irene me miró con comprensión.

—Lo entiendo —dijo con una sonrisa forzada—. Es una decisión difícil, pero debes tomar una decisión cuanto antes.

Nos despedimos después de aquella conversación. Irene me dejó su número personal, y algunas instrucciones sobre cómo contactarla si cambiaba de opinión o necesitaba ayuda.

Sin embargo, nunca volví a reunirme con ella. Empecé a sospechar que Volkov se había enterado de nuestra reunión. Las amenazas veladas y los comentarios inquietantes me hicieron pensar que estaba siendo vigilada. ¿O fue una paranoia mía? Nunca lo sabré. Decidí cortar toda comunicación con Irene y resignarme a mi destino junto a Volkov.

De vuelta al presente, acaricio suavemente el cabello de Ronan. Ahora tengo que pensar en el futuro de mi hijo. Su felicidad está en juego. No, no quiero que crezca en una familia de mafiosos.

Tomo aire y marco el número de Irene Delgado. El tono de llamada parece interminable hasta que, finalmente, una voz familiar responde.

—¿Diga?

—Irene Delgado, soy Elizabeth McClean.

Un silencio breve.

—Me acuerdo de ti. Han pasado cuatro años. ¿Qué ocurre?

—Necesito hablar contigo —digo en un susurro—. Pero no puedo hacerlo por teléfono, es demasiado arriesgado y este número del que te hablo va a desaparecer pronto.

—¿Dónde estás ahora? ¿Puedes moverte con facilidad?

—Estoy en Marbella. No puedo moverme mucho por ahora, pero a lo mejor podría encontrarme contigo en algún lugar, aunque no sé cuándo.

Antes de poder responderle, escucho pasos en la escalera. El corazón me da un vuelco.

—¡Sra. Paola! ¡Qué alegría escucharla! —exclamo de repente, cambiando mi tono de voz—. Sí, Ronan y yo estamos bien, no se preocupe.

Noto un breve silencio en la línea antes de que Irene responda con cautela.

—¿Estás sola?

—Exacto, la mudanza ha ido muy bien —continúo con mi actuación—. Ronan está encantado con su dormitorio.

—Elizabeth, tranquila, sigue hablando con naturalidad.

—Hace mucho calor aquí, Sra. Paola —digo—. Pero estamos bien, de verdad. Le agradezco mucho todo lo que hizo por nosotros. Ronan la echa de menos.

—Bien, entendido, Elizabeth. Mantén mi número si puedes. Estaré pendiente.

—Gracias por todo, Sra. Paola. Cuídese mucho —digo y cuelgo bruscamente.

Me giro rápidamente. Para mi sorpresa, no hay nadie en las escaleras ni en la puerta. Suspiro aliviada, pero ¿había alguien escuchando o el ruido vino de mi imaginación? Creo que me estoy volviendo loca.

Abrazo a Ronan, que me mira con curiosidad. ¿He hecho lo correcto al contactar con Irene? La duda me corroe.

CAPÍTULO 21

PIETRO

El despacho de Martín, el notario, está concurrido. Elizabeth está sentada a mi lado. Detrás, mi madre sostiene a Ronan en brazos, que juguetea con su collar de perlas. Leo se mantiene serio, formal. Los demás Barone no han podido venir por estar ocupados en los negocios. Ya lo celebraremos con todos más tarde.

—Bien, Sr. Barone —dice Martín finalmente—, ¿puede firmar aquí?

Cojo la pluma y estampo mi firma en el documento. Luego, Elizabeth hace lo mismo. Martín me da una copia y nos estrecha la mano con una sonrisa diplomática. Gracias a los Barone se está haciendo de oro el cabrón.

Saco el estuche de mi bolsillo, lo abro y le coloco a Elizabeth el anillo en el dedo corazón. Nuestros ojos se encuentran por un breve instante. Sonreímos. Ella me coloca el anillo. Volvemos a sonreír. Los dos queremos que esto funcione. Le doy un pico en la boca. El aperitivo del salvaje polvo que nos espera esta noche.

—Ahora eres *mi* esposa—le digo admirando los rasgos de su cara, su nariz respingona, sus labios sensuales y esas pecas que la hacen tan especial.

—Somos marido y mujer —rectifica sutilmente.

—No lo olvides, me perteneces.

—Y tú a mí —dice sin dejar de desafiarme.

Salimos de la notaría en dirección a nuestro restaurante de Puerto Banús, donde nos espera un almuerzo íntimo aunque por todo lo alto. Así le muestro el negocio a mi flamante esposa. En la calle, me aseguro de que nos siguen los guardaespaldas, Benito y Máximo. Sí, los veo.

Mi madre y Elizabeth conversan en modo suegra-nuera.

—Pietro, tenemos que hablar —dice Leo discretamente.

—¿Sobre qué?

Leo echa una mirada furtiva hacia delante.

—Escuché a Elizabeth hablar por teléfono antes de venir aquí. Estaba nerviosa. No sé, me pareció sospechoso.

—¿Por qué?

—Hablaba en voz baja y de repente cambió su tono.

Doy una palmada en su hombro.

—No pasa nada, hablaba con la señora con la que vivía en Florencia, una tal Sra. Paola.

—Sí, mencionó ese nombre.

—¿Ves? No te preocupes por eso ahora.

Leo asiente, aunque no puedo evitar sentir una punzada de desconfianza, y eso me jode. Después del almuerzo en el restaurante, volvemos a casa.

Elizabeth, Ronan y yo subimos a mi dormitorio, ahora nuestro dormitorio. Ella lanza una mirada valorativa en silencio. Sus maletas ya las subieron esta mañana. Sus ojos se detienen en la cama supletoria que mandé instalar.

—Para Ronan —aclaro—. Cuando se acostumbre, se mudará al dormitorio de Vincenzo.

—Me parece bien.

Elizabeth comienza a deshacer las maletas, colocando su ropa en la parte del armario que he vaciado para ella. La observo moverse, familiarizándose con su nuevo entorno. En el baño, coloca sus productos de aseo y belleza junto a los míos.

—Va a ser la primera vez que viva con una mujer en esta casa —le digo.

—¿Debería estar halagada? —suelta.

—Pues sí, y bastante.

Le oigo soltar una risita. Ronan se acomoda en el sofá y juega con el coche rojo que le regalé. Parece que fue un acierto.

—¿Te gusta tu nueva casa, Ronan? —le pregunto.

Asiente sin apartar la vista del juguete. Sigue en su mundo de fantasía. Le acaricio la espalda, casi para asegurarme de que Ronan no es producto de mi imaginación.

En el baño, me coloco detrás de mi esposa y le cojo de la cintura. Aparto su cabello pelirrojo para aspirar el fresco aroma de su piel. Joder, cómo me pone.

—¿Tengo que acostarme contigo? —me pregunta mirándome a través del espejo.

—¿Tú qué crees? Quiero más hijos contigo. Quiero que formemos una familia de verdad.

—¿Más hijos?

—Sí, quiero darle hermanos a Ronan —susurro—. Quiero ver crecer a una familia numerosa.

—Eso habrá que negociarlo, Pietro.

—No, eso es innegociable. A cambio, no te engañaré nunca y tendrás todo lo que quieras.

La giro y la beso con intensidad. Ella responde con la misma pasión, y sus ardientes labios se funden con los míos. Nuestras lenguas se encuentran y siento el deseo de follarla aquí mismo. Mis manos recorren su espalda, atrayéndola más hacia mí. Quiero que note cómo me la pone dura.

—Esta noche, cuando Ronan se duerma, *consumaremos* nuestro matrimonio —susurro.

—Vaya, ¿*consumaremos*?

—Sí, consumar, follar, echar un polvo, un casquete. Ya veo que el protocolo no es lo tuyo.

—Pues no.

Pasan las horas, anochece, y llega el momento de acostar a Ronan. Aquí voy a hacer caso del consejo de mi madre. Elizabeth prepara el terreno. Le da de cenar, le pone el pijama y le acuesta. Sí, es una madre volcada en su hijo. Lo adora y eso me gusta.

—Tu padre te va a contar un cuento —dice Elizabeth a Ronan—. ¿Vale?

Ronan asiente, no muy convencido, pero aun así me siento a su lado junto a Elizabeth. Ya me ha presentado como su padre, supongo que quiere hacerlo de manera natural.

Saco mi móvil, donde tengo guardado un cuento que encontré en internet para esta insigne ocasión. Me aclaro la voz antes de empezar.

—Érase una vez, en un reino muy lejano, un valiente caballero llamado Ronan.

—¿Ronan? —pregunta.

—Sí, Ronan.

—Como yo —dice sorprendido mirando a su madre.

Comienzo a narrar una historia de aventuras, donde el pequeño Ronan se enfrenta a dragones y salva princesas. Veo cómo los ojos de mi hijo brillan de emoción con cada giro de la trama. Elizabeth nos observa con una sonrisa en los labios.

A medida que avanzo en el cuento, los párpados de Ronan se van cerrando. Bajo el tono de mi voz, haciendo que las palabras sean cada vez más suaves.

—Y así, el valiente Ronan regresó a casa, donde su familia lo esperaba con los brazos abiertos. Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Ronan ya duerme a pierna suelta.

—Dale un beso en la frente —dice mi esposa y lo hago.

—Qué ser tan pequeño —digo alucinando—. Un milagro de la vida. ¿Cuándo vas a decirle que me llame papá?

—Tiene que salir de él, Pietro.

—Sí, es verdad. Mejor no precipitarse.

Mientras escuchamos la suave respiración de Ronan, procedo a cambiar la SIM. Una tarea sencilla que consiste en abrir la bandeja del móvil con un clip, y cambiar una tarjeta por otra. La activación es instantánea. Ya tiene operativo el número español.

—¿Perderé los contactos? —pregunta Elizabeth.

—No, tranquila —respondo, y de manera casual le pregunto—. Por cierto, ¿qué te contó la Sra. Paola?

He intentado que mi pregunta suene casual para que no sé de cuenta de que hay algo raro en ella.

—Ah, que está muy triste, y que echa de menos a Ronan. Y que a ver si la visitamos algún día.

Analizo su respuesta, lo que dice, lo que no, sus gestos. No llego a ninguna conclusión, así que decido que voy a confiar a ella. Además, ¿qué motivos puede tener para mentirme?

—Ya es la hora —le digo después de consultar mi reloj de pulsera.

—¿La hora de qué? —pregunta sorprendida.

—De que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

CAPÍTULO 22

ELI

La luna en lo alto mientras el Rolls Royce avanza por la autovía de la Costa del Sol. Me giro hacia Pietro, llena de inquietud.

—¿Me vas a decir dónde vamos? —le pregunto.

Mantiene la mirada en el escaso tráfico, y las manos sujetando el volante.

—Es un secreto —responde con una intrigante media sonrisa.

Ronan se ha quedado en casa, durmiendo bajo el cuidado de Francesca y Esperanza. Por ese lado me siento tranquila. Les pedí que, ante cualquier situación por pequeña que fuese, que me llamaran.

—Es la primera vez que por la noche no estoy con Ronan.

—¿Ah, sí? ¿En Florencia no salías con amigas o compañeros de trabajo? —me pregunta con un tono que me hace sospechar de que le interesa mi vida sexual en Florencia.

—Sí, pero no por la noche.

—¿Qué solías hacer para entretenerte allí?

—En realidad, no salía mucho —respondo mirando por la ventanilla—. Mis días libres los pasaba con Ronan, visitando museos. El Uffizi era mi favorito. Podía pasarme horas admirando a Botticelli. También paseábamos mucho por el Ponte Vecchio.

Pietro asiente, escucha atentamente.

—Una vez fuimos a Pisa —continúo—. Vimos la torre inclinada, pero no subimos. Ronan era muy pequeño y yo... bueno, tenía miedo a las alturas. Eran días sencillos, pero felices. Ronan y yo descubriendo las maravillas de Italia.

Pietro toma un desvío y el Rolls Royce comienza a subir por una carretera de montaña. Sin motivo aparente, me fijo en mi mano izquierda donde brilla la alianza. Qué preciosidad. La banda de oro es muy elegante, con pequeños diamantes incrustados alrededor que centellean con cada movimiento.

—Es muy bonita —digo.

Pietro me mira de reojo.

—Me alegro de que te guste.

Vuelvo a mirar la alianza, esta vez con sentimientos encontrados. Es bonita, sí, pero es un recordatorio de la vida que tengo ahora. Una vida de lujos, aunque también de secretos y peligros.

—¿Qué te parece mi familia? —pregunta Pietro.

—Numerosa, pero se os ve muy unidos.

—Las gemelas han hecho buenas migas con Ronan —comenta—. Parece que se conocen de toda la vida.

Asiento, recordando cómo Mónica y Anna jugaban con mi hijo esta mañana. Fue un alivio ver a Ronan adaptarse rápidamente.

—Ronan estaba encantado —digo—. Espero que se adapte bien a todos estos cambios.

Pietro me mira antes de volver su atención a la carretera.

—Lo hará, es un niño inteligente. Claro, es un Barone —dice entre arrogante e irónico.

—Y un McClean —advierto levantando un dedo—. Recuerda que lleva sangre irlandesa en sus venas.

Unos quince minutos más tarde, Pietro detiene el Rolls Royce en medio del bosque. Miro a mi alrededor, confundida hasta que descubro una luz en el porche de una cabaña. De repente, mi mente hace clic. Sí, ya sé dónde estamos.

—Esta es...

—Sí —confirma Pietro con una sonrisa—. La misma cabaña de hace cuatro años.

Un gesto que me toma por sorpresa y, para mi asombro, me encanta.

—No sabía que eras tan romántico.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dice guiñándome un ojo.

—Y tú tampoco de mí.

Salgo del coche y una brisa acaricia mi cara. La fachada de madera, el acogedor porche, la sensación de refugio aislado del mundo. Todo parece exactamente igual que aquella noche de locura.

Caminamos juntos hacia la cabaña. Se oye el crujido de las hojas secas bajo nuestros pies. Me entran los recuerdos del miedo que sentía cuando llegamos. No he vuelto a sentir tanto en mi vida.

Al entrar, veo que hay una ligera cena a modo de picoteo ya dispuesta sobre la mesa del centro. Una tabla de quesos, tartar de atún, carpaccio de salmón y brochetas de tomate y albahaca. Y una botella de vino con dos copas. Bueno, estoy asombrada, lo tenía planeado. Me gusta que haya pensado en mí.

El silencio de la montaña nos envuelve. Con una copa en la mano, me dedico un instante para disfrutar de lo atractivo que es mi marido. Guapo a rabiar, moreno, con ese aire italiano confiado de sí mismo. Y con una barbilla con personalidad.

—¿Qué has hecho en estos cuatro años? —pregunto y tomo un sorbo.

Pietro se recuesta en el sofá, también con una copa en la mano.

—He estado muy ocupado llevando las finanzas de la familia —responde—. Viajes a Delaware, Seychelles... Allí tenemos nuestras cuentas B. Es un trabajo constante y meticuloso, pero se me da de maravilla.

Asiento, intentando imaginar su vida en esos lugares exóticos y lejanos. No puedo evitar sentir una punzada de celos por lo que parece ser una vida llena de aventuras.

—Seguro que has dejado un amor en cada puerto —digo.

—Ninguna mujer ha significado mucho para mí.

—Pues tienes pinta de haber roto muchos corazones.

—No tantos como tú —dice sonriendo con arrogancia—. ¿Con cuántos hombres has estado en Florencia?

—Buf, me faltan dedos de la mano para contarlos.

La verdad, ninguno. Mi coño tiene telarañas. En cuanto pronunciaba la palabra «hijo», todos salían escopetados.

—Ya veo, no me extraña —dice y se queda callado con el ceño fruncido.

Se levanta, coge la botella vacía y se marcha a la cocina. Regresa con otra botella que abre con un sacacorchos, después me sirve de una manera que me parece sexy, muy sexy. Una extraña tensión empieza a flotar en el aire. Algo vibrante y provocador. Antes de beber, me lanza otra de sus miradas verdes, felinas, eróticas. Sí, vamos a follar esta noche.

—¿Estás celoso por la enorme cantidad de amantes que he tenido? —pregunto para picarlo.

—¿Yo? ¿Para nada? —dice alzando la voz.

—Mientes muy mal.

—Ya te he dicho que no —replica y aprieta las mandíbulas—. Me da igual a quien te hayas follado antes, pero ahora eres mía. Y como te vea pestañear a otro…

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacerme?

—No me retes —dice serio—. Sabes de lo que soy capaz.

Con la copa en la mano, me pongo erguida de rodillas por encima de su regazo, y mirándole desde arriba le dedico una sonrisa insinuante.

Deja su copa en el suelo y empieza a desabotonar mi blusa. Siento el roce de sus dedos a través de la ropa y un estremecimiento recorre mi cuerpo.

Quedo en sujetador, con la blusa abierta. Las pupilas verdes de Pietro se dilatan. Después desliza su lengua sobre mi abdomen. La sensación es electrizante, de puro fuego.

Echando la cabeza hacia atrás, dejo escapar un suspiro de placer. Mi mano encuentra su cabello y lo agarra con fuerza mientras su lengua sigue explorando mi piel. Cada lametazo suyo despierta en mí algo primitivo, algo que había estado dormido durante demasiado tiempo.

Bebo otro sorbo de vino y lo paladeo. Son tantas emociones al mismo tiempo, pero sí, me siento viva y deseada, muy deseada.

Agacho la cabeza. Pietro me coge por la cintura, y aprieta mi culo con las palmas bien abiertas. Qué gusto sentir su fuerza, su agarre en mí casi desesperado. Su aliento me hace temblar y no puedo evitar sentir cómo crece el calor entre mis muslos. Qué ganas de sexo por Dios. Cuántas noches sola deseando que alguien me follase, que me hiciera correr como una perra.

Le vuelvo a agarrar del pelo y lo beso con pasión. Después derramo un poco de vino sobre mi pecho y Pietro lo va lamiendo. La sensación, muy poderosa.

—Joder, cómo me pones —dice el muy bruto.

Pietro me quita la copa de la mano y la pone en la mesa. Su mirada ardiente me hace sentir un cosquilleo en el estómago. Antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mí. Sus dedos hábiles empiezan a quitarme la blusa por completo.

—Pietro... —intento hablar, pero las palabras se desvanecen cuando siento su aliento en mi cuello.

Me desabrocha el sujetador y se coloca por detrás. Me coge las tetas, las masajea con una deliciosa fogosidad. Arqueo la espalda, rendida a que me haga lo que quiera. Su ansioso deseo por mi cuerpo me pone más y más cachonda.

—Estabas destinada a ser mía —gruñe con la respiración entrecortada—. Ahora lo sé.

De repente, sus manos se mueven hacia abajo, desabrochando con brusquedad mis pantalones. Me los baja de un tirón hasta las rodillas. Antes de apoderarse de mi coño, deja un rastro de saliva por mi espalda.

El estudiado roce de sus dedos dentro de mí me deja sin aliento. Si para, lo mato. Soy un

juguete en sus manos. No quiero que este momento termine nunca. Me siento libre, flotando en plena naturaleza.

Pietro tira de mí y me obliga a ponerme a cuatro patas. Sabe lo que quiere y lo quiere ahora. Forcejeo pero acaba por bajarme las bragas, también con una brusquedad que me vuelva loca.

—Voy a follarte por donde quiera, Elizabeth —ordena—. Las veces que quiera.

—Sí, por favor.

Oigo el excitante sonido de la cremallera de sus pantalones, el tintineo de la hebilla del cinturón. Estoy húmeda solo al fantasear que ya está dentro de mí, que vuelvo a sentir su barra de acero penetrándome. Primero, la roza con mis labios mayores y pienso que voy a morirme de gusto. Después me la va metiendo hasta el fondo. Qué animal, casi me hace daño.

Con cada embestida, desata una pasión que no me arrasa como una ola, sino como un tsunami. Su fuerza y poderío masculino me hace perder el juicio. Echo una miradita hacia atrás mientras voy recibiendo las sacudidas. Aunque sea de refilón, verle desnudo de cintura para abajo, en plena arremetida, me parece hipnótico.

Suelto un gemido al correrme y sin aire en los pulmones pronuncio su nombre, el nombre que representa la masculinidad en mayúsculas, Pietro. Y es mi marido.

CAPÍTULO 23

PIETRO

Eyaculo dentro de ella. Suelto un gruñido de éxtasis que prolongo todo lo que puedo. Después me dejo caer de espaldas sobre el sofá para recuperar el fuelle. Elizabeth, qué mujer. No, aún no he terminado con ella. Solo necesito un poco más de aire.

Pero antes de que pueda recuperarme, se abalanza sobre mí a traición. Me gusta controlar el sexo, como hice cuatro años atrás, pero ahora Elizabeth está más desatada que nunca. Se mete mi polla en su boca de una manera que parece la dueña de mi miembro y no yo. Me succiona con tanta ansia que me está arrastrando hasta el infierno, donde las llamas van a devorarme vivo.

Esta mujer que me come la polla es una fuerza indomable. Con cada succión, con cada caricia, me lleva más y más al borde del abismo. Intento recuperar el control, pero es inútil. Me está follando como si no hubiera un mañana.

Al correrme en su boca, el placer me deja sin fuerza. Joder, el mejor sexo de mi vida. Fui un idiota al dejarla escapar. Sí, un verdadero idiota.

Después de que ella se limpie en el baño, la llevo a la cama en volandas y la dejo caer suavemente. Enseguida me lanzo y devoro sus labios por enésima vez.

Actuamos como si estuviéramos recuperando el tiempo perdido. Cada caricia, cada beso es una búsqueda desesperada por ese placer desbordado que nos había sido negado durante tanto tiempo. Sus uñas arañan mi espalda, marcándome, y eso aviva más la pasión que arde en mí.

Nos volteamos una y otra vez, intercambiando posiciones, explorando cada rincón del otro como si fuera la primera vez.

Las horas pasan sin que nos demos cuenta. Perdemos la noción del tiempo en medio de este frenesí que nos convierte en drogadictos desesperados por otra dosis. Sudamos, jadeamos, nos entregamos sin reservas. Esta noche moriremos de puro éxtasis.

Finalmente, agotados pero satisfechos, caemos rendidos sobre las sábanas. Me giro hacia Elizabeth y la atraigo hacia mí, abrazándola con fuerza como si temiera perderla de nuevo.

Ella apoya su cabeza en mi pecho y susurra algo ininteligible antes de quedarse dormida. La miro por un momento más, grabando cada detalle en mi memoria: su cabello despeinado, su piel cubierta de sudor, la expresión serena.

Son las tantas de la madrugada. El sueño me va venciendo.

A la mañana siguiente, los rayos del sol de la mañana entran por la ventana y abren mis ojos. Noto una paz que hace mucho no experimentaba. Mis músculos están algo doloridos, pero es un dolor placentero. Quisiera sentirme así todos los días.

Elizabeth duerme a mi lado, desnuda, envuelta en una luz dorada. Un cuadro perfecto digno de mostrarse en los mejores museos de Florencia. Con cuidado, aparto un mechón de pelo y le beso el cuello.

—Buenos días —murmura ella con voz adormilada, estirando sus bonitos brazos.

—Buenos días, ¿cómo has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—De puta madre —digo y vuelvo a besarla—. Joder, tengo ganas de echarte un polvo mañanero.

—Estoy molida.

Nos quedamos así, abrazados y disfrutando de algo que va más allá del sexo. Parece una satisfactoria eternidad hasta que se incorpora, y me mira con esos ojos castaños que tanto adoro.

—Tenemos mucho que hacer hoy —dice con una sonrisa—. Pero primero... ¿desayunamos?

—Antes nos vamos a duchar. Los dos juntos.

—Eres insaciable, Pietro —dice y niega con la cabeza, pellizcándose el labio inferior.

—Sí, lo soy —replico orgulloso.

Una media hora después, duchados, vestidos y perfumados, en la cocina preparo unas sencillas pero deliciosas creps de chocolate. El aroma dulce llena la cabaña mientras mi esposa me observa desde la mesa.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Buf, sí, un montón. ¿Sabes? Nunca aprendí a cocinar —confiesa—. La verdad es que nunca me ha interesado.

—Nunca es tarde para aprender —le digo con una sonrisa mientras volteo una crep en el aire —. Si quieres te enseño aunque te lo advierto, soy un profesor exigente.

Se ríe y se acerca para robar un poco de chocolate del tarro. La miro de reojo, disfrutando con su presencia. Después, nos sentamos a desayunar.

—¿Podrías hablar con tu madre? Quiero saber cómo pasó la noche Ronan.

—Claro —asiento, sacando mi móvil—. Dame un momento.

Llamo a mi madre y, con el manos libre, le pregunto por Ronan. Me asegura que el niño está bien y que durmió tranquilo.

—¿Qué habéis hecho durante la noche? ¿Dónde os habéis metido? —pregunta mi madre.

—¡No hay buena cobertura, mamá! ¡Tengo que colgar!

—Pero ¿cómo que no hay buena cobertura? Si te escucho perfect…

Cuelgo con brusquedad. Elizabeth y yo nos reímos como dos adolescentes.

—Pietro, ¿cuándo podré hablar con Emma? —pregunta pasados unos minutos—. La echo mucho de menos. Tiene que conocer a su sobrino.

Dejo el tenedor en el plato y la miro seriamente. Comprendo su inquietud y además me alegro de que le importe la familia.

—Antes tenemos que encargarnos de neutralizar a los Volkov. Lo siento, pero es por tu seguridad y la de Ronan.

—¿Neutralizar?

—Deshacernos de ellos, de todos —digo mirándola fijamente—. Todos deben morir.

—Eso es terrible, Pietro. ¿No hay otra solución?

—No en este mundo. Deberías saberlo mejor que nadie —digo refiriéndome a su familia.

—Lo sé, pero eso no significa no me afecten las personas —dice y calla un instante—. ¿A cuánta gente vas a matar?

—A la cúpula de mando, y no me preguntes más, cariño —digo apretando su mano con suavidad—. Cuanto menos sepa sobre esto, mejor.

—Está bien, pero no puedo sentirme un poco culpable.

—No es culpa tuya —digo para que no se agobie—. Recuerda quién empezó todo. Esa bestia inhumana de Yuri Volkov. Ahora se trata de hacer un movimiento defensivo para proteger *nuestra* familia.

—Vale —dice aunque no la veo muy convencida.

Para distraerla y que se integre con la familia, quizás sería una buena idea organizar un encuentro con Chiara y Beatrice. Claro, eso sí, tendríamos que asegurarnos de que estén bien protegidas. Enviaría a mis mejores hombres como guardaespaldas.

—¿En qué piensas? —me pregunta sacándome de mis cavilaciones.

—En los próximos movimientos —digo y le planto un beso en su boca manchada de chocolate.

CAPÍTULO 24

PIETRO

Un par de días después, el sol de Marbella brilla sobre nuestro yate, el Calabria, anclado en Puerto Banús. Las gaviotas chillan surcando el cielo. A nuestro alrededor, se despliegan las demás embarcaciones fabulosas de otros millonarios.

Mi madre y yo, sentados en la cubierta, intentamos distraer a Ronan. El pequeño está hoy inquieto. Claro, su madre se ha ido un par de horas para verse con Beatrice y Chiara. Veremos cómo sale el experimento. Lo que está claro es que Ronan tiene que irse acostumbrando poco a poco a su padre.

—Mira, Ronan, ¿ves esos barcos grandes? —le dice mi madre con su tono más dulce. El pequeño asiente con expresión curiosa—. ¿A qué son muy bonitos?

—No —dice tan campante.

—¿No? —Mi madre mira hacia arriba, como clamando al cielo.

Le muestro a mi hijo un pequeño barco de juguete que había guardado para un momento como este. Algo así como un kit de emergencia.

—Vamos a jugar con esto, hijo. ¿te gusta? —digo sonriendo mientras le paso el juguete.

—Le has llamado «hijo» —dice mi madre—. ¿Te has dado cuenta?

—Mmm, pues no.

Leo aparece en la cubierta con una copa de Negroni con ginebra, su bebida favorita. Se queda mirando con unos prismáticos hacia la zona de restaurantes del puerto. A trescientos metros de nosotros, más o menos.

—¿Han llegado los Volkov? —le pregunto a mi hermano.

—Sí, están todos —responde—. Pavel entre ellos.

Consulto mi reloj de pulsera. Si todo va bien, en cinco minutos esos cabrones habrán muerto.

—¿Crees que estamos lo suficientemente lejos? —pregunta mi madre.

—De sobra. Tranquila, mamá.

—Es importante que nuestros hombres no fallen —dice Leo.

—Ya lo sé —replico.

Cojo los prismáticos y enfoco hacia la terraza del restaurante. Allí están los miembros de la mafia rusa, disfrutando de un almuerzo como si no tuvieran una sola preocupación en el mundo. Reconozco a Pavel Volkov, su rostro arrugado sonriendo mientras levanta una copa, supongo que vodka. A su lado, su lugarteniente gesticula animadamente, contando lo que parece ser una anécdota divertida.

Hay mujeres riendo con ellos. Pero la orden es clara: solo los jefes. Sus familias no son el objetivo. Todos allí, desprevenidos, disfrutando de la comida y la compañía. Si supieran lo que está a punto de suceder...

Vuelvo a consultar mi reloj. Queda un minuto. Sesenta segundos que separan a estos hombres de su destino. La adrenalina me provoca un cosquilleo en el estómago.

—¿Todo bien, Pietro? —pregunta mi madre notando mi tensión.

Asiento sin apartar la vista de los prismáticos.

—Sí, mamá. Todo está bajo control.

Ronan sigue jugando con su barquito. Le noto más tranquilo.

Quedan treinta segundos. El camarero se acerca a la mesa con una bandeja de postres. Pavel elige uno riendo. No sabe que será su última comida.

Diez segundos. Respiro hondo.

Cinco, cuatro, tres, dos...

A toda velocidad se acerca un motorista con otro sentado detrás. Llevan cascos oscuros. Los dos, sin bajarse, sacan sus pistolas y empiezan a disparar a los rusos. No oigo el sonido de los disparos, pero la escena que presencio es brutal. Uno a uno, van cayendo al suelo. Pavel es el primero en desplomarse.

El lugarteniente intenta levantarse, pero una bala lo alcanza en el pecho y cae sobre la mesa. En cuestión de segundos, todos los objetivos están aparentemente muertos. Las mujeres gritan, los camareros y clientes corren en todas direcciones. El caos se desata en la terraza. Los clientes de las mesas cercanas corren despavoridos, algunos tropezando con sillas y mesas en su intento de escapar.

Los motoristas, cumplida su misión, huyen a toda velocidad perdiéndose entre el tráfico del puerto. Aparto los prismáticos sintiendo una enorme satisfacción.

—Está hecho —anuncio a la familia girándome hacia ellos—. Los Volkov han caído. Elizabeth tiene un problema menos.

En un par de días, cuando se calme todo, podrá cumplir su deseo de reunirse con su hermana. Leo aplaude y se toma un trago para celebrarlo. De repente, Ronan se echa a llorar.

—Echa de menos a su madre —dice la mía—. Creo que ha sido muy precipitado, Pietro.

Suspiro. Lo llevo abajo y le muestro más juguetes, le hago cosquillas, le limpio los mocos pero nada, que sigue llorando. Joder, qué berrinche, hasta yo me estoy angustiando. Menudos pulmones, de cantante de ópera.

Se me ocurre una brillante idea: hacer una videollamada a Elizabeth.

—Vamos a llamar a mamá, ¿qué te parece?

Saco el móvil y la llamo. Después de unos tonos, su cara aparece en la pantalla. Está en un museo, rodeada de cuadros y esculturas.

—Hola, ¿todo bien?

—Ronan está un poco inquieto. Creo que te echa de menos.

Giro el móvil hacia mi hijo, que sigue sollozando. En cuanto ve a su madre, sus ojos se agrandan de sorpresa y alivio.

—¡Mamá! —exclama.

—Hola, mi amor —dice Elizabeth con ternura—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—¿Dónde estás?—responde con voz frágil.

—Con unas amigas, pero voy para allá, cariño.

Ronan asiente y se va calmando poco a poco.

—Tengo hambre —dice.

—La abuela y tu padre te darán de comer, ¿vale?

—Vale.

Ahora Elizabeth se dirige a mí. En su mirada distingo un brillo de angustia, pero sabe que Ronan tiene que acostumbrarse.

—No te preocupes, Pietro. Estaré ahí pronto con vosotros.

—Vale.

Nos despedimos con cariño y finalizo la llamada. Ronan parece ahora más sereno.

—¿Estás mejor? —le pregunto secándole los lagrimones—. No te preocupes, enseguida viene mamá.

Asiente, satisfecho, abrazando el coche de juguete que le regalé. Me inclino y le doy un beso en la cabeza. Bueno, primera crisis resulta.

CAPÍTULO 25

ELI

Llego a la galería de arte de Marbella con una mezcla de determinación y nervios. Noto las miradas sobre mí. El vestido que llevo es un diseño exclusivo elegido por Pietro. De seda, se ajusta a la cintura, con un escote en v y una falda corta. Chiara y Beatrice me reciben con una amplia sonrisa. Su invitación para asistir a este evento no es algo que pueda tomarme a la ligera.

—Elizabeth, estás radiante —dice Beatrice mientras me da un beso en la mejilla.

—Gracias por la invitación. Estoy encantada de estar aquí.

—Te presento a Chiara, la esposa de Vincenzo.

—Bienvenida a la familia —dice ella, y nos damos un beso en la mejilla—. Me encanta tu pelo. Es precioso.

Me quedo impresionada de lo guapa que es. Desde luego, Beatrice y ella parecen modelos.

—Ven, Elizabeth, mientras Chiara atiende a los invitados, te enseño todo esto —dice Beatrice cogiéndome del brazo, guiándome hacia el centro.

Las paredes están cubiertas con obras espectaculares, desde cuadros abstractos hasta retratos modernos. Aunque me trae recuerdos de los museos de Florencia, me siento un poco como pez fuera del agua.

—Verás —dice Beatrice en voz baja—, ahora que eres de la familia hay algo importante que debes saber sobre estos eventos.

Mira hacia atrás para asegurarse de que nadie nos escucha.

—El arte no solo es una pasión —continúa—. También es una herramienta muy útil para nosotras. Las transacciones de compra y venta de arte pueden ser un método eficaz para lavar dinero, ya sabes.

Me gusta que me hable directamente, como a una más de las Barone.

—Además —sigue diciendo—, estas exposiciones nos permiten hacer vínculos personales a un nivel muy alto. Asisten personas influyentes de todos los sectores, nacionales e internacionales, y eso permite que hagamos conexiones a muy alto nivel. ¿Me entiendes, verdad?

—Claro, ¿entonces hoy mi papel aquí es solo observar? —pregunto.

—Por ahora, sí. En el futuro tendrás uno más relevante. Pero es esencial que entiendas cómo funcionan las cosas antes de involucrarte.

Qué bien que las esposas no seamos floreros. Sin duda, todo esto podría interesar a Irene Delgado. Mientras continuamos con el recorrido, no puedo evitar sentir una punzada de preocupación por Ronan, que está con Pietro en el yate.

—¿Estás bien? —me pregunta Beatrice.

—Sí, solo pensaba en Pietro y Ronan.

—¿Es la primera vez que Ronan se aleja de mamá? Le vendrá bien.

—Sí, por eso lo hacemos, para que no tenga *mamitis*.

Ella asiente comprensiva antes de continuar con su explicación sobre el arte y su importancia en la familia.

Un poco más tarde, observo a Chiara y Beatrice mientras se mueven con soltura entre los invitados. Su confianza y carisma son evidentes. Me sorprende y halaga lo rápido que me han incluido en este mundo.

Podrían haberme mantenido al margen, pero en su lugar me han abierto las puertas de inmediato. Quizás sea su forma de darme la bienvenida a la familia, de hacerme sentir parte de algo más grande.

De repente, siento la vibración de mi teléfono en el bolso. Lo saco y veo que es una videollamada de Pietro. Me aparto a un rincón más tranquilo de la galería para contestar.

—¿Pietro? ¿Está todo bien? —pregunto en voz baja.

La imagen de Pietro aparece en la pantalla, pero lo que capta mi atención es el llanto de Ronan que se escucha de fondo. Pietro gira el teléfono y veo a mi pequeño, con la cara roja y lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Mamá, mamá —solloza Ronan.

Se me encoge el corazón. Es la primera vez que nos separamos por tanto tiempo y es evidente que lo está pasando mal. Intento mantener la calma, aunque me siento desgarrada. Quiero correr hacia él, abrazarlo y decirle que todo estará bien.

—Muy pronto estaré contigo. ¿Puedes ser un niño valiente por mí hasta entonces?

Después de terminar la videollamada, deseando estar con ellos, guardo el móvil en el bolso y respiro hondo. Ahora me despediré de Beatrice y Chiara y saldré pitando a casa. ¿Por dónde andarán? Ah, ahí las veo en ese corrillo de gente.

—Elizabeth McClean —susurra una voz a mi espalda.

Mi corazón se acelera. Me giro y me encuentro cara a cara con Irene Delgado. Su presencia me deja helada. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Necesitamos hablar —dice con urgencia.

Miro a mi alrededor al borde de un ataque de nervios. No puedo permitir que me vean hablando con ella.

—No, no puedo —respondo atropelladamente—. Es demasiado arriesgado.

Sin darle tiempo a replicar, me alejo con pasos apresurados. El pulso lo tengo aceleradísimo, me va a dar algo. Chiara está mirándome desde el otro lado de la galería con una expresión de extrañeza. ¿Habrá visto algo? ¿Sospechará? Intento mantener la calma y le sonrío, esperando que no haya notado nada fuera de lo normal.

¿Cómo sabía Delgado que iba a venir aquí? Ha tenido que ser a raíz de la llamada desde el móvil, la han rastreado o lo que sea.

La idea de que puedan sospechar algo me aterra.

—¿Estás bien? —pregunta Chiara—. Tienes la cara blanca.

Rápido, Eli, improvisa algo.

—Acabo de hablar con Pietro y mi hijo —digo atropelladamente—. El pobre lo está pasando fatal. Me voy a casa para darle un abrazo.

—Está bien, te comprendo —dice comprensiva—. No te preocupes, Beatrice te contará cómo

ha ido todo. Además, en unos días tendremos otro evento. Contamos contigo, ¿vale?

Nos damos un beso en la mejilla, y le pido que me despida de Beatrice. Salgo a la calle donde me espera el coche con los guardaespaldas. Poco a poco voy recobrando el aliento.

CAPÍTULO 26

PIETRO

A través de la ventana de nuestro dormitorio, el sol del atardecer cae sobre el jardín de la casa. Nuestro hijo duerme en su cama. A mi lado, Elizabeth permanece en silencio, mirándole con ternura. Una vez que Ronan vio a su madre, se calmó y volvieron las sonrisas hasta que ha caído rendido.

—No podemos tenerle entre algodones toda la vida —digo—. Sé que ha sido difícil para ti criar a Ronan sola, y te admiro por ello, pero ahora estamos juntos en esto.

—Tienes razón, Pietro, pero no es fácil para mí —dice acariciando la espalda de Ronan.

Me siento junto a ella y cojo su suave mano de terciopelo.

—Debemos buscarle una guardería para que se relacione con otros niños —digo acariciando sus dedos—. Ahora sin los Volkov dando por culo podemos movernos con más libertad.

—¿Ya puedo hablar con mi hermana? —pregunta con un brillo de ilusión en los ojos.

—Sí, cuando quieras, aunque por si acaso irás con protección.

—Por fin —dice sonriendo—, tengo muchas ganas.

—Sé discreta, Eli —dico acariciando su mejilla con el dorso de la mano.

—Sí, no te preocupes.

Ronan se lleva el dedo a la boca para chuparlo, y ella se lo retira con delicadeza.

—¿Qué tal te fue con Chiara y Beatrice en la galería?

—Fue una experiencia muy positiva, me caen muy bien. Creo que podemos ser buenas amigas —responde—. Gracias por organizarlo.

Asiento, satisfecho. Sé lo importante que es para nuestro futuro que mi esposa se integre en mi mundo. Parece que mi idea de relacionarla con mis cuñadas ha funcionado.

—Me alegro mucho —digo—. ¿Te hicieron sentir cómoda?

—Sí, fueron muy amables. Beatrice me explicó algunas cosas muy *interesantes* sobre el negocio del arte.

Por la forma de entonar la palabra, intuyo que ya sabe el verdadero propósito de esas exposiciones. Bien, eso es bueno.

—¿Y Chiara? —pregunto.

—Encantadora.

Noto la sinceridad en su voz, y eso me tranquiliza. Está haciendo un esfuerzo genuino por adaptarse. Su honestidad y gratitud refuerzan mi confianza en que nuestro matrimonio puede funcionar. Damos pasos en la dirección correcta.

Llevado por un impulso, devoro su boca. Nuestras miradas se entrelazan, comunicando sin palabras todo lo que hemos vivido juntos, lo que hemos perdido y lo que ahora tenemos la oportunidad de recuperar.

El irresistible deseo que siento por ella resurge con fuerza. Veo en sus ojos que ella también lo siente y ahora es ella quien se apodera de mi boca. El beso se prolonga, ninguno de los dos quiere que termine.

Cuando finalmente nos separamos para tomar aire, nuestras frentes permanecen juntas.

—Joder, qué ganas de volver a la cabaña esta noche y echarte un polvo —susurro a su oreja —. Qué ganas de comerte el coño una y otra vez.

—Me encanta que me hables sucio.

—Lo sé.

—Dime lo que me vas a hacer.

—Te voy a desnudar despacio, Eli —Acaricio su cuello con mis labios—. Voy a recorrer cada centímetro de tu piel con la lengua.

Ella cierra los ojos, dejándose llevar por mis palabras.

—Primero, te besaré el cuello —continúo—. Luego bajaré hasta tus pechos, los saborearé uno a uno. Haré que te retuerzas de placer como nunca lo has hecho en tu vida.

Suspira, su respiración se vuelve más agitada. Mis manos se deslizan por su espalda, dibujando círculos lentos.

—Mi lengua explorará tu ombligo antes de llegar a ese lugar que tanto me gusta.

—Sigue, no pares.

—Y cuando esté allí, Eli —mi voz apenas es un murmullo—, te haré gemir mi nombre de gusto cuando te corras. Te haré perder la cabeza una y otra vez. Voy a entrar en ti hasta el fondo. Quiero que sientas cada milímetro de mi polla. Haré que tu cuerpo me pida más y más.

—Llévame ya a la cabaña o juro que te mataré aquí mismo.

Rio por lo bajo. Disfruto viendo sus pupilas brillando de lujuria.

—Tus deseos son órdenes para mí —digo—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que se despierte Ronan?

—Calculo que una media hora.

—¿Solo?

—Cariño, habrá que ir al grano —dice y me tira de la mano para que me levante.

—No hay tiempo, vamos al dormitorio de Vincenzo a echar uno rápido.

Sujeto la mano de Eli y la llevo fuera. Joder, qué ansia me ha entrado. En el pasillo no nos encontramos con nadie, bien. Avanzamos un poco y entramos. No hay nadie, cosa que esperaba. Nunca me he alegrado tanto como ahora que Vincenzo y Chiara vivan en otra casa. Esto ya se parecía más a un hotel.

Cierro la puerta y echo el pestillo. Le digo que se apoye en la cómoda de diseño. Le bajo la cremallera, la falda y después hago lo mismo con su tanga. Trago saliva, deseoso ya de penetrarla, de hacerla mía.

—Eli…—murmuro muy salido.

Ella inclina la cabeza hacia atrás, sus ojos cerrados mientras mis manos comienzan a explorar su cuerpo. Mis dedos recorren su cintura, suben por sus costados y acarician sus pechos por encima de la ropa. Ella es el paraíso prometido.

—Pietro...

Mis labios encuentran su cuello, dejando una estela de besos ardientes que hacen que su piel

se erice. Mis manos se deslizan hacia abajo, agarrando con firmeza su culo, que será mío en breve.

—Empieza ya, estoy muy caliente —susurra Eli, suplicante.

Bajo mi cremallera, pantalones y calzoncillos sobre las rodillas. Mi erección sale como un resorte desafiando a la gravedad.

—Pietro... ahora —ordena Eli.

Se la meto sintiendo cómo su cuerpo me recibe con un estremecimiento de gozo. Deja escapar un gemido ahogado mientras le doy embestidas rítmicas. Su melena pelirroja se agita con violencia como poseída por una fiebre. Suelto un jadeo y enseguida ella gime. Supongo que es parte del juego que alguien nos oiga.

Me derramo dentro de ella apretando mis nalgas, y agarrando con fuerza sus caderas, como si quisiera llenarla por completo. Con los ojos cerrados, extasiado, me inclino sobre su espalda. Quiero estar el máximo tiempo posible dentro de ella.

CAPÍTULO 27

ELI

Al día siguiente, mi hijo y yo estamos en el saloncito del sótano, uno de los lugares más recogidos de la casa. Ronan se ríe mirando la tele. Le encantan los dibujos animados del pollo y la vaca. Ay, quién fuera niño otra vez para quitarme de en medio tantas preocupaciones.

Sigo paseando nerviosa de un lado a otro. El móvil en mi mano parece pesar una tonelada. Por fin, voy a llamar a mi hermana, pero estoy esperando que se me pasen las mariposas en el estómago.

Pietro me había sugerido estar presente para que sintiera su apoyo, pero esta conversación con Emma será algo personal, algo a lo que tengo que enfrentarme sola.

Respiro hondo y presiono en la pantalla el contacto de Emma. Me pego el móvil a la oreja y escucho los tonos de llamada.

¿Cómo estará mi hermana? Imagino su desesperación, su sufrimiento intentando reconstruir lo que realmente pasó aquella noche en el hotel de Volkov. Espero que no esté enfadada conmigo.

Ronan sigue riendo despreocupado. Los tonos de llamada continúan sonando. Cada uno parece durar una eternidad. Me siento y me levanto, me siento y me levanto. Joder, qué nervios.

Noto un latido más fuerte que otro cuando escucho un clic al otro lado de la línea. Una voz que me es familiar responde:

—¿Diga?

Mi garganta se cierra por un instante antes de responder.

—Emma... soy yo.

—¿Quién?

—Soy Elizabeth, tu hermana —digo lentamente.

Silencio. Oigo un ruido de fondo, creo que está en la calle. De repente, escucho un clic. ¿Ha colgado? Compruebo la pantalla. Sí, ha colgado, ¿por qué? Le ha pillado de improviso, sí. Vuelvo a llamar.

—¡Si esto es una broma…!—exclama furiosa.

—Emma, de verdad, soy yo, tu hermana —digo rápido antes de que cuelgue otra vez—. Podemos hacer una videollamada si quieres.

—¿Elizabeth? Pero… —dice temblando.

—Soy yo, de verdad —insisto.

Miro la pantalla y activo el botón de vídeo.

—Veámonos.

En la pantalla aparece su imagen. Lleva el cabello más corto y maquillaje, pero sigue siendo la misma. Sus ojos se abren como platos al verme. Enseguida se lleva la mano a la boca y rompe a llorar. Yo también.

Ronan, preocupado, se acerca.

—¿Qué pasa, mamá?

Me seco las lágrimas con la yema de los dedos. Después rodeo a Ronan por los hombros y lo estrecho contra mí para que aparezca en la imagen.

—Hermana, mira, tu sobrino —digo emocionada—. Se llama Ronan.

Aún con los ojos rojos, Emma saluda a Ronan agitando la mano.

—¡Hola, Ronan! ¡Soy tu tía Emma!

Ronan se queda callado y se pega más a mí, tímido. Le acaricio el pelo para tranquilizarlo.

—¡Tu hijo, no puedo creerlo! —exclama.

—Es un poco tímido al principio —explico—. Ya verás cómo se suelta cuando os conozcáis en persona.

—Eli, tengo tantas preguntas... ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué pasó? ¿Por qué...?

—Lo sé, lo sé —la interrumpo—. Te lo explicaré todo, te lo prometo. Pero no por teléfono. Estoy en Marbella ahora. ¿Podemos vernos esta noche?

—¿Esta noche? —repite Emma—. Sí, claro.

—Perfecto —digo sintiendo una mezcla de alivio y nervios—. ¿Dónde nos vemos?

—¡Ven a casa!

—Emma... ¿Cómo está papá?

Su expresión se vuelve sombría.

—Murió hace dos años. Un infarto al corazón.

Tengo sentimientos encontrados. ¿Alivio? ¿Pena? No lo sé, me hizo tanto daño… pero seguía siendo mi padre.

—Vaya —es todo lo que puedo decir por el momento.

Emma asiente, comprensiva.

—Hablaremos de todo esta noche, ¿vale? —dice.

—Sí, claro —respondo tratando de recomponerme—. Nos vemos pronto, hermana. Un beso.

Al colgar, suelto un largo suspiro. Abrazo a Ronan sintiendo su diminuto cuerpo llenándome el corazón. Le cubro la carita de besos haciéndole reír. Su risa es música para mis oídos.

—Cariño —le digo apartándole un mechón de pelo de la frente—, ella es tu tía Emma y te quiere muchísimo. ¿Qué te parece?

En sus ojos veo cómo procesa la información. En su mente, a su ritmo, está uniendo conceptos.

—Bien.

—¿A que te gustaría conocerla?

Ronan asiente.

—Muy bien, cariño —le digo, dándole un beso en la frente—. Pronto la conocerás.

—Mamá, ¿puedo ver más dibujos? — me pregunta con esa vocecita que me derrite el corazón.

—Claro que sí, mi amor —le respondo, alcanzando el mando de la televisión—. Venga, vamos a poner tus dibujos favoritos.

Mientras Ronan se acomoda sobre el suelo, mi mente viaja al pasado. Hacia mi padre. Un

suspiro escapa de mis labios.

Fue un buen hombre, en el fondo. Antes de que la bebida y el juego lo devoraran por completo. Recuerdo cuando Emma y yo éramos pequeñas, y nos enseñaba a jugar al billar. Qué divertido era.

A su manera nos quiso. Sé que lo hizo. Incluso en sus peores momentos, cuando el alcohol nublaba su sentido común, veía destellos del padre que quisimos que fuera.

La última vez que lo vi fue en mi boda con Yuri. Estaba allí, de pie en una esquina, con la mirada perdida y, claro, una copa en la mano. No se atrevió a dirigirme la palabra. Yo no quería acercarme a él. El abismo entre nosotros era demasiado grande.

Descansa en paz, papá.

Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla. No me molesto en secarla, dejo que vaya haciendo su recorrido hasta el final. Ronan ríe y señala la televisión. Me consuela saber que me he comprometido a que mi hijo tenga una infancia feliz, libre de sombras.

CAPÍTULO 28

PIETRO

En nuestro dormitorio, abrazo a Eli. Me acaba de contar la noticia de la muerte de su padre. Aunque no llora, puedo sentir la tensión en su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella asiente, cabizbaja.

—A lo mejor es bueno que un hombre como mi padre no estuviera cerca de Ronan —dice con la cabeza apoyada en mi pecho—. Podría haber sido una mala influencia.

La afirmación me sorprende, pero entiendo que las adicciones de Robbie McClean eran dañinas no solo para él, sino para quienes le rodeaban.

—Murió mientras yo estaba en Florencia, sin enterarme de nada.

—No es tu culpa, Eli.

—A veces pienso que debí haber mantenido el contacto con Emma. Quizá así hubiera sabido... —se detiene pellizcándose el labio inferior—. Pero tenía tanto miedo, Pietro. Miedo de que la usaran para que los Volkov descubrieran dónde estaba.

—Hiciste lo que creíste mejor para protegerte a ti y a Ronan —le digo—. No te culpes por eso.

—Lo sé —murmura—, pero ahora que sé que mi padre se fue sin que yo pudiera...

Eli alza la cabeza para mirarme a los ojos. Hay determinación en ella, algo que empiezo a admirar y respetar.

—Voy a ver a Emma esta noche —dice sin vacilar—. Quiero que Ronan conozca a su tía.

—Por si acaso iré contigo —digo sin dejar de abrazarla—. Tengo curiosidad por conocer la casa de tu familia.

Se recuesta otra vez sobre mi pecho. Nos quedamos así unos momentos más, compartiendo el silencio que dice más que cualquier palabra.

—Voy a prepararme —dice.

—Vale, despertaré de la siesta a Ronan.

—Deja que duerma un poco más, así aguantará esta noche. No quiero que se quede dormido antes de conocer a su tía.

—Vale.

De repente la puerta se abre de golpe. Leo entra en el dormitorio.

—¿Por qué coño no llamas antes? —le espeto.

—Tenemos un problema —dice con la frente ceñuda—. Han llamado del restaurante de

Puerto Banús. Han recibido una amenaza de bomba.

—¿Qué? —pregunto incrédulo.

—El personal ya ha desalojado a los clientes y llamado a la policía, que van de camino. Papá quiere que vayamos con él ahora mismo.

Miro a Eli, que tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa y preocupación.

—Tengo que marcharme —le digo—. Te llamaré por teléfono tan pronto sepa algo, ¿de acuerdo?

—Sí, lo comprendo.

—Voy a dejar instrucciones para que Máximo y Benito te acompañen a ver a Emma.

—Por favor, Pietro, ten cuidado.

—Claro que sí —digo contento de que se preocupe por mí.

Le doy un beso rápido y me marcho con Leo. Bajamos las escaleras a toda prisa. En el garaje, papá ya está esperando sentado en el asiento del copiloto de mi Rolls-Royce.

—¿Quién ha podido ser? —pregunto al subirme frente al volante.

—No lo sé, cualquiera de nuestros enemigos —responde Leo, detrás.

—Una amenaza de bomba —dice mi padre—. En veinte años jamás me había pasado esto.

Conduzco a toda velocidad por la autovía. Mi padre habla con Vincenzo por el móvil. Leo con Riccardo, que sigue en Italia.

Veinte minutos después, llegamos a Puerto Banús. El lugar es un caos. Las luces rojas y azules de los coches patrulla parpadean. Un cordón policial rodea el área manteniendo a raya a una multitud de curiosos. Varios periodistas graban la escena. Joder, esto será una mala imagen para nuestra franquicia.

Aparco el Rolls-Royce lo más cerca que puedo y bajamos. Nos dirigimos con apremio hacia una pareja de policías con la idea de obtener más información.

—Soy el dueño del restaurante —explica mi padre, tratando de mantener la calma—. Tenemos que entrar.

—Lo entiendo, señor, pero por razones de seguridad, nadie puede entrar en este momento. Los artificieros están examinando el local en busca de explosivos.

La rabia crece dentro de mí. Miro a mi padre y a Leo, viendo la misma impotencia reflejada en sus caras.

—¿Cuánto tiempo llevará? —pregunto.

—No puedo darles un tiempo exacto —responde el agente—. Les sugiero que esperen aquí. Les informaremos en cuanto tengamos noticias.

Mientras esperamos impacientes, se acercan Carlos y Ángela, dos de nuestros camareros.

—¡Carlos! ¡Ángela! —exclamo—. ¿Estáis bien?

Ángela respira hondo y asiente con la cabeza. Ha debido de llevarse un buen susto.

—Estamos bien, Sr. Barone —responde Carlos—. Todos lo estamos. El resto de la plantilla está a salvo.

—Gracias a Dios —murmura mi padre a mi lado.

—Cuéntanos qué ocurrió exactamente —digo.

—Estábamos en la barra cuando sonó el teléfono fijo. Contesté yo —explica Ángela temblando ligeramente—. Era una voz distorsionada, irreconocible. Dijo que había una bomba en el baño y que iba a estallar en breve. Después, colgaron.

—¿No dijo nada más? —pregunta Leo.

Ángela niega con la cabeza. A través del ventanal, vemos a los artificieros vestidos con sus

gruesos uniformes. Menos mal que los discos duros con información crítica de la contabilidad de la familia están encriptados, y bien guardados en otro lugar.

—Nada, solo eso —añade la camarera—. Me entraron los nervios, pero actuamos rápido. Llamamos a la policía enseguida.

—A lo mejor ha sido una broma pesada —dice mi padre.

—Ojalá —dice Leo.

—Habéis hecho lo correcto —les aseguro—. ¿Alguno de vosotros notó algo sospechoso antes de la llamada? ¿Alguien merodeando por los baños o actuando de forma extraña?

—No, no vimos nada, Sr. Barone —responde Carlos.

Sacudo la cabeza con los brazos en jarras. ¿Quién haría algo así? ¿Y por qué?

CAPÍTULO 29

ELI

En el coche conducido por los guardaespaldas de Pietro, Ronan y yo nos dirigimos a la casa de mi hermana. Llevo esperando este momento cuatro años. Dios mío, la de cosas que tengo que contarle, y ella a mí también. Igual estamos hasta las tantas de la mañana.

Mi móvil vibra. Consulto la pantalla. Mensaje de Pietro:

> Por suerte, ningún herido, pero de momento no podemos entrar al restaurante

Respiro hondo, aliviada. Al menos no hay víctimas. Le respondo:

> Dentro de lo que cabe, es una buena noticia.

Guardo el móvil en el bolso. Ronan juega con el coche que le regaló su padre. Queda poco para llegar a la casa de Emma. Bueno, también es mía o lo fue. Pasan los minutos y sigo sin noticias de Pietro. Uno de los guardaespaldas recibe constantes mensajes en su móvil.

—¿Sabes algo más del aviso de bomba? —pregunto.

—Parece que alguien dejó una maleta sospechosa en el baño del restaurante —responde Benito mirando la pantalla—. Eso es lo que me ha dicho uno de los empleados.

Máximo, que conduce, se inclina un poco para enterarse también.

—Lo que han dicho los bomberos es que están revisando toda la zona por precaución —dice Benito—. Pero todo parece estar bajo control.

La idea de que alguien pudiera querer hacer daño me deja una sensación amarga en el estómago. Intento recordar si alguna vez nos pasó a nosotros en la taberna, cuando vivía con mis padres, pero nada viene a mi mente.

—¿Ocurre a menudo? —pregunto buscando algún tipo de certeza.

Benito se encoge de hombros antes de responder.

—No, pero estamos preparados para cualquier cosa.

—¡Mira, mamá! —dice Ronan, que sonríe mientras agita uno de sus juguetes.

—¡Qué increíble, cariño! —digo y le cojo de la manita.

—Lo importante es que todos estén bien —les digo, intentando convencerme a mí misma—. Pietro sabrá manejarlo.

—Exactamente, Sra. Barone —dice Máximo—. No se preocupe.

—Ronan, cariño, vamos a casa de tu tía Emma —le digo cambiando de tema—. ¿Recuerdas que te he hablado de ella?

Ronan se queda pensativo. Dios mío, me lo comería a besos.

—Emma es mi hermana, tu tía. La quiero muchísimo y estoy muy emocionada por verla después de tanto tiempo.

Cojo su manita entre las mías.

—Cariño, necesito que te portes muy bien cuando lleguemos, ¿vale? Es muy importante para mamá.

Ronan asiente con la cabecita.

—Vale, pero mamá, yo no quiero tener hermanos.

No puedo evitar sonreír ante su inesperada respuesta. Me encanta su inocencia.

—¿No? ¿Y eso por qué, mi amor?

—Porque quiero que seas solo mi mamá —responde.

Será mejor que no se entere Pietro de tus deseos.

Unos minutos después, pasamos la reja de entrada de la que fue mi casa. El coche se detiene frente a la entrada y mi corazón se acelera. No hay cambios en la fachada, sigue siendo la misma de siempre, con ese diseño un poco anticuado pero a la que tengo un inmenso cariño.

Benito y Máximo se quedan en el coche, Ronan y yo bajamos.

—Mamá, ¿ya hemos llegado? —pregunta.

—Sí, cariño, es aquí.

Apenas damos dos pasos hacia la entrada cuando la gruesa puerta de madera se abre de golpe. Aparece Emma y creo que me voy a desmayar.

—¡Eli! —grita mientras avanza hacia nosotros.

Su forma de andar es extraña, lenta, y enseguida sé por qué es. Su barriga prominente bajo el vestido de una talla grande. Qué sorpresa, está embarazada.

Nos abrazamos fuerte, sintiendo el cariño que solo los años de separación pueden intensificar. Las lágrimas de Emma mojan mi hombro, y no puedo evitar que las mías también comiencen a salir.

—Te he echado tanto de menos —susurra entre sollozos.

—Yo también, Emma, yo también —digo y doy un paso atrás para ver su barriga—. Dios mío, ¿de cuánto estás?

—De siete meses. Estoy como un tonel, lo sé.

—¿El primero?

—Sí, será el primer retoño.

—¿Niño o niña?

—Niña.

Mi hermana se agacha para saludar a Ronan, que está calladito y expectante.

—Hola, pequeño. Soy tu tía Emma —dice con una sonrisa mientras acaricia su mejilla—. ¡Qué grande estás! ¿Cuántos años tienes?

—Cuatro —dice señalando el número con la mano.

—Cuatro, ¿eh? Qué mayor.

Al cruzar el umbral de la puerta, todo me resulta tan familiar que por un momento me siento transportada a los días en que todo era más sencillo. Papá, mamá, Emma y yo.

Unos minutos después, sentadas en el sofá del salón, Emma intenta procesar toda la historia de mi ausencia. Sus ojos están abiertos de par en par, y su mano descansa sobre su abultado

vientre.

—Dios mío, Eli —dice finalmente, sacudiendo la cabeza—. No puedo creer todo lo que has pasado. Es como si hubieras vivido varias vidas en estos cuatro años.

Ronan se mueve inquieto por la mesita. No le quito un ojo de encima.

—¿Y tú, Emma? —pregunto, ansiosa por cambiar de tema—. Cuéntame qué ha pasado en tu vida.

—Bueno, me casé con Gavin a los pocos días de que te fueras. ¿Te acuerdas de él, verdad?

—Claro, estabas loca por sus huesos.

Las dos nos reímos.

—Después de la muerte de papá, Gavin y yo nos hemos hecho cargo del pub.

—¿Y cómo os va?

—Lo mantenemos a flote, aunque gracias a que hacemos algo de contrabando de tabaco. Nada grande, mantenemos un perfil discreto, pero nos ayuda a mantener nuestro ritmo de vida y esta casa, que necesita siempre alguna reparación que otra.

Emma sonríe mientras Ronan corretea por el salón e intentar subirse a una estantería.

—Es guapísimo, Eli —dice Emma.

—Sí, sus rasgos son del padre —admito.

—Cuéntame más sobre Pietro y su familia. ¿Cómo ha sido todo?

—Me han recibido bien. Son protectores, eso sí, a veces demasiado.

—¿Y Pietro?

Siento un cosquilleo en el estómago al pensar en él.

—Pietro... es complicado. Siento algo por él, Emma. Es innegable. Pero...

—¿Pero?

—Echo de menos la tranquilidad de Florencia —confieso—. Allí éramos solo Ronan y yo. Aquí, con la familia de Pietro, todo es tan... intenso. Hay peligro constante, Emma. Hoy mismo ha habido una amenaza de bomba en uno de sus restaurantes.

—¿Una bomba? Dios mío, Eli.

—Estoy cansada de vivir con miedo, de preocuparme cada vez que Pietro sale de casa, de pensar en qué tipo de vida le estoy dando a Ronan.

—¿Qué vas a hacer? Estás casada con él.

Se me pasa por la cabeza contarle mi contacto con la Interpol, pero enseguida me echo atrás. No es el momento.

—No lo sé, Emma, no lo sé.

CAPÍTULO 30

ELI

Me remuevo en el sofá, observando a Emma mientras se acaricia el vientre.

—Papá no se tomó bien tu desaparición —comienza—. Al principio, pensó que te habían secuestrado o que habías sido víctima de algún enemigo suyo, después, como no tenía noticias tuyas, pensó que estabas muerta.

—¿Y qué hizo? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Bebió más de lo habitual, si es que eso era posible —responde con un mohín de disgusto —. Creo que no podía soportar la culpa del matrimonio concertado con Yuri Volkov. Se encerraba en su despacho durante días enteros, sin salir más que para conseguir otra botella de whisky.

Pobre papá, pienso.

—Creo que estaba demasiado avergonzado para admitir lo que había hecho contigo —dice mi hermana—, incluso ante sus propios hombres.

Siento una punzada de dolor al escuchar esas palabras. A pesar de todo lo que me hizo, era mi padre, y me duele saber que sufrió tanto.

—Murió dos años después de tu desaparición —continúa Emma—. Se deterioró tan rápido... fue increíblemente doloroso verlo así.

—¿No lo metiste en rehabilitación?

—Fue imposible, no quiso. Testarudo hasta el final.

Ronan corretea hasta mis piernas. Lo levanto y lo siento en mi regazo.

—La culpa y el remordimiento lo consumieron hasta el último día —dice Emma.

Mientras seguimos conversando, escucho pasos. Me giro y descubro a Gavin entrar con su aire chulesco de siempre. Hay gente que nunca cambia.

—Mira quién está aquí, la hija pródiga —dice con un tono cargado de sarcasmo—. Y, por lo que he escuchado desde el despacho, convertida en una Barone.

Aunque sigue siendo un guaperas, ha cambiado un poco desde la última vez que lo vi. Su cabello, antes corto, ahora es largo y lo lleva recogido en una coleta que me recuerda a un samurái. Sus ojos, fríos como el hielo, me estudian sin disimulo.

—Hola, Gavin —respondo, intentando mantener un tono cordial—. ¿Cómo estás?

—Mejor, imposible.

Sin decir una palabra más, se dirige hacia Emma y se sienta junto a ella en el sofá. Lo que más me sorprende es cómo ignora por completo a Ronan. Ni siquiera le dirige una mirada, como

si mi hijo fuera invisible. Esto me molesta aunque lo disimulo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —pregunta Gavin.

—¿Me quieres echar ya?

—No, mujer, no seas tan picajosa.

Vaya imbécil, pienso.

La tensión en la habitación es palpable. Abrazo a Ronan un poco más fuerte, como si quisiera protegerlo del desdén de Gavin. Emma parece incómoda, mirando alternativamente a su marido y a mí.

—Vaya, vaya —dice Gavin con una sonrisa torcida—. Los Barone y los McClean... Podríamos formar una alianza interesante, ¿no crees?

—No sé, Gavin —respondo con prudencia—. Eso son cosas de negocios que lleva mi marido.

—Vamos, Eli —insiste, inclinándose hacia adelante—. Ahora eres una Barone. Seguro que tienes influencia sobre tu marido.

Odio que él me llame «Eli». Miro a Emma buscando apoyo, pero ella agacha la cabeza. Está claro que aquí Gavin lleva las riendas.

—Mira —digo finalmente, intentando ser diplomática—, se lo comentaré a Pietro pero no puedo prometer nada.

—Perfecto —dice, recostándose en el sofá con los brazos abiertos—. Dile que me llame. Tengo algunas propuestas que podrían interesarle.

—¿Os quedáis a cenar? —pregunta Emma con brusquedad, buscando cambiar de tema y de ánimo.

Miro a Gavin, que ha puesto los pies sobre la mesa y se recuesta como si fuera el rey de la casa. No me apetece aguantar su actitud ni un minuto más.

—Lo siento, Emma, pero no —respondo, tratando de sonar lo más amable posible—. Tengo que llevar a Ronan a casa, cuando tenga sueño se pondrá muy irritable.

Emma asiente, aunque percibo su decepción. Para despedirme, la abrazo con fuerza.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —le susurro al oído.

—Vale.

—Adiós, guapetón —dice Emma a Ronan—. Cuida de tu mamá, ¿eh?

Ronan asiente con una seriedad que me enternece. Me giro hacia Gavin, quien sigue en el sofá, ahora agitando una mano perezosamente para despedirse.

—Nos vemos, Gavin.

—Hasta luego, Eli —responde sin molestarse en mirarme.

Cojo a Ronan en brazos y nos dirigimos hacia la puerta. Al salir, veo el coche esperándome con los guardaespaldas ya en el interior. Emma y yo nos damos otro abrazo intenso de hermanas.

—Ahora que te he visto, no quiero volver a perderte —dice.

—Cuenta con ello, hermanita —y le digo a mi hijo—. Dile adiós a la tía.

Ronan agita su manita. Después me subo al coche y lo acomodo en el asiento trasero. Emma sigue diciéndonos adiós con la mano.

—Gracias por vuestra paciencia, chicos —les digo a Benito y Máximo—. Sé que ha sido una visita larga.

No obtengo respuesta. El silencio se vuelve incómodo. Frunzo el ceño, extrañada por la falta de reacción. Normalmente son bastante amables.

De repente, oigo un chasquido a mi alrededor. Los pestillos de las puertas se han cerrado

automáticamente. Algo no va bien.

El hombre en el asiento del copiloto se gira lentamente hacia mí. No es Benito. Ni Máximo. Es un completo desconocido con una cicatriz en la ceja. Levanta una mano grande y se lleva un dedo a los labios, en un gesto claro de exigir silencio.

El coche se pone en marcha. Me giro buscando a Emma por la ventanilla, pero ya se ha metido en la casa. Siento como si una brisa helada me estrujara el corazón. El miedo me paraliza. Instintivamente, abrazo a Ronan con más fuerza, como si pudiera protegerlo con mi cuerpo.

¿Quiénes son estos hombres? ¿A dónde nos llevan?

CAPÍTULO 31

ELI

Intento mantener la calma para no asustar a Ronan, pero me tiemblan las rodillas.

—Deme el bolso —ordena el de la cicatriz.

Obedezco al instante. El hombre lo registra. Localiza mi móvil y, sin pensarlo dos veces, lo lanza por la ventanilla. Se estrella contra el asfalto. Ahora nadie nos podrá localizar. Se queda con mi monedero y me devuelve el bolso. Trago saliva sintiendo una mezcla de miedo e impotencia.

—¿Quiénes sois? —pregunto con la voz frágil.

Me ignoran por completo. El conductor sigue enfocado en la autovía, como si yo no existiera. A Ronan le pesan los párpados, está a punto de caer dormido. Mejor, mucho mejor. Tarde o temprano notaría mis nervios.

—¿Qué habéis hecho con Benito y Máximo? —pregunto.

Silencio otra vez. Respiro hondo, tratando de mantener la esperanza.

¿Serán de la Interpol? No, eso no tiene sentido. Si lo fueran, me habrían dicho algo. No me habrían quitado el móvil de esa manera, quizá estuviera Irene Delgado con ellos. No, no son policías. Son mafiosos.

—Por favor —suplico—, dejad que mi hijo se quede en casa de mi hermana. No tiene nada que ver con esto. Es solo un niño.

Ninguno me responde. El silencio es hostil.

—¡Por favor! —insisto desesperada—. Haced conmigo lo que queráis, pero dejad a mi hijo fuera de esto.

Nada. Ni una palabra, ni un gesto que indique que me han escuchado. Son como dos estatuas.

De repente, el coche toma un desvío brusco. En el suelo, un par de botellas de cristal se tocan. Mis pensamientos se atropellan unos con otros; no puedo dejar de pensar en Pietro, en que tiene que saber que Ronan y yo estamos siendo secuestrados.

Finalmente, el coche se detiene en una gasolinera solitaria. El hombre de la cicatriz se gira hacia mí.

—Baja —ordena.

Me cuelgo el bolso, abro la puerta y cargo a Ronan con su cabecita sobre mi hombro. Siento el aire frío de la noche. Debemos de estar en las afueras de Marbella. Busco con la mirada a gente que pueda estar repostando o limpiando su coche. Por desgracia, esto está vacío.

Me conducen a otro vehículo, un todoterreno negro con cristales tintados. El hombre de la

cicatriz abre la puerta trasera y me hace una seña para que suba. Como puedo, me agarro al asa y me siento con Ronan en mi regazo.

Se quedan fuera, hablando entre ellos. Supongo que cambian de coche para evitar que me encuentren. El de la cicatriz se sube primero, también al asiento del acompañante. El otro, al volante, como antes. Nos ponemos en marcha otra vez hacia lo desconocido. Beso la cabecita de Ronan y lo abrazo con más fuerza.

Unos minutos después, entramos en un barrio de chalés adosados. No se ve un alma en la calle. Bajamos por una pendiente llena de árboles y con alguna farola que otra encendida. Un montón de coches aparcados. No reconozco el lugar. Estaremos fuera de la ciudad, en alguna de esas urbanizaciones perdidas. De repente, nos detenemos.

—Hemos llegado —dice el de la cicatriz.

Me doy cuenta por primera vez de que tiene acento del Este. ¿Ruso? No, por favor, rusos no. Bajamos del todoterreno. El hombre de la cicatriz me hace una seña para que le siga. A mi espalda sigue el otro, el conductor.

—Por aquí —murmura, señalando unas escaleras estrechas que bajan hacia un jardín.

Con Ronan en brazos, el descenso es incómodo y arriesgado. Estamos rodeados de altos setos que parecen muros de piedra. Al final hay una reja. El hombre saca una llave y la abre con un chirrido. Dios mío, qué angustia.

—Sígame —ordena.

El chalé está a oscuras excepto por un farolillo encendido en la fachada. Se me ocurre gritar y pedir auxilio, a lo mejor los vecinos… pero sería un suicidio. No puedo arriesgarme a lo loco. Entro y el vestíbulo está en penumbra. El de la cicatriz abre una puerta y enciende el interruptor de la luz.

—Hay que bajar por aquí —dice señalando otras escaleras—. No puede con el niño, se va a caer.

Chasquea los dedos al otro. Carga al niño, le dice. En cuanto veo que me va a quitar a Ronan, me aparto con brusquedad.

—Ni se te ocurra tocarle —digo fulminándole con la mirada.

—Como quiera, mujer —dice apartándose.

Lentamente, bajo los peldaños uno a uno. Huele a cemento y aire cerrado. Tiene pinta de ser un sótano. Cuando llego al final, echo un vistazo alrededor. Solo hay un ventanuco medio abierto. Los muebles están cubiertos con sábanas. Hay estanterías llenas con objetos y cajas apiladas en las esquinas. ¿Quién vivirá en esta casa?

—Aquí van a dormir.

—¿Cuánto tiempo nos van a tener secuestrados? —pregunto.

—No lo sé.

—¿Sois enemigos de los Barone?

—Cállate.

—Esto que estáis haciendo es inhumano —digo intentando no dejarme llevar por la ira—. Dejad a mi hijo fuera de esto.

—Tú no das órdenes.

Se dan la media vuelta y suben las escaleras. Oigo la puerta cerrarse y pasos que se alejan. Me siento en el borde del sofá polvoriento, sosteniendo a Ronan contra mi pecho. Rompo a llorar en silencio para no despertarle. Lloro tanto que la vista se me nubla. ¿Qué pasará con nosotros?

CAPÍTULO 32

PIETRO

Dentro del restaurante del Puerto Banús, el ambiente se está aligerando. Los artificieros han confirmado que el aviso de bomba ha sido una falsa alarma. Podemos sentirnos contentos de que no ha habido pérdida de vidas humanas ni destrozos caros de reparar.

Afuera, la policía levantó el cordón policial y ahora tenemos la persiana medio bajada para que no entre ningún curioso. Mi padre y Vincenzo conversan con la policía. Envío un mensaje de texto a Eli, pero al igual que los demás que he ido enviando, no obtengo respuesta.

Empiezo a preocuparme.

Llamo directamente a Benito. Oigo los tonos y decido ponerme en un lugar discreto, lejos de la policía. Aunque están aquí por el aviso de bomba, no me fío de que cacen al vuelo alguna de nuestras conversaciones.

Joder, tampoco contesta. Llamo a Máximo. Paseo como un león enjaulado, ansioso por saber de Eli. Seguro que hay una explicación razonable por la que no contesta. Me cago en la puta. Tampoco lo coge Máximo ¿Qué coño está pasando aquí?

—Leo, no consigo localizar a Eli ni a nuestros hombres —le digo—. Esto no pinta bien. Voy a buscarla.

—Te acompaño, pero antes avisemos a papá y Vincenzo.

Les vemos conversar en una esquina del restaurante. Mi padre nos ve acercarnos y levanta una ceja inquisitiva.

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver nuestras expresiones preocupadas.

—No puedo localizar a Eli ni a sus guardaespaldas. —explico rápidamente—. Vamos a casa de su hermana. Tienen que estar allí.

Acabamos de apagar un fuego cuando surge otro. ¿Cuándo podremos respirar con calma?

—Vale, pero mantenednos informados —dice dándome una palmada en la espalda.

Nos dirigimos con apremio hacia la calle. En mi mente solo hay un pensamiento: encontrar a Eli y Ronan. Subimos al Rolls Royce y, a toda velocidad, llego a la autovía de la Costa del Sol. Aprieto el volante con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos.

—Joder, Leo, esto no me gusta nada. Primero el aviso de bomba y justo después no puedo localizar a Eli ni a Ronan. No creo que sea casualidad.

—Tienes razón, hermano. Parece que alguien está jugando con nosotros —dice—. Pero ¿quién coño puede ser? Acabamos de cargarnos a los Volkov.

—No lo sé, pero como a Eli o Ronan les pase algo…

—¿Crees que puede ser gente nueva? —pregunta—. Alguien que quiera aprovechar el vacío que han dejado los Volkov.

—Puede ser —admito—. Pero si es así, han cometido un error jodidamente grande al meterse con la familia. Sea quien sea va a desear no haberse cruzado nunca con los Barone.

Pasa casi un cuarto de hora. Leo y yo llegamos a la casa de Emma. Freno el Rolls Royce frente a la reja de entrada y bajo la ventanilla. El interfono está a mi izquierda, así que estiro el brazo y pulso el botón con insistencia. Espero unos segundos, que se hacen eternos, hasta que una voz masculina responde:

—¿Quién es?

—Soy Pietro Barone, el marido de Elizabeth —digo alzando la voz—. ¿Está ella ahí?

—No, no está —contesta la voz secamente.

Frunzo el ceño y miro a Leo, que niega con la cabeza.

—Quiero hablar con Emma —exijo—. Ahora.

—Es muy tarde.

—¡Me da igual! No consigo contactar ni con ella ni con mis hombres. No nos iremos sin hablar con Emma.

Hay un momento de silencio y luego escucho un zumbido. La reja comienza a abrirse con lentitud. Piso el acelerador y entro en la propiedad. El camino de grava cruje bajo las ruedas. Noto la rigidez por todo mi cuerpo.

—Tenemos que conseguir respuestas, Leo —le digo—. No nos podemos ir con las manos vacías.

—Vale.

Aparco frente a la entrada principal y salgo del coche. Leo me sigue de cerca mientras subimos los escalones de la entrada. Antes de que pueda llamar, la puerta se abre. Aparece una mujer embarazada y un joven. Supongo que ella es la hermana. El otro debe de ser su novio o marido.

—¿Sabéis algo de Eli y Ronan? —pregunto a bocajarro.

Emma intercambia una mirada nerviosa con él. De reojo, veo a Leo que se aparta aunque no sé por qué.

—Estuvieron aquí hace un rato, pero ya se fueron —dice frotándose las manos, nerviosa—. ¿Por qué?

—¿A qué hora exactamente? —pregunto.

—¿Qué hora sería, Gavin?

—Hace como una hora, más o menos —responde.

—¿Se fueron con Benito y Máximo, los guardaespaldas?

Emma frunce el ceño, como si intentara recordar.

—Creo que sí... Subieron a un coche, pero no me fijé bien en quién iba conduciendo.

—¿Qué pasa? —pregunta el joven—. ¿Ha ocurrido algo?

—No puedo contactar con Eli ni con mis hombres. ¿Notasteis algo extraño cuando se fueron? ¿Algo en su actitud?

Emma niega con la cabeza.

—Todo me pareció normal.

—¡Pietro! —grita Leo.

Me doy media vuelta. A unos veinte metros, está agachado examinando algo en el suelo de gravilla. Me acerco a toda prisa.

—Pietro, mira esto —dice señalando con la mano.

Mi corazón se acelera cuando veo unas manchas oscuras. Joder, sangre reseca.

—Sigamos el rastro —digo.

—Vale.

Caminamos por el jardín. La tensión crece con cada paso. Por suerte, el rastro es claro. A unos veinte metros de las primeras manchas, llegamos hasta el muro que delimita la propiedad.

—Por aquí —dice Leo apartando unos arbustos.

Lo que veo me deja helado. Ocultos entre la vegetación, están los cuerpos sin vida de los pobres Benito y Máximo.

—Mierda —gruño—. Esto va de mal en peor.

Examino los cuerpos. Tienen heridas de bala en el cuello. Han sido ejecutados profesionalmente. Quien sea que haya hecho esto, sabe lo que hace.

—Leo, llama a Vincenzo —ordeno—. Que envíe un equipo de limpieza.

Mi mente trabaja a toda velocidad. Si Benito y Máximo están muertos, ¿quiénes se llevaron a Eli y Ronan? El miedo me invade al pensar en lo que les pueda haber pasado. Aun más tenso que antes, regreso con Emma y el otro.

—Quiero ver el material de vuestras cámaras de seguridad. Quizá encontremos alguna pista.

CAPÍTULO 33

ELI

¿Sabrá ya Pietro que hemos desaparecido? Seguro que sí. Conociéndolo, estará moviendo cielo y tierra para encontrarnos.

Imagino a Pietro llegando a casa de Emma, preocupado. Seguramente ya habrá movilizado a toda su familia. Los Barone tienen recursos, contactos, armas. Pietro no descansará hasta dar con nosotros. Casi puedo verlo, con el móvil pegado a la oreja, dando órdenes.

¿Sabrá quién nos ha secuestrado? ¿Tendrá idea de dónde buscarnos?

Me fijo en la estantería y decido curiosear. Con mucho cuidado, dejo a Ronan estirado en el sofá, bocarriba. Empiezo a revisar el interior de las cajas. Algunas están llenas de polvo y telarañas; otras están vacías. Encuentro una caja de herramientas. Por desgracia, está cerrada con un candado oxidado. Nada, no sirve.

Sin motivo aparente, bajo la mirada al suelo. Para mi espanto descubro una cucaracha grande y oscura correteando cerca de mis pies. El estómago se me revuelve. El impulso de gritar es casi incontrolable, pero me tapo la boca con la mano y cierro los ojos con fuerza.

Respiro hondo, tratando de calmarme. No puedo gritar. Ronan duerme y lo último que quiero es despertarlo.

Abro los ojos lentamente. La cucaracha sigue ahí, moviéndose con asco. Intento ignorarla y continuar con mi registro, pero no puedo evitar seguirla con la mirada.

De repente, el insecto se dirige hacia el sofá donde duerme Ronan. El pánico me invade. No puedo permitir que esa cosa repugnante se acerque a mi hijo. Con el corazón latiendo a mil por hora, busco algo con qué aplastarla.

Agarro una sartén vieja de una de las cajas y me acerco lista para atacar. Justo cuando estoy a punto de golpear, la cucaracha desaparece bajo un resquicio de la pared. Aliviada, cojo la caja de herramientas y obstaculizo su salida para que no regrese. Vale, un problema menos.

Me acerco al pequeño ventanuco. Tuerzo el gesto al ver rejas. Una a una intento moverlas con la mano por si alguna estuviera suelta, pero nada. Todas bien fijas.

—Maldita sea —murmuro entre dientes.

Vuelvo junto a mi hijo. Acaricio suavemente su barriga, con la angustia oprimiendo mi pecho. Ronan, no sé cómo, pero te sacará de aquí.

El chirrido de la puerta al abrirse me sobresalta. Pasos. Alguien está bajando por la escalera. El hombre de la cicatriz aparece.

—Ven, alguien quiere hablar contigo —ordena—. Sola, deja al niño.

—No —digo con firmeza.

Frunce el ceño, visiblemente molesto.

—He dicho que tú sola. El niño se queda aquí. No le pasará nada.

—No voy a ninguna parte sin mi hijo —insisto cruzándome de brazos.

Nos miramos fijamente durante unos segundos.

—No tengo tiempo para esto —gruñe—. Muévete, ahora.

—Vamos los dos o me sacas de aquí a rastras.

El hombre suelta un suspiro exasperado.

—Está bien, trae al mocoso.

Le levanto con cuidado y apoyo su cabeza en mi hombro.

—Vamos —dice impaciente.

Subo las escaleras sintiendo su presencia amenazante a mi espalda. Al llegar al pasillo, me vuelvo hacia él.

—Necesito agua, si no voy a deshidratarme —le digo.

—Joder —dice frustrado, sacudiendo la cabeza—. Está bien, sígueme.

Vamos por un pasillo estrecho y entramos en una cocina pequeña. El olor a comida rancia hace que arrugue la nariz. Abre un armario y saca un vaso polvoriento. Lo llena de agua del grifo y me lo tiende con desgana.

Tomo el vaso y bebo con ansia. La cocina está en un estado lamentable. Los azulejos de las paredes están descoloridos. Sobre la encimera hay platos sucios apilados y restos de comida. Un viejo calendario está torcido en la pared.

¿Qué tipo de lugar es este? ¿Por qué nos han traído aquí?

El hombre de la cicatriz me mira impaciente, como si estuviera perdiendo un tiempo valioso. Termino de beber y dejo el vaso sobre la encimera.

—¿Ya? —pregunta.

—Sí.

Salimos del cuchitril de cocina y llegamos al salón con Ronan aún en mis brazos. Empieza a pesarme pero voy a aguantar todo lo que pueda.

Descubro con inquietud a dos hombres más. Uno está de pie, alto y corpulento, vestido con una chupa de cuero. Me mira fijamente de arriba abajo. El otro está sentado en una silla de ruedas. Es mayor, con una barba canosa y descuidada. Viste una rebeca de lana gris sobre una camisa blanca arrugada. Sus manos huesudas descansan sobre los reposabrazos.

El de la silla de ruedas avanza hacia mí. Sonríe de una manera siniestra. Hay algo en su mirada que me resulta familiar, pero no logro ubicarlo.

—Llevo esperando cuatro años este momento, Elizabeth —dice.

Me quedo extrañada. ¿Me conoce? Pero si no lo he visto en mi vida... Noto los engranajes de mi memoria en pleno funcionamiento. De repente, todo encaja. Esa mirada cruel, esa voz grave. No, no puede ser. Siento que el aire abandona mis pulmones.

—¿Yuri? —digo atónita.

—El mismo, mi querida *esposa* —dice con sarcasmo.

¿Cómo es posible? Se suponía que estaba muerto. Pero aquí está, vivo, sentado frente a mí en una silla de ruedas. ¿Me he vuelto loca?

CAPÍTULO 34

PIETRO

Gavin maneja el ratón mientras el vídeo de la cámara avanza en la pantalla del ordenador. La imagen muestra a Benito y Máximo sentados en el coche, relajados, hablando entre ellos. De repente, dos figuras emergen de las sombras. Avanzan con pasos silenciosos pero decididos. Llevan gorros de montaña, por lo que sus caras permanecen ocultas.

Mi hermano, Emma y yo estamos justo detrás de Gavin. Todos muy atentos.

En la pantalla, los dos hombres se aproximan llevando cada uno lo que parece una pistola. Uno de ellos se coloca junto a la ventanilla del conductor, el otro en el lado del copiloto. Disparan a la vez.

—Ni Eli ni yo escuchamos los disparos —dice Emma.

—Usarían silenciadores —digo.

La bala alcanza a Benito en la sien. Su cabeza cae hacia un lado de inmediato. El segundo hombre hace lo mismo con Máximo.

—Joder... —murmura Leo, fastidiado por perder a dos empleados tan fieles.

Los hombres abren las puertas y sacan los cuerpos sin vida de Benito y Máximo. Sus movimientos son precisos y eficientes. Claramente han hecho esto antes. Uno de ellos recoge los casquillos del suelo para borrar cualquier rastro de su presencia.

Desaparecen de la cámara, seguramente en ese momento fueron a dejarlos cerca del muro, entre los arbustos. Después, al cabo de unos segundos, vuelve a aparecer en la imagen. Suben al coche, ajustan los asientos y cierran las puertas.

Gavin adelanta el vídeo hasta el momento en que Eli y Ronan suben con ellos. Ignoran por completo que han caído en la boca del lobo. El coche arranca y se marcha de la casa. Lanzo un suspiro de frustración.

—No hay más que ver —dice Gavin girándose hacia nosotros.

—¿Quién ha podido ser? —pregunta Emma preocupada.

—Cualquiera —responde Leo.

—Hazme una captura del momento en que se aproximan al coche —ordeno a Gavin—, y envíamela a mi móvil. Aunque no se ven sus caras, quizá podamos extraer una pista por su aspecto o el arma.

Saco mi teléfono del bolsillo y pulso el contacto de mi padre. Espero impaciente mientras suenan los tonos. Me asaltan a la cabeza imágenes de Eli y Ronan muertos de miedo. Como les pase algo, no me lo perdonaré jamás.

—Pietro, ¿qué pasa? —contesta mi padre.

—Papá, han secuestrado a Eli y a Ronan.

—¡No me jodas!

—Vamos contrarreloj —digo mientras me paso la mano por el pelo—, por eso necesito que hables con tu amigo Fiodor Ivanov. Voy a enviarte una captura de las cámaras de seguridad. Mándasela a ver si nos puede dar alguna pista.

Abro mi galería de fotos y selecciono la imagen que Gavin me acaba de enviar por *bluetooth*. La reenvío a mi padre.

—Ya te la he mandado —digo—. Aunque no se ven bien las caras, quizás pueda identificar algo por la forma de caminar o las armas que llevan.

—Me pondré en contacto con Fiodor inmediatamente.

—Espero tus noticias.

Cuelgo la llamada y me giro hacia Leo.

—Quédate aquí hasta que llegue el equipo de limpieza —le ordeno—. Asegúrate de que se llevan los cuerpos de Benito y Máximo, y que no quede ningún rastro.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar a Atienza, mi contacto en la policía —respondo mientras busco su nombre en mi móvil—. Le pediré que rastree la matrícula de nuestro coche.

—Vale, buena idea.

Salgo de la casa a toda prisa y me subo al coche. Consulto mis notas en las que guardo la información técnica de nuestra flota de vehículos. Vale, aquí está la matrícula del coche que llevaba a Eli. Enseguida llamo al contacto de la policía.

—Soy Pietro Barone —digo en cuanto contesta—. Necesito un trabajo urgente.

—Le escucho, Sr. Barone.

—Hay que rastrear esta matrícula —digo y se la deletreo—. Es cuestión de vida o muerte, ¿entendido?

—Cuente con ello, le llamo en 24 horas.

—Ni de coña, Atienza. Tiene una hora.

—Pero, Sr. Barone, es imposible…

Cuelgo la llamada con brusquedad. Seguro que ha entendido el mensaje de que ha de hacer lo imposible para obtener esa información ya. Mientras tanto, voy a reunir a un equipo de tres o cuatro personas armado hasta los dientes. Me jode, pero intuyo que va a haber derramamiento de sangre.

El móvil suena. Contesto con el manos libre.

—Pietro, me he enterado del secuestro —dice Salvatore—. ¿Dónde estás?

—Estoy en el coche saliendo de casa de la hermana de Eli —respondo sentado ya frente al volante.

—Vincenzo y yo queremos unirnos a la búsqueda. ¿Dónde nos encontramos?

—En el restaurante de Nueva Andalucía —respondo—. Os espero allí en veinte minutos.

—¿Qué necesitas?

—Todo lo que podáis. Granadas, ametralladoras, lo que sea —respondo mientras cruzo el umbral de entrada y me incorporo a la calle—. Esto es la guerra.

—Entendido, nos vemos allí —dice Salvatore antes de colgar.

Bajo el cielo estrellado de Marbella, recorro con impaciencia las calles estrechas de las urbanizaciones. Cuando llego a la autovía, piso el acelerador rebasando el límite de velocidad.

¿Qué les harán esos bastardos a Eli y Ronan?

Un pensamiento me lleva a otro. Quizá el aviso de bomba no ha sido una casualidad. Una manera de distraernos. Cabrones. ¿Cómo se habrán enterado de que Eli estaba en la casa de su hermana? Seguramente tenían vigilados a Gavin y Emma.

Aparco en la parte trasera del restaurante y entro por la puerta de servicio. En la cocina, selecciono a dos de seguridad que nos acompañarán en la búsqueda, Andrea y Gianluca. Les informo de la situación y no rechazan formar parte. Saben que es una oportunidad para demostrar su valía.

Unos quince minutos después, aparecen Salvatore y Vincenzo. Cargan con dos bolsas de lona grandes y pesadas. Recibo en el móvil un mensaje de Atienza, mi contacto. Lo abro y compruebo que me da la dirección de una gasolinera. Han encontrado el coche, bien.

—¿Qué habéis traído? —pregunto, acercándome a ellos.

Sobre una mesa de metal, Vincenzo abre una de las bolsas y empieza a sacar el contenido.

—Dos MP5, cuatro Glock 19, granadas, y munición suficiente para mil guerras.

Lanzo una mirada seria al grupo.

—Vamos a recuperar con vida a Eli y mi hijo. Y una vez seguros, los mataremos uno a uno como a perros.

CAPÍTULO 35

ELI

—¿Pensabas que estaba muerto, eh? —pregunta Yuri, sonriendo de esa manera tan aceitosa y repugnante—. Pero como se suele decir, mala hierba nunca muere.

—Entonces, todo este tiempo, estos cuatro años… —digo sintiendo un nudo en el estómago.

—Sí, mi querida *esposa*, estaba vivo y coleando —dice con satisfacción—. Sufrí lo que se conoce como síndrome de Lazarus, un síndrome rarísimo. Parece que estoy muerto porque no tengo pulso, pero después resucito como si no hubiera pasado nada. ¿Te lo puedes creer? Nadie sabe las causas pero el caso es que eso pasa, y yo me siento afortunado.

Le escucho aunque mi mente sigue espesa. De un momento a otro me voy a despertar de esta pesadilla, porque esto solo puede ser un mal sueño. Sí, un mal sueño.

—Eso sí, con la espina dorsal rota por la bala que disparó ese puerco italiano —Tuerce el gesto—. Te confieso que cuando me enteré por boca de los médicos de que me quedaba parapléjico, quise pegarme un tiro yo mismo. ¿Toda la vida anclado a una silla de ruedas? No me pareció justo y caí en una depresión, ¿sabes? Además, mi familia me vio débil y me apartó de la cadena de mando, me condenó al ostracismo. Me convertí en un paria.

Siento la humedad en los ojos, voy a llorar. ¿Cómo no hacerlo con lo que está pasando? Las lágrimas caen por las mejillas y, como puedo, las voy secando con la yema de los dedos. Tengo tanto miedo que estoy a punto de mearme encima.

—Pero hubo algo que me levantó el ánimo —continúa—. ¿Sabes lo que es?

Me quedo callada. Ronan me pesa tanto que tengo que sentarme. Solo espero que no se despierte justo ahora.

—Tú —dice y hace una pausa en la que sus ojos brillan de maldad—. Imaginar este puto reencuentro me ayudaba a seguir adelante con la rehabilitación. Es verdad eso de que la venganza es un plato que se come frío, por eso pinchamos el teléfono de tu hermana. Tarde o temprano le acabarías llamando y nosotros estaríamos al acecho.

—Yo no tengo la culpa de nada de lo que pasó aquella noche en el hotel —digo aunque sabiendo que es inútil defenderme.

—¡Claro que sí, estúpida! —dice agitando el puño—. En vez de ayudarme, saliste corriendo con ese italiano de mierda. ¿Cómo se lo agradeciste? ¿Te lo follaste, verdad?

El pánico me impide articular una palabra.

—¿Ese niño es su hijo?

—¿Qué más te da? —pregunto temblando de arriba abajo.

—¡Contesta o te separo de él para siempre!

—Sí, es su hijo —respondo abrazando a Ronan con más fuerza—. Por favor, déjanos en paz, no nos hagas daño.

Yuri me fulmina con la mirada.

—Deja de decir tonterías, mi querida *esposa* —dice con desdén—. Tengo planes para ti.

—¿Qué planes?

Yuri pone sus manos sobre las ruedas, se acerca hasta mí y estira el brazo para cogerme por la barbilla. Sus ojos feos y saltones transmiten un profundo rencor acumulado a lo largo de los años.

—Te enterarás muy pronto, pero no sufras, será divertido. Bueno, para mí sí, para ti supongo que no —dice con indiferencia—. Podíamos haber sido felices, tú y yo, pero elegiste despreciarme.

—No es verdad, acepté casarme contigo, Yuri.

—A regañadientes. Esperaba que estuvieras contenta, pero no, yo te daba asco. Lo pude intuir desde el primer momento.

—Todo eso puede cambiar, podemos empezar de cero —digo a la desesperada.

—¡Mientes! ¡Ya nada volverá a ser igual!

—Yuri, haré lo que me pidas.

—Tus súplicas son patéticas, mi querida *esposa* —dice y lanza una mirada al hombre de la cicatriz—. Llévatela, estoy cansado por hoy.

El hombre me agarra del brazo y me lleva de vuelta al sótano. Ronan sigue dormido en mis brazos. Bajamos las escaleras en un tenso silencio.

—Por favor —ruego—, necesito mantas y una almohada para mi hijo.

Me mira con indiferencia, se da la media vuelta y se marcha sin decir una palabra. Me siento en el sofá, sosteniendo a Ronan. Las lágrimas vuelven a brotar y resbalan por las mejillas. Dios mío, qué angustia.

¿Qué planes tendrá Yuri para mí? Las posibilidades me aterran. ¿Por qué no me lo ha dicho ya? Para que me coma la cabeza, seguro. Cuatro años esperando para vengarse. Un hombre enfermo, sí.

De repente, Pietro aparece en mi mente. Estará moviéndose para encontrarnos. Imagino su determinación dando órdenes a los suyos. Observo la carita dormida de Ronan y acaricio su mejilla. A pesar del miedo, siento una chispa de esperanza. Pietro nos encontrará. Tiene que hacerlo.

CAPÍTULO 36

PIETRO

Empieza a amanecer mientras conduzco mi coche, los primeros rayos de luz tiñen el horizonte de un intenso naranja. A mi lado, Salvatore observa el paisaje con atención. En el asiento trasero, Vincenzo consulta su móvil. En el otro coche, Gianluca y Andrea nos siguen de cerca. Somos el grupo salvaje en plena misión.

—Esperemos que Atienza nos haya dado la información correcta —dice Vincenzo.

—Más le vale —digo mirando la pantalla del GPS.

Acelero oyendo el motor del Rolls-Royce a toda potencia. A estas alturas, el radar ya me habrá puesto unas cuantas multas.

Unos minutos después, llegamos a la gasolinera GALP de Estepona. Por el retrovisor, me aseguro que nuestros hombres están detrás. Rodeo la estación de servicio, cerca del autolavado y el puesto para medir la presión del aire.

—¡Allí está el coche! —Salvatore señala con el dedo.

Está bien aparcado en su plaza correspondiente. No se ve a nadie en su interior, lo que cabía esperar. Aparco muy cerca y, a unos metros, aparece el segundo coche con Gianluca y Andrea.

Nos acercamos al coche donde secuestraron a Eli y Ronan.

—Sabían que les buscaríamos por la matrícula —dice Salvatore—. Seguramente por eso tendrían aquí otro vehículo esperándoles.

Vincenzo tiene un duplicado de la llave, así que abre la puerta de atrás. Inspecciono el interior: una manta arrugada en un rincón, y unas cuantas botellas de vino vacías esparcidas por el suelo.

—Voy a preguntar al encargado, a ver si sabe algo —dice Salvatore.

—Vosotros —digo a Gianluca y Andrea—, dad una vuelta, a ver si encontráis algo.

—Vale, jefe.

Vincenzo y yo seguimos registrando la furgoneta. Consulto el reloj de pulsera. Me jode que vayamos tan lentos. Espero que mi padre haya tenido suerte con la familia Ivanov. Son los únicos rusos que son aliados nuestros.

Mi mano toca algo metálico y diminuto debajo del asiento del acompañante. Extrañado, lo cojo y lo examino: es un casquillo de bala.

—Vincenzo, mira esto —le digo—. Se les debió caer del bolsillo a uno de esos cabrones.

—Déjame verlo.

Mi primo lo observa con atención, girándolo entre sus dedos.

—Es una 9mm Luger —dice—. Se usa en pistolas semiautomáticas.

—¿Ves algo más? —pregunto ansioso por obtener una buena pista.

Vincenzo entrecierra los ojos, acercando el casquillo a su rostro.

—Sí, aquí en la base —murmura—. Hay un nombre: PMC. Debe de ser el fabricante de la bala.

Cojo el casquillo y confirmo lo que dice Vincenzo. Efectivamente, las letras PMC están grabadas en la base.

—¿Quién distribuye esta munición en la Costa del Sol?

—No lo sé, pero como vendedores de armas que somos podemos averiguarlo. Voy a hacer un par de llamadas.

Asiento, guardando el casquillo en mi pantalón. Salvatore regresa de hablar con el encargado.

—No sabe nada, acaba de empezar su turno —dice con un mohín de disgusto—. Además, las cámaras no funcionan desde hace días.

—¡Joder! ¡Qué puta mala suerte! —grito.

—Tranquilo, los encontraremos, primo —asegura dándome una palmada.

—¿Qué coño sabes? ¿Es que tienes una jodida bola de cristal? —espeto, fuera de mí.

Cabreado, me aparto del grupo y camino hacia la cafetería de la estación de servicio. Necesito un momento para despejarme y pensar con claridad. Mis primos y los otros me siguen en silencio, respetando mi rabia.

Nos sentamos en una mesa apartada. Nadie habla, todos sumidos en sus propios pensamientos. Gianluca trae cafés. Doy un sorbo y me entran ganas de escupirlo al suelo. El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo que es Leo. Contesto de inmediato.

—Pietro, el equipo de limpieza ya se ha encargado de los cuerpos. Los van a incinerar.

Cierro los ojos y aprieto el puente de mi nariz. Benito y Máximo. Buenos hombres. Leales. No se merecían este final.

—Hay algo más —continúa Leo—. Alguien tiene que llamar a sus familias.

Mierda, esa es la parte que más odio.

—Me encargaré yo —digo—. Es mi responsabilidad.

—¿Estás seguro? Puedo hacerlo yo si quieres.

—No, lo haré yo —insisto—. Es lo mínimo que puedo hacer, pero lo haré cuando pase todo esto. Ahora vente para acá, te necesito.

De repente, el teléfono de Vincenzo vibra. Lo saca del bolsillo y frunce el ceño mientras lee la pantalla.

—Es un mensaje de uno de nuestros socios —dice deslizando el dedo por la pantalla—. Sabe quién suele usar esas balas en la Costa del Sol, y nos envía un documento con la información.

—¿Y bien? —pregunto impaciente.

Vincenzo suspira.

—Hay un problema —dice.

—¿Cuál?

—Es un listado pero con muchos nombres. Tardaremos meses en investigar cada uno.

Golpeo la mesa con el puño.

—¿No hay forma de reducir la lista? —pregunta Salvatore.

—Imposible, nuestro socio dice que es toda la información que tiene —responde.

Consulto la hora. Cada minuto que pasa es un minuto más que Eli y Ronan se alejan de mí. Estoy a punto de perder la cordura.

—Empecemos a revisar el listado en el móvil —digo resignado—. Quizás tengamos suerte y encontremos un nombre que nos suene.

—Sí, que cada uno revise una página —dice Salvatore.

Vincenzo asiente y nos reenvía el documento por bluetooth.

—Yo empiezo por la primera página —digo.

—Vale, yo por la segunda —dice Vincenzo.

Doy otro sorbo al café, ya frío. Vincenzo se frota los ojos cansados y Salvatore bosteza ruidosamente. Llevamos horas revisando esta maldita lista y no hemos encontrado nada útil.

—Cojones, es como buscar una aguja en un pajar —murmuro, deslizando el dedo por la pantalla para pasar a la siguiente página.

El móvil vibra en mi mano. Mi padre. Espero que tenga buenas noticias.

—Fiodor Ivanov ha conseguido tres posibles nombres —dice directo al grano—. No puede especificar ninguno.

Mi corazón da un súbito latido de esperanza.

—Al menos nos da algo para avanzar, porque estábamos atascados. ¿Quiénes son?

—Nikolay Morozov, Andrey Pavlov y Misha Federov. Todos rusos.

Anoto los nombres en la aplicación de notas.

—¿Algo más? ¿Alguna dirección? ¿Algún lugar donde podamos encontrarlos?

—Es todo lo que Fiodor Ivanov ha podido averiguar por ahora.

Me despido de mi padre y cuelgo. Intento no venirme arriba. Aun es poco lo que tenemos.

—Fiodor Ivanov nos ha dado tres nombres —anuncio al grupo—. Vamos a buscarlos en el listado.

Les paso la nota con los tres nombres por bluetooth a sus teléfonos. Gianluca pide más café y unos bollos para desayunar. Leo aparece para informar de que no hubo problemas con la incineración de los cuerpos de Benito y Máximo. Le hago un breve resumen de todo, y se pone también a buscar esos nombres en el listado.

Unos minutos después, Salvatore agita el puño en el aire.

—Aquí está: Misha Federov —dice mostrando su nombre en el listado.

—¡Cojonudo, primo! —digo exaltado.

—¿Y ahora qué? —pregunta Vincenzo.

—Habrá que recurrir otra vez a Atienza —dice Leo—, que nos dé una dirección.

—Seguro que tendrá acceso a la base de datos de los carnés de conducir —digo.

Cojo el móvil y llamo Atienza. Respiro hondo mientras espero que conteste.

—¿Qué necesita ahora, Sr. Barone? —pregunta con tono algo irritado.

—Información sobre Misha Federov. Toda lo que tengas y la necesito ya.

—Deme un segundo —dice suspirando—, le llamo ahora.

Minutos después, llama. Me da cuatro domicilios que anoto en el móvil. Todos en Marbella. No me sorprende que sean tantos. Esta gente se mueve mucho de un sitio a otro para no dejar huellas.

—Nos vamos a dividir en dos grupos para cubrirlos todas —les digo—. Leo y Gianluca, conmigo. Vincenzo, con Salvatore y Andrea.

—Nosotros iremos a estas dos direcciones —dice Vincenzo haciendo una foto con su móvil de la nota—. Vosotros a las otras dos.

—Vale, sin problema —digo.

—Siempre en contacto —dice Salvatore a todos.

Salimos y nos subimos a los coches. Miro una última vez hacia la gasolinera antes de marcharnos a toda velocidad.

CAPÍTULO 37

ELI

Ronan se despierta poco a poco, bosteza. Echa una ojeada alrededor del polvoriento sótano. No he pegado ojo en toda la noche, entre los pensamientos que me asediaban, cada sonido que escuchaba y lo incómodo del sofá, ha sido imposible.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En casa de unos amigos —digo lo primero que me viene a la cabeza, sobreponiéndome a la angustia que me atenaza el pecho—. Vamos a jugar un poco, ¿te parece bien?

Ronan asiente con una sonrisa somnolienta. Nos acercamos a la estantería llena de trastos viejos. Encuentro unos tornillos y piezas de metal que podrían entretenerlo.

—Mira esto —le digo mientras le entrego un tornillo grande y oxidado—. ¿Sabes qué es esto?

Niega con la cabeza

—¡Un tesoro increíble! —digo tratando de sonar animada.

Ronan coge el tornillo, lo examina con curiosidad y después lo arroja al suelo. No, no le ha convencido. Encuentro más objetos en las estanterías: libros, ropa de cama y una lata de aceite vacía. Lo dispongo todo como si fueran parte de un juego.

—Podemos construir algo con esto —sugiero mientras él observa con vago interés.

Le enseño cómo colocar las cosas unas encima de otras. Para mi sorpresa, Ronan ríe divertido, encajando los platos y libros como si fueran bloques de construcción. Su risa llena el sótano y me anima.

—¡Mira, mamá! —exclama mientras muestra orgulloso su improvisada creación.

—¡Fantástico, cariño!

Oigo voces del piso de arriba.

Me acerco un poco más a las escaleras para escuchar mejor. Es apenas un murmullo, imposible de entender. Anoche Yuri me dijo que tenía planes para mí, ¿cuáles serán? Es un hombre resentido con sed de venganza. Lo que me espera seguro que será horrible.

Me giro hacia Ronan, quien sigue inmerso en su juego. Busco entre los objetos algo más que pueda usar para distraerlo. Cualquier cosa para mantenerle lejos del miedo que late en mi pecho.

Encuentro un libro con las tapas desgastadas. Quizá esto me pueda servir.

—¿Te gustaría que te leyera un cuento? —le pregunto mientras me siento junto a él.

Asiente entusiasmado y se acomoda en mi regazo. Empiezo a leer en voz alta. Enseguida me doy cuenta de que es una novela que está en ruso, así que voy improvisando la historia.

—Érase una vez un grupo de animales que vivía en el bosque…

La puerta del sótano chirría al abrirse. Se oyen pasos lentos bajando las escaleras. Aparece una señora de mediana edad, de pelo rubio teñido recogido en un moño. Lleva una bandeja con comida.

—Hola, soy Tanya —dice con una sonrisa amable—. Traigo el desayuno.

Echo una ojeada el contenido: bollería, un vaso de leche y algo de fruta. No me fío un pelo de esta gente, pero necesitamos comer.

—Después continuamos con el cuento, ¿vale, corazón? —le digo a Ronan.

—Vale.

Se sienta en el sofá y mira la comida lanzando un suspiro. Tanya coloca la bandeja a su lado.

—Aquí tienes, pequeño —le dice con voz dulce—. ¿Te gustan los croissants?

Ronan asiente tímidamente y coge uno para darle un mordisco.

—Qué niño tan educado y guapo —le dice acariciándole el cabello—. ¿Cómo te llamas?

Interrumpo, molesta con la confianza con la que trata a Ronan.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —pregunto mirándola con seriedad.

Se encoge de hombros.

—No lo sé exactamente —responde mientras sirve leche en un vaso para Ronan—. Pero no os preocupéis, estaréis bien cuidados.

Viste una rebeca, una falda larga y unas zapatillas deportivas. No me fío ni de su tono amable ni de su sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué quiere Yuri de nosotros?

—No soy quién para decirlo, pero seguro que todo se resolverá pronto.

Ronan bebe un vaso de leche. Al terminar, le limpio con los dedos el bigote blanco.

—¡Qué bien estás comiendo! —le dice ella—. Seguro que te gusta jugar mucho, ¿verdad?

Ronan asiente y le muestra el tornillo oxidado que encontró antes. Tanya le dedica otra sonrisa antes de volver su atención hacia mí.

—¿Necesitas algo? —pregunta con delicadeza.

—Ir al baño.

—Lo puedo arreglar.

Tanya saca un walkie-talkie del bolsillo de su rebeca. Habla en ruso con alguien al otro lado de la línea, probablemente el hombre de la cicatriz, el que parece ser el segundo de Yuri. Después guarda el walkie-talkie y me mira con una expresión serena.

—Puedes ir al baño —dice—, pero Ronan se queda conmigo.

—Entonces no me hace falta —replico.

—Como quieras —dice con una sonrisa fría.

Ronan termina su desayuno. Recupero el libro para seguir contándole el cuento. Tanya no se marcha. Está aquí para vigilarme.

La puerta del sótano se vuelve a abrir. Se oyen pasos rápidos descendiendo las escaleras. Aparece el hombre de la cicatriz con expresión seria.

—Ella no ha querido ir al baño —dice Tanya.

El hombre me mira fijamente. Me hace un gesto con la mano para que me levante.

—Ven conmigo —ordena.

Cargo a Ronan en mis brazos, pero el hombre sacude la cabeza.

—Se queda con Tanya.

—Es mi hijo, no puedo dejarle.

—Serán solo unos minutos.

—Si está conmigo, se portará bien.

—¡No insistas! Se queda… —dice amenazante.

Resignada, con el corazón roto, dejo a Ronan en el sofá.

—Escúchame bien, cariño —le digo agachada a su altura—. Vuelvo enseguida, pórtate bien, ¿vale?

Ronan asiente. Se me salta una lágrima que enseguida seco con el dorso de la mano. Subimos las escaleras del sótano mientras oigo a Tanya hablando con mi hijo. Al llegar al pasillo, el hombre cierra la puerta. Siento otra vez una fuerte opresión en el pecho.

—Ahora vas a saber qué vamos a hacer contigo —dice con un tono crispado.

CAPÍTULO 38

PIETRO

Gianluca, Leo y yo llegamos a la primera dirección que nos dio Atienza. Una urbanización en las afueras de Marbella. Está adornada con exuberantes jardines y bloques de colores salmón. El sol brilla en lo alto, y una brisa suave hace que las hojas de las palmeras se muevan. A pesar de la apariencia tranquila, noto un aire palpable de tensión.

En la entrada, hay una caseta de seguridad pero está vacía. Nos acercamos con cautela, a la espera de algún movimiento sospechoso. Parece un lugar tranquilo, de veraneantes. Buscamos el bloque 23, aparcamos y nos bajamos.

Como la reja está cerrada con llave, rodeamos los bloques. Con la ayuda de un saliente, nos subimos a un muro y saltamos al otro lado. Cualquier vecino podría vernos, pero no hay tiempo para planes alternativos. Se trata de resolver cada problema según va apareciendo.

Se oye el bip de un mensaje. Leo consulta su móvil.

—Salvatore dice que en una de las direcciones vive una pareja de jubilados. Que se dirigen a la otra.

—Allí está la escalera 74 —dice Gianluca apuntando con el dedo.

Subimos las escaleras. Buscamos la puerta B2. Sí, aquí está. Golpeo en la puerta. Saco mi pistola. Leo y Gianluca también. Estamos preparados para cualquier cosa.

Golpeo otra vez la puerta de madera. Silencio, momentos tensos. La idea de no encontrar la pista que buscamos me corroe por dentro. Cuidado, se oyen pasos y después una voz femenina preguntando quién es.

—Buscamos a Misha Federov —digo en tono calmado—. Somos amigos. Tenemos que darle un mensaje.

Escuchamos el sonido de la cerradura girando. La puerta se entreabre y se asoma una mujer joven de aspecto caucásico. Es bajita y delgada. ¿La pareja de Misha? Al vernos, se asusta y trata de cerrar la puerta de golpe, pero mi pie se lo impide.

—Tranquila —digo empujando la puerta—, solo queremos hacerte unas preguntas.

La mujer retrocede y echa a correr. Corremos detrás. En el salón, tropieza con la alfombra y cae al suelo. La terraza está abierta, quizá pensaba escapar por ahí.

—No te haremos daño —prometo.

Se arrastra como puede hasta llegar al sofá. Sus ojos están llenos de miedo. Leo y Gianluca la rodean en silencio, expectantes.

—Voy a hacerte una sola pregunta —digo con calma—. ¿Dónde está Misha Federov?

—No sé quién es, de verdad.

—Estás mintiendo.

Se humedece los labios. Es una mujer de unos treinta años, con rasgos de Europa del Este y un brazo tatuado con un dragón. Viste un top negro y unos pantalones militares. Hay que reconocer que es atractiva. Sea como sea, tengo que conseguir que hable.

—Digo la verdad, no lo conozco —dice cabizbaja.

Suspiro, frustrado por el tiempo que estamos perdiendo. Le digo a Gianluca que traiga un cuchillo de la cocina. La mujer observa cómo mi hombre se marcha fuera del salón.

—¿Qué-qué vais a hacer? —pregunta balbuceando.

—Vamos a ver si dices o no la verdad —le digo a la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Natasha.

—Bonito nombre.

—¿Este piso es tuyo?

Vacila en la respuesta.

—Sí, más o menos.

—Nos han chivado que en esta dirección vive Misha. ¿Es tu novio?

—Ya te he dicho que no sé quién es.

—Hermano, mira esto —dice Leo sosteniendo una fotografía enmarcada. Aparecen Natasha y un hombre con una cicatriz. Los dos están sentados en el capó de un coche amarillo, un Ford Mustang. ¿El hombre será Misha?

Gianluca regresa de la cocina. Muestra un largo cuchillo de sierra, de los que se usan para cortar el pan. Agachado, se lo enseño a Natasha.

—¿Ves este filo? Pues puede arrancar un dedo en cuestión de segundos —le digo clavándome la mirada—. Ahora dame la mano. Derecha o izquierda, tú eliges.

—No, por favor —dice arrastrándose hacia atrás.

—¿Sabes ya quién es Misha?

Se pellizca el labio inferior. Su pecho sube y baja por la respiración agitada. Por fin, asiente repetidas veces con la cabeza.

—¿El de la foto es tu novio, verdad? —pregunta Leo.

—Sí.

—Pues dinos dónde está y todos tus dedos seguirán en su sitio.

—Él me matará si hablo… —dice con voz temblorosa.

—Te prometo que él no sabrá de dónde hemos obtenido la información —digo enseñándole el cuchillo.

Natasha cierra los ojos y sacude la cabeza, como si pensara que todo es una pesadilla. Pero no, esto es real.

—Me dijo que estaría el fin de semana en un chalé adosado, en el barrio de La Campana —dice arrastrando las palabras—. El número no lo sé.

Presentarse en el barrio sin saber el número del portal es una locura.

—¿Dónde está tu móvil? —pregunto.

—En la mesita de noche de mi cuarto.

Leo me lo trae en un abrir y cerrar de ojos. Se lo entrego a ella y le ordeno que lo desbloquee. Busco en la aplicación «Buscar mi», los dispositivos que comparte con su pareja. Como sospechaba, me da la ubicación exacta de Misha. Hago una foto de la pantalla con mi móvil. Cojonudo, tengo la dirección. Intercambio una mirada de triunfo con Leo.

—¿No se lo vais a decir, verdad? —pregunta ella.

—No, descuida. Será un secreto entre tú y yo —Me pongo de pie y me dirijo a los muchachos—. Vámonos a toda hostia.

CAPÍTULO 39

ELI

El hombre de la cicatriz me empuja hacia el salón, donde huele a sudor y tabaco. Me encuentro a Yuri en la silla de ruedas, y el corazón empieza a latir más deprisa.

—Gracias, Misha —le dice al de la cicatriz.

En un rincón, hay un ordenador conectado a una pantalla grande, un micrófono y una cámara web apuntando a la silla. Qué raro. Eso no estaba anoche.

—Siéntate ahí —ordena Misha.

Me siento con las piernas temblando. Misha enciende el ordenador y empieza a teclear algo. Yuri gira las ruedas de su silla y se acerca con ese aroma tan repugnante.

—Estás a punto de saber cuál es tu destino —dice sonriendo—. En unos minutos, tu vida va a cambiar de arriba abajo. Espero que para peor y no sabes lo que me alegraré.

—Yuri, podemos negociar…

—No hay nada que negociar, traidora —dice tajante—. Vas a pasarlo mal y esa será mi venganza. Algo así no tiene precio. Ahora calladita y sonriendo, si dices algo inconveniente te amordazaré. ¿Está claro?

Asiento con la cabeza. Noto la garganta seca, pero es el menor de mis problemas.

—El servidor ya está todo listo, jefe —dice Misha apartándose de la pantalla.

—¿El VPN funciona bien? —pregunta manipulando el ratón.

—Sí, lo he comprobado.

No sé de lo que hablan. La pantalla se ilumina y aparecen una infinidad de ventanas. En cada una de ellas, hay un muñeco abstracto que aparenta ser una persona, como esos perfiles de las redes sociales donde el usuario no ha subido una foto. A un lado, un chat inactivo de momento.

—Buenas noches, señores —dice Volkov dirigiéndose al micrófono—. Hoy les traigo mercancía muy especial.

Mi piel se eriza al escuchar esas palabras. ¿Soy yo la mercancía?

—Esta es Elizabeth —continúa Volkov señalándome—. Como pueden ver, una mujer joven, hermosa, irlandesa. Se le puede sacar mucho partido.

Bajo la cabeza, humillada. Sí, este bastardo va a venderme como a un objeto.

—Además —dice—, está sana. Perfecta para cualquier uso que quieran darle.

Mis manos se agarran a los bordes de la silla. Dios mío, ¿cuánto va a durar esto? Yuri me coge de la barbilla para mostrarme a la cámara.

—Pueden hacer sus ofertas ahora mismo —anuncia Volkov con una sonrisa desdeñosa—. No

pierdan esta oportunidad única.

Las ofertas empiezan a aparecer en el chat, cifras astronómicas. Es una subasta al mejor postor. Jamás pensé que esto sería posible, lo que demuestra mi ingenuidad. Las cifras no dejan de subir. Euros, libras, dólares, yenes... Siento la asquerosa y machista mirada de cada uno de esos potenciales compradores detrás de esas máscaras digitales.

—¡Vamos, señores! —exclama Volkov entusiasmado—. No pierdan esta oportunidad única. Elizabeth es excepcional.

Delante de mí, ese tal Misha se pasea vigilante. Alguien en el chat pregunta si soy virgen. Dios, este mundo está enfermo.

—Tenemos una oferta desde Dubái —anuncia Volkov—. Un millón de dólares. ¿Quién da más? No, un momento, hay otra. ¡Tres millones desde Hong Kong! Esto se pone interesante.

Yuri se inclina hacia mí, sonriendo.

—¿A qué es emocionante? —me susurra—. Pronto sabrás cuál será tu destino. ¿No decías que te gustaba viajar?

Sigo en silencio, horrorizada. El chat sigue activo con nuevas cifras que aparecen a una velocidad vertiginosa. Dos, tres millones…

—¡Cuatro millones desde Moscú! —anuncia con satisfacción.

Misha revisa su reloj y le hace una seña a Yuri, como indicando que el tiempo está llegando a su fin.

—¡Última llamada! —exclama—. ¡No pierdan esta oportunidad!

Finalmente, el chat muestra la última oferta: cuatro millones y medio desde Londres.

—Enhorabuena, has roto un récord —dice Yuri—. Nadie ha pagado esa cantidad antes por una mujer sola. Deberías estar orgullosa.

—¿Qué va a pasar con mi hijo?

Sonríe disfrutando de mi desesperación.

—Eso no te lo diré hasta el último momento —responde, con sus ojos fríos de serpiente—. Será una sorpresa.

La idea de separarme de Ronan me aterroriza más que cualquier cosa que puedan hacerme.

—Llévala al sótano, Misha —ordena sin apartar la vista de la pantalla—. Y no intentes nada estúpido, Elizabeth. Tienes demasiado en juego. En pocas horas saldrás de viaje hacia tu nuevo destino.

Misha me coge del brazo y me levanta con brusquedad de la silla. Con las piernas temblando, salgo de salón y enfilo hacia el sótano. Trato de pensar en alguna forma de escapar, pero cada vez que lo hago, la imagen de Ronan me detiene. No puedo arriesgarme a que le hagan daño.

El de la cicatriz abre la puerta y me empuja. Casi tropiezo por las escaleras. Por suerte, me agarro al pasamanos y bajo lentamente. Tanya y Ronan se giran hacia mí.

—¡Mamá! —grita mi hijo.

Lo cojo en brazos y lo abrazo con fuerza.

—Todo está bien, cariño —digo tratando de sonar calmada.

—Quiero que me cuentes la historia de los animales.

—Claro que sí, amor.

Intercambio una mirada tensa con Tanya. Lo único que puedo hacer ahora es aferrarme a la esperanza de que Pietro nos encuentre, antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 40

ELI

Unas horas después de la abominable subasta, Ronan y yo jugamos con los objetos que vamos encontrando en el sótano. Apilo unas latas de pintura para que pase por encima haciendo equilibrios. ¿Qué no haría por mi hijo en una situación tan desesperada como esta?

La puerta chirría al abrirse. Otra vez oigo pasos por la escalera. Ahora parecen dos personas. Los siniestros Misha y Tanya aparecen. Sus expresiones no son serias, mucho peor, son sombrías.

—Es hora de irse —anuncia él.

Me pongo de pie y cargo a Ronan en brazos.

—¿Adónde vamos?

—Tú te vas de viaje a Londres —responde serio—. Ronan se queda con nosotros. Pediremos un rescate a los Barone.

Siento un repentino vacío en el estómago.

—No pienso separarme de mi hijo.

—El comprador solo te quiere a ti —gruñe—. El niño no está incluido en el trato.

—¡Me importa una mierda el trato! —grito—. ¡No vais a quitarme a mi hijo!

Ronan se agarra a mi cuello, asustado. Retrocedo unos pasos.

—No lo hagas más difícil —dice Tanya acercándose con una mano detrás de la espalda—. Además, se lo daremos a su padre. Estará bien. Nosotros no le haremos daño.

Sigo retrocediendo. Tanya y Misha avanzan hacia mí hasta que me acorralan contra la pared. De repente, siento un dolor agudo en el brazo. Tanya sostiene una jeringuilla vacía. No me he dado cuenta, pero me acaban de pinchar.

—¿Qué me habéis...? —balbuceo.

Las piernas me flaquean y la vista se nubla. Me tambaleo, pero no me caigo. Me abrazo a Ronan con todas mis fuerzas. Tanya se acerca con los brazos extendidos.

—Dámelo, Elizabeth. No lo hagas más difícil.

Quiero negarme, pero tengo mucho, mucho sueño. Creo que me han inyectado un sedante. En cualquier momento voy a caer redonda al suelo. Tanya aprovecha mi debilidad para quitarme a Ronan de mis brazos, que patalea. Intento recuperarlo, pero mis movimientos son torpes y lentos.

—Vamos, es hora de irse.

—Tranquila, estará bien con nosotros —dice Tanya—. Te lo prometo.

Quiero gritar, luchar, pero mi cuerpo no responde. Me conducen hacia las escaleras. Mis pies casi se arrastran por los escalones.

—Ronan... —susurro.

Llegamos al pasillo. Figuras borrosas y murmullos a mi alrededor.

—¿Todo bien, Misha? —dice una voz que me parece la de Yuri.

—Sí, jefe.

—Adiós para siempre, Elizabeth —dice Yuri con gran satisfacción—. Gracias por darme uno de los momentos más gratificantes de mi vida. Aunque estaré para siempre en una silla de ruedas, me aliviará saber que eres la esclava de un árabe rico. ¿Ves? Eso es lo que pasa cuando traicionas a tu marido. Han pasado cuatros largos años para vengarme, pero ha merecido la pena esperar cada uno de los días.

La puerta de la casa se abre. El aire frío de la noche me acaricia la cara. ¿Ya es de noche? He perdido la noción del tiempo. Mis párpados se cierran por un instante, pero los abro de nuevo con un esfuerzo titánico. Aunque ahora las sombras lo cubren todo, reconozco el jardín que vi al llegar.

—Vamos —apremia Misha.

Subo más escaleras sintiendo la presión de su mano en mi brazo. Cada peldaño es una montaña que escalar. Llegamos a la calle iluminada por unas cuantas farolas. Ojalá un vecino me vea y llame a la policía. Un coche amarillo espera con el motor en marcha. Alguien abre la puerta trasera y me empuja dentro. Me derrumbo en el asiento.

—¿Dónde... dónde me lleváis? —balbuceo cada vez más perdida.

—Al aeropuerto, tu vuelo sale en unas horas.

Cierra la puerta de golpe. El coche arranca. ¿Al aeropuerto ha dicho que me llevan? Por fin, me rindo y dejo que la oscuridad del sueño me envuelva.

De repente, no sé cuánto tiempo después, un frenazo y me golpeo contra el respaldo delantero. Abro los ojos, desorientada. ¿Qué ocurre?

Disparos. Gritos. Cristales rotos.

—¡Salid del coche! —grita alguien desde fuera.

Más disparos. Misha maldice. Forcejeos. Un golpe seco. La puerta de mi lado se abre de golpe.

—¡Eli!

Esa voz... ¿Pietro? No, no puede ser. Seguro que es un sueño.

—¿Estás bien?

Unas manos fuertes me cogen y me sacan del coche. Mis piernas tiemblan, apenas puedo sostenerme.

—¿Qué... qué pasa? —balbuceo.

—Te lo explicaré luego, ahora tenemos que marcharnos. La policía puede venir en cualquier momento.

Me tambaleo, pero él me sujeta por la cintura.

—No puedo... caminar.

Me coge en volandas con una facilidad pasmosa. Apoyo la cabeza en su pecho, y avanzamos no sé adónde. Siento un profundo alivio que no sé explicar. Estoy a punto de llorar de alegría. Entre la niebla que envuelve mi mente, reconozco su cara.

—¿Pietro? —susurro.

—Sí, soy yo.

—Ronan...

—Lo encontraremos. Te lo prometo, amor mío.

Parpadeo y acabo cerrando los ojos. El cansancio vuelve a apoderarse de mí.

—¿La tenéis? —dice una voz que me suena.

—Sí, vámonos de aquí.

Me meten en otro coche. Un motor que ruge, varias puertas que se cierran, una voz impartiendo órdenes. El vaivén, estamos en marcha. ¿A casa?

—Eli, no te duermas. Háblame.

Abro los ojos con esfuerzo sobrehumano. Una cara borrosa me mira. Es Pietro y siento que el cielo se abre.

—¿Qué... dónde estamos?

—De camino a un lugar seguro. Aguanta un poco más.

—Ronan... —digo con un hilo de voz—. Tienen a Ronan.

—Vamos a recuperarlo ahora mismo. En nada, lo tendrás en tus brazos. Confía en mí.

—¿Cómo... cómo me habéis encontrado?

—Eso no importa ahora, amor mío. Descansa, pronto estaremos en casa. Los tres.

—Yuri.

—¿Qué?

—Yuri está vivo.

La oscuridad del sueño me atrapa. Esta vez no lucho contra ella. Me dejo llevar sabiendo que estoy a salvo con Pietro.

CAPÍTULO 41

PIETRO

Joder, Eli acaba de decirme que Yuri Volkov está vivo. Maldigo entre dientes. Todo cobra sentido ahora. Un plan calculado durante años, movido por la sed de venganza de ese bastardo. Eso no va a detener que vaya a recuperar a mi hijo.

—Vincenzo —me dirijo a mi primo, que conduce—. En vez de llevarla a casa, llevad a Eli a la clínica privada, que la examinen a fondo con los mejores doctores.

—Entonces os quedáis Leo, Andrea, Gianluca y tú —advierte Salvatore.

—Más que suficientes —digo más que convencido—. Cuando lleguéis, enviadme un mensaje.

El coche se detiene. Eli sigue dormida. Me gustaría seguir con ella, pero no puedo. Voy contrarreloj. La próxima vez que te vea, amor mío, tendré a Ronan. Le echo una última mirada y cierro la puerta.

Por la ventanilla, me despido de mis primos.

—No te preocupes, cuidaremos de ella —dice Vincenzo.

—Lo sé —digo asintiendo con la cabeza.

A toda prisa subo a la parte de atrás del otro coche. Leo se aparta para que me siente. Gianluca, al volante. Andrea, a su lado. Nadie nos podrá detener.

—Volkov está vivo —anuncio mientras nos dirigimos al chalé adosado—. No murió aquella noche en el hotel.

La sorpresa reina en el interior. Leo parece que ha visto un fantasma. Recuerdo tomarle el pulso a Volkov y decirle a Eli que estaba muerto. Quizá debí haberme asegurado, pero esas malditas prisas…

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé. ¿Un milagro?

—De nada sirvió cargarse a la cúpula en Puerto Banús.

—No, no sirvió de nada. Volkov estaba escondido.

Unos minutos después, aparcamos frente al chalé adosado. Solo veo un farolillo alumbrando sobre la puerta. Parece una vivienda normal, aunque dentro se esconde el mal absoluto.

—¿Listos? —les pregunto.

Comprobamos nuestras pistolas una última vez.

—Vamos a por nuestro sobrino —responde Leo con determinación.

—Después, dejadme a Volkov —les digo—. Es hora de cerrar ese capítulo para siempre.

—Como quieras, tú mandas —dice Gianluca.

Bajamos del coche con las armas preparadas. Nos encaramamos a la reja que rodea la propiedad y saltamos al otro lado. La noche ampara nuestros movimientos.

Andrea se queda vigilando la entrada para cortar el paso a los que huyan. Leo, Gianluca y yo rodeamos en sigilo la casa. No se oye nada en el interior.

Llegamos al jardín. Una vieja mesa y varias sillas de metal. Un cenicero lleno de colillas. Me asomo por la ventana corredera. En el salón, hay dos hombres. Uno de pie hablando por el móvil. Otro en silla de ruedas, mayor. ¿Volkov? No lo veo.

De repente, la luz de una lámpara de la mesa ilumina las facciones del de la silla de ruedas. Joder, es él. Su cara es más huesuda, pero esos ojos saltones son inconfundibles. Estoy viendo a un fantasma que viene del pasado.

Respiro hondo. ¿Estará en la silla por mi culpa? Tal vez sí. Pero no, no tendré compasión de él. Lo mataré.

Intercambio una mirada con los míos. Cada uno asiente con la cabeza o con el dedo pulgar hacia arriba. Sí, están preparados. Retrocedo unos pasos, agarro una silla y la lanzo con todas mis fuerzas contra la ventana. Así de contundente, sí. La silla vuela a cámara lenta e impacta en el cristal. El estruendo rompe la quietud de la noche. Los fragmentos de vidrio estallan en una lluvia de esquirlas.

Sin perder un segundo, invadimos aprovechando la confusión. Mis pies crujen sobre los cristales. Volkov gira su silla, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Maldita sea! —grita el hombre a su lado, llevándose la mano al costado en busca de su arma.

Leo y Gianluca entran tras de mí apuntando con sus pistolas.

—¡Quietos o disparamos! —ordena Leo.

El hombre levanta las manos, resignado. Volkov intenta maniobrar su silla, pero la punta de mi pistola se posa en su frente.

—No te muevas, cabrón —gruño entre dientes.

—Pietro Barone —dice con una sarcástica sonrisa—, qué sorpresa tan desagradable.

—¿Dónde está Ronan?

—No tengo ni idea de quién hablas.

Otro que ha perdido la memoria. Sin pensarlo dos veces, apunto al hombre que estaba con él, aprieto el gatillo y una bala se incrusta en el pecho. Se desploma, muerto.

Volkov palidece. Sus ojos se abren de par en par.

—En el sótano con Tanya.

Me giro hacia Leo y Gianluca.

—Vigiladlo. Si intenta algo, matadlo.

Salgo del salón a zancadas. Recorro el pasillo en penumbra hasta dar con una puerta entreabierta. La empujo y desciendo los escalones de dos en dos. Una mujer está de pie en una esquina y sostiene a Ronan entre sus brazos. La mujer retrocede. Mi hijo tiene las mejillas rojas de haber llorado. Voy a explotar de ira.

—Como le hagas daño —le digo fulminándola con la mirada—, no saldrás de aquí con vida.

Sus ojos van de Ronan a mí y de vuelta al niño. Finalmente, asiente, resignada a la derrota y me lo entrega. Lo cojo y lo abrazo con fuerza.

—Tranquilo —susurro—, tu padre está aquí.

La mujer hace un amago de marcharse, pero se lo impido con un gesto de la mano.

—Te vas a quedar aquí en silencio durante cinco minutos, después te marcharás. Si sales antes de ese tiempo, te mataré. ¿Entendido?

—Sí-sí.

Subo las escaleras con Ronan en brazos. Le seco las lágrimas con la yema de los dedos.

—¿Y mamá? —pregunta con voz temblorosa.

—Vamos a verla ahora mismo.

Entramos en el salón. Leo y Gianluca, apuntando a Volkov. Le hago un gesto a mi hermano y se acerca.

—Llévate a Ronan al coche —le digo entregándole al niño—. Esperadme allí.

—Pietro, no tenemos tiempo. La policía...

—Un minuto —interrumpo—. No más.

Mi hermano asiente a regañadientes y sale con Ronan en brazos. Gianluca lo sigue, lanzándome una última mirada preocupada antes de marcharse. Me giro hacia Volkov. Está pálido y con la frente perlada de sudor. Sus ojillos se mueven nerviosos.

—Lo que has hecho no tiene nombre —le digo—. Has roto el código no escrito de nuestro mundo que a las mujeres y los niños se les deja en paz. Ellos deben estar al margen de nuestras venganzas o guerras.

—No irás a matar a un hombre en silla de ruedas.

—¿Fueron tus hombres lo del aviso de bomba del restaurante? Así nos tenías ocupados mientras secuestraban a mi esposa y mi hijo.

—Eso lo dirás tú, espagueti.

—¿Últimas palabras? —pregunto, apuntándole a la cabeza.

Volkov traga saliva. Abre la boca, pero antes de que pueda articular sonido alguno, aprieto el gatillo. Su cabeza se desploma en la silla, inerte. Por si acaso le da por resucitar por segunda vez, le obsequio con una bala en el corazón. Ya no puedo fiarme. Tiene más vidas que un gato.

Echo un último vistazo a la escena, asegurándome de no dejar algo comprometedor. Salgo de la casa a paso ligero con un chute de adrenalina corriendo por mis venas.

Acelero el paso hacia el coche donde me esperan los demás. Es hora de irnos. Eli nos espera, y por fin podremos estar juntos. A lo lejos, creo oír sirenas de la policía.

CAPÍTULO 42

ELI

Me despierto poco a poco. Tumbada, lo primero que veo es un techo que parece inmaculado. No es el dormitorio de Pietro. ¿Dónde estoy entonces? Intento recordarlo. Fragmentos de imágenes me asaltan: Yuri, la subasta, y luego la mirada esperanzadora de Pietro.

Intento moverme. Brazos, piernas, bien. La angustia de repente me atenaza: Ronan. El miedo a que algo le haya pasado me asfixia. Necesito verle, saber que está bien. Sin saber muy bien por qué, muevo la cabeza a un lado.

Pietro está allí, de pie. En sus brazos, Ronan está quieto. Creo que está dormido. Siento un alivio tan profundo que curvo los labios en una sonrisa. Mis lágrimas hacen que vea borroso. Vale, parece que estoy en un hospital.

—Pietro… —susurro.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos. Mira que es guapo, pero ahora me lo parece mucho más. Como siempre, le veo sólido y fuerte.

—Amor, estás despierta.

Asiento, aunque me siento débil. Se agacha y me besa en los labios. Qué intenso es el beso. Dios mío, esto me sienta muy bien.

—Ronan está perfecto —dice.

Me incorporo. Sin decirle nada, como si me leyera la mente, me entrega a Ronan, al que abrazo con desesperación. Después poso mis labios sobre su frente en un beso lleno de amor.

—¿Dónde estamos? —pregunto sintiendo la voz áspera.

—En una clínica privada de confianza.

—¿Y Yuri? —pregunto con una punzada de angustia.

Pietro coge una botellita de agua que hay sobre la mesita y me sirve un vaso, que empiezo a beber con ansia. Otra vez me lee la mente.

—Está muerto, Eli. Créeme, esta vez no va a volver a la vida por obra del Espíritu Santo.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Todo el miedo y la tensión se disipan, aunque tengo encima un hormigueo extraño, como si no estuviéramos fuera de peligro del todo.

—Bésame y abrázame —le exijo.

Pietro se inclina otra vez y me besa con pasión. Luego, sus brazos me envuelven transmitiendo la seguridad que tanto necesito.

—Quiero ir a casa —digo—. Estoy cansada, pero me quedan fuerzas para el viaje.

—Por si acaso, me gustaría que te hicieran un chequeo.

—No me hicieron nada, solo me pincharon con un sedante.

—¿Adónde te llevaban?

—Al extranjero, un árabe rico me había comprado.

—Hijo de puta —dice Pietro con los puños cerrados.

Ronan duerme con un ángel. Se ha portado como un valiente, igual que su padre. La puerta se abre y aparece Vincenzo para decir que tenemos visita. Enseguida Emma irrumpe en la habitación como un vendaval, seguida de cerca por Gavin. Su cara refleja una inmensa alegría al verme a mí y Ronan. Sin decir una palabra, me abraza aplastándome contra su pecho.

—¡Estaba tan preocupada, Eli!

—La avisé en cuanto te encontramos —dice Pietro.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien tú y Ronan? —pregunta.

Le cuento a mi hermana por encima lo sucedido, puesto que no quiero revivir cada truculento detalle ahora mismo. Sus ojos se abren más y más de espanto con cada palabra que digo.

—No puedo creer que hayáis pasado por todo eso —dice finalmente, acariciando la cabeza de Ronan—. ¿Y tú, cómo estás?

Me tomo un momento para suspirar.

—Estoy cansada e inquieta, pero aliviada de que Volkov ya no sea una amenaza. Solo quiero volver a casa.

Gavin da un paso adelante y pone una mano sobre mi brazo.

—Me alegro de que estás bien, Eli.

Agradezco sus palabras con una sonrisa débil. Quizá después de todo no es tan cretino como pensaba. Emma me da otro abrazo cálido y familiar de los suyos.

—Te quiero mucho, hermana —dice emocionada—. No sabes lo feliz que estoy de verte a salvo.

—Necesitamos deshacernos de vuestros móviles —les dice Pietro.

—¿Por qué? —dice Gavin.

—Vuestras líneas estaban pinchadas, por eso se enteró Volkov de que Eli había vuelto a Marbella. Hay que destruirlos.

Emma y Gavin intercambian miradas de desconcierto.

—Aquí tienes —dice Emma, entregándole el móvil a Pietro.

—Y el mío —dice Gavin.

Pietro coge los dos teléfonos y se dirige al lavabo. Abre el grifo y coloca los móviles bajo el chorro de agua. Aunque me siento tranquila al ver cómo toma todas las medidas necesarias para asegurarse de nuestra seguridad, es una tranquilidad frágil.

—Esto debería ser suficiente —dice Pietro y los tira a la basura.

Una hora después, ya estamos fuera de la clínica. La revisión fue positiva y me dijeron que podía marcharme. Llegamos en coche al garaje de la residencia Barone, acompañados por Vincenzo y Salvatore. Ronan sigue dormido en mis brazos.

Al entrar en la casa, noto el peso del cansancio en cada músculo de mi cuerpo. Pietro me guía hacia el dormitorio como si fuera una sonámbula. Para mi sorpresa, nos encontramos con una bandeja de comida preparada por Esperanza. Unos sandwiches con patatas fritas, agua mineral y manzanas.

—Se lo pedí por si tenías hambre —dice Pietro.

—Creo que al menos le daré un mordisco.

Dejo a Ronan con cuidado en su cama. Después, me tumbo en la nuestra y cierro los ojos

notando la suavidad del edredón. Pietro se acuesta conmigo y me abraza. Quiero vivir siempre en este dormitorio, que sea como un búnker a prueba de asaltos.

—Lo siento, Eli —susurra—. No debí haberme confiado en que Volkov estaba muerto aquella noche en el hotel.

Espero a que se deshaga el nudo en mi garganta. Que alguien como él me pida perdón demuestra que, a pesar de su oficio, tiene un buen corazón. No todos se muestran vulnerables.

—No te preocupes, corazón.

Solo quiero olvidar todo lo que ha pasado, ¿podré hacerlo?

CAPÍTULO 43

PIETRO

Me despierto de repente en mitad de la noche. El silencio en nuestro dormitorio es inquietante. Me giro sobre la cama y en el otro lado no hay nadie. Eli no está. Qué extraño. Al incorporarme, enciendo la luz de la mesita. Ronan sigue durmiendo, bien.

Voy al baño. Vacío también. La preocupación empieza a apoderarse de mí. ¿Dónde estará? Me fijo en un detalle que antes no me he visto. El cajón de mi mesita está medio abierto. ¿He sido yo? ¿Eli? Echo un vistazo. Sorpresa, falta mi pistola.

¿Eli ha cogido el arma? De ser así, ¿por qué?

Salgo del dormitorio en su busca. La casa está envuelta en penumbra. Bajo las escaleras hacia la planta baja, atento a cualquier movimiento o sonido. Recorro la cocina, al salón, el despacho. Nada. Salgo al porche y respiro aliviado. Ahí está Eli, en el sofá hecha un ovillo. En su regazo descansa la pistola.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto alarmado.

Eli me mira y sonríe con languidez.

—No podía dormir.

Me siento a su lado, cojo la pistola y la dejo sobre la mesita. Menos mal que no está cargada. Siempre antes de dormir quito las balas.

—Cariño, quiero aprender a disparar —dice Eli.

La miro en silencio, sorprendido.

—¿Y eso?

Eli suspira, mirando la oscuridad.

—Quiero sentirme segura.

La observo unos segundos, sopesando su petición. Me parece normal que ella desee ser independiente, tener el control, y mucho más después del secuestro.

—Si te hace sentir mejor, yo te enseñaré. Podemos ir a la cabaña, allí nadie nos molestará y podrás practicar todo lo que quieras.

Nos quedamos en silencio. El peligro es una constante en nuestro mundo, aunque es raro que las mujeres se vean involucradas. Lo de Volkov ha sido una excepción. Pero si Eli quiere aprender a protegerse, no voy a negárselo.

—Además, voy a redoblar la seguridad.

—Gracias —susurra.

La estrecho contra mí. Mi querida esposa ha pasado un infierno que no puedo ni imaginar, así

que vamos a ir despacio, momento a momento.

—¿Volkov está realmente muerto? —me pregunta.

—Esta vez me aseguré. No tuve piedad de ese cabrón aunque estuviera en silla de ruedas. Ahora mismo arde en el infierno —respondo sin titubear.

Eli asiente, pensativa. La observo, esperando a ver si tiene más preguntas. Después de un rato, se atreve con otra:

—¿Y Tanya?

—¿La mujer mayor? La dejé escapar. Nuestro código moral me impide hacer daño a mujeres —le explico.

Ella parece relajarse un poco.

—Tuve que hacerle creer a Ronan que estábamos jugando en el sótano —dice con una voz que refleja lo difícil que fue para ella—. Menos mal que es pequeño y no se acordará de nada.

—Actuaste con mucha entereza, Eli. Estoy orgulloso de ti —digo y le planto un beso en la cabeza.

—Soy de sangre irlandesa, ¿qué esperabas?

—Vaya, qué arrogante eres —digo con ironía.

Nos reímos. Su risa me encanta, descarga el ambiente de preocupación. Nos quedamos en silencio otra vez. Las luces de la piscina resplandecen en la noche en un bonito fulgor.

—Cuando Emma y yo éramos pequeñas, los fines de semana acampábamos en el jardín de casa —dice con nostalgia.

—¿En serio?

—Preparábamos nuestras mochilas y sacos de dormir. A veces invitábamos a amigos del colegio y dormíamos todos juntos como si estuviéramos en mitad de la selva.

Me la imagino junto a su hermana, pequeñas exploradoras en su propio jardín.

—¿No teníais miedo?

—Claro que no. Bueno, un poco al principio, supongo. Pero contábamos historias a la luz de nuestras linternas. Era nuestra mini aventura.

—¿Y tus padres qué decían?

—Nos dejaban hacer, aunque siempre estaban atentos. A la mañana siguiente, nos despertábamos y desayunábamos en la casa. Tortitas, huevos, lo típico.

—No está nada mal.

—Recuerdo una vez que llovió toda la noche. Nos mojamos, pero no nos importó. Aguantamos, pasarlo juntas era lo mejor.

—Tienes que enseñarle eso a Ronan cuando sea un poco mayor. Campamento en el jardín versión Barone.

—Le encantará —dice y levanta la cabeza para mirarme—. ¿Y tú? ¿Qué hacías de adolescente?

Sonrío al recordar.

—Vivía en Catanzaro, en pleno centro. No teníamos un gran jardín como el tuyo, claro. Pero había una plaza cerca de casa donde jugábamos mucho al fútbol. Mis hermanos, primos y yo jugábamos contra otros del barrio.

—¿Ah, sí?

—A veces también jugábamos solo entre nosotros. Era cuando más discutíamos. Vincenzo y yo siempre nos quejábamos de las faltas, y competíamos a ver quién marcaba más goles. Los partidos se alargaban hasta que se hacía de noche.

—Qué divertido —comenta Eli con una sonrisa.

—Sí, lo era. Echo de menos esa libertad. No pensábamos en nada más que en el juego. Había algo único en esos momentos corriendo tras el balón, sudando y deseando jugar al día siguiente.

—Me habría gustado veros —dice Eli.

—Éramos buenos, muy buenos.

Pasados unos minutos y cogidos de la mano, subimos al dormitorio. Eli se inclina sobre Ronan y le da un suave beso en la frente.

—Duerme bien, tesoro.

Voy hacia la mesita de noche y guardo la pistola. Me aseguro de cerrarlo bien antes de meterme en la cama. Eli ya está metida bajo las sábanas, esperándome. Me meto a su lado notando el calor de su fabuloso cuerpo junto al mío. Ella se acurruca contra mi pecho, y yo la rodeo con mis brazos.

—Buenas noches, corazón —susurra.

—Buenas noches, amor.

La habitación queda sumida en un silencio reconfortante. Nos quedamos así, en un abrazo silencioso hasta que el sueño nos vence.

CAPÍTULO 44

ELI

Sentados en la mesa del comedor, Pietro, Giovanni y yo disfrutamos de un desayuno tardío. Francesca tiene a Ronan en su regazo, y le ofrece pequeños trocitos de sandía.

—¿Quieres un batido, cariño? —pregunta Francesca, encantada con su nieto.

—Sí —responde agitando los brazos.

—Esperanza, por favor, tráele uno de chocolate —le pide.

—Sí, señora —dice y se marcha a la cocina.

Me remuevo en mi silla. Los batidos tienen mucho azúcar. Parece que eso de que las abuelas consienten a sus nietos es una realidad. Por esta vez lo dejo pasar.

—Cuánto me alegro ver que estás bien —me susurra Francesca, cubriendo mi mano con la suya.

—Gracias —digo sinceramente.

—Ha sido una tragedia, pero hay que mirar hacia delante, ¿verdad?

—No queda otro remedio —digo aunque no muy segura.

—Tú tranquila, poco a poco.

Tengo que admitir que los Barone me han demostrado su cariño y preocupación. En un mundo ideal, no serían mafiosos sino una familia exitosa de empresarios de la restauración. Entonces me sentiría mucho más tranquila.

Giovanni termina su café con gesto concentrado, y le muestra el periódico a Pietro.

—Mira esto, hijo. Cadáveres encontrados en un chalé adosado y en un coche abandonado. La policía piensa los crímenes están relacionados.

Pietro coge el periódico y lee en silencio. Lleva su taza de café a los labios, pensativo. Cuando termina mira de reojo para, seguramente, asegurarse de que Esperanza sigue en la cocina.

—Estoy tranquilo —responde Pietro por lo bajo—. Nunca van a poder relacionarnos.

Abro el periódico. Observo la foto en blanco y negro que encabeza la noticia. La fachada del chalé donde estuve secuestrada. Un escalofrío me recorre la espalda, pero no puedo apartar la vista. Según el artículo, los cadáveres encontrados se han llevado a la morgue municipal para ser identificados.

—Eli, ¿todo bien? —pregunta Pietro notando mi tensión.

—Sí, solo...

—Lo importante es que ya estáis a salvo —dice Giovanni.

—Hemos doblado la seguridad —dice Pietro—. Ahora la casa es como una fortaleza inexpugnable.

Siento una punzada de incertidumbre. La posibilidad de que Volkov pueda seguir con vida me inquieta. Intento calmarme por enésima vez recordando que Pietro dijo que lo vio morir, y esta vez está seguro. ¿Por qué me cuesta tanto asumirlo?

Esperanza vuelve con el batido de chocolate para Ronan. Francesca le limpia la boca mientras él toma un sorbo entusiasmado de la vida.

—Mira, mamá, ¡chocolate! —exclama Ronan.

Le sonrío, tratando de dejar de lado mis preocupaciones.

—Sí, cariño. Disfrútalo.

Al mediodía, llegamos a la cabaña en el Rolls-Royce de Pietro. Ronan duerme detrás, en su sillita. El murmullo de las hojas mecidas por la brisa nos rodea. Se respira calma y paz. Justo lo que necesito.

Pietro coge a Ronan y lo lleva dentro para tumbarlo en el sofá. Dormirá una siesta de media hora más o menos. Mientras tanto espero en el porche, observando el bellísimo paisaje. La copa de los esbeltos árboles tapa el cielo creando un pequeño reino de aroma a pino y romero.

Pietro regresa con un estuche negro en la mano. Lo abro y dentro encuentro una pistola pequeña con la empuñadura plateada.

—Es una Glock 26. Compacta y fácil de manejar —dice mirándome con un fulgor de sus ojazos verdes—. Perfecta para ti.

La cojo con las dos manos como si fuera una joya de incalculable valor. Después, la agarro por la empuñadura y, al contemplar cómo mis dedos se adhieren al metal, me siento poderosa.

—¿Por dónde empezamos? —pregunto ansiosa.

—Primero, la postura. Fíjate en mí. Bien clavado en el suelo.

Sigo sus instrucciones tratando de imitar sus movimientos. Me corrige la postura de los brazos, las muñecas, los pies. Sí, cada detalle cuenta.

—Ahora, apunta hacia el tronco de ese árbol. Respira hondo y aprieta el gatillo —dice.

Respiro profundo fijando la vista en el objetivo. Aprieto el gatillo. Pam. Por la inercia, doy unos pasos hacia atrás.

—Nada mal para ser tu primer disparo —sonríe Pietro, orgulloso—. Practiquemos un poco más.

—Qué dices, si no le he dado al árbol —digo frustrada.

—Es imposible hacerlo bien a la primera.

—Ya… —digo no muy convencida.

Repetimos el disparo varias veces pero nada, mi puntería es horrible. Frustrada, resoplo y bajo el arma.

—Esto es inútil —digo—. Soy una negada.

Pietro me rodea por el hombro. Quiere consolarme.

—Eli, es normal. Nadie lo consigue a la primera.

Le entrego la pistola bruscamente.

—Toma, no sirvo para esto.

Cabreada conmigo misma, entro en la cabaña. Pietro me sigue.

—No te comportes como una cría. Aprender a disparar lleva tiempo.

—¿Cuánto? ¿Un mes? ¿Un año?

Pietro suspira.

—Depende de cada persona.

—¿Y si no tengo ese tiempo? ¿Y si ocurre algo antes?

—Eli...

—No, Pietro. Necesito saber defenderme ya.

—La seguridad de la casa...

—¡No es suficiente! —exclamo.

Ronan se remueve en el sofá.

—Quiero poder protegerme a mí misma y a nuestro hijo —digo bajando la voz.

—Lo entiendo, pero la frustración no te ayudará.

Me aparto de él.

—Para ti es fácil decirlo.

—¿Crees que yo nací sabiendo disparar?

Guardo silencio.

—Todos empezamos siendo malísimos —continúa—. Incluso yo.

—¿Tú? ¿El gran Pietro Barone? —digo con sarcasmo.

—No entiendo por qué estás cabreada. ¿Pensabas que disparar era coser y cantar? Pues no, requiere disciplina.

Voy al baño y cierro la puerta. Tengo ganas de estar sola. Sé que tiene razón, pero no puedo evitar sentirme agobiada. En este mundo el peligro es constante, ¿cómo lo voy a poder sobrellevar?

CAPÍTULO 45

ELI

Al atardecer, no dejo de pasear nerviosa de un lado a otro del dormitorio de la casa de los Barone. De la ventana al baño, del baño a la ventana mientras de reojo estoy pendiente de Ronan, que está jugando con la tablet. Siento un runrún constante en la cabeza.

¿Mi única salida para proteger a Ronan es llamar a Irene Delgado? Sí, tiene que sacarnos del país, lejos de todo esto. No puedo más. Lo del arma ha sido para mí un fracaso total y ahora pienso que no tiene sentido.

¿Desde dónde puedo llamarla? Aquí, uf, no me fío de las paredes. Puede que Salvatore esté al otro lado escuchándome, o pase Leo por el pasillo. Si se enteran, me matan. Se me ocurre un sitio, así que cojo a Ronan de la mano y salimos del dormitorio.

—¿A dónde vamos, mamá? —pregunta extrañado.

—A la sala de juegos.

Salimos del dormitorio y subimos las escaleras. Para mi disgusto, están las gemelas jugando a la consola, y Beatrice consultando su móvil.

—¡Hola, Eli! —dice Mónica.

—¡Hola, Ronan! —dice Anna.

—Hola, chicas. ¿Lo estáis pasando bien?

—Sí, muy bien —responde Mónica—. ¿Queréis jugar?

—En otro momento —les digo sonriendo.

—Cuñada, ahora que te veo, ¿al final vas a ir al evento de la galería? —pregunta Beatrice—. Chiara y yo estamos terminando de organizarlo.

Lo había olvidado por completo. La verdad, no me encuentro con ganas.

—No lo sé, tendré que pensarlo —digo con escasa convicción.

—Lo comprendo, tranquila.

Beatrice y las gemelas son encantadoras, la verdad, pero ahora me han fastidiado el plan. Cargo a Ronan y bajamos al salón. ¿Quizá en el jardín? Sin embargo, veo que Francesca y Esperanza mantienen una conversación. Antes de que reparen en mi presencia, seguimos bajando. Qué complicado es tener un poco de privacidad en esta casa.

En el sótano parece que no hay nadie. Entramos en el dormitorio para invitados donde estuvimos la primera noche que pasamos aquí. Dejo a Ronan en el suelo y corre hacia la cama con la tablet bajo el brazo.

—Ponte a jugar, ¿vale? Mamá tiene que hacer una llamada importante.

Asegurándome de que está entretenido, me aparto unos metros y saco mi móvil del bolsillo. La señal aquí es débil, pero debería ser suficiente. Me asomo por la ventana que da al jardín. Bien, en calma.

—Vale, Eli, es el momento —murmuro para mí misma mientras marco el número de Irene Delgado.

Contesta justo en el último tono.

—¿Sí? —dice una voz seca al otro lado.

—¿Irene Delgado?

—¿Quién es?

—Soy Elizabeth McClean —susurro.

La línea queda en silencio unos segundos. Oigo el ruidito del juego de la tablet de Ronan.

—¿Qué necesitas? —pregunta con brusquedad.

—¿Aún puedes ayudarme a salir del país con mi hijo? Necesito una identidad nueva, una vida nueva. Todo.

Irene tarda un momento en responder.

—Sí, pero tenemos que vernos en persona.

—¿No podemos hacerlo todo por teléfono?

—No, imposible.

Cierro los ojos un instante, frustrada.

—De acuerdo —digo a regañadientes—. Como la otra vez, podemos vernos en la galería. En un par de días habrá otro evento.

—Vale, espero verte ahí.

Cuelgo el teléfono y me quedo con el corazón acelerado. ¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy loca? Si Pietro o alguno de sus hombres descubre que he contactado con la policía, estaremos en peligro Ronan y yo. Me dejo caer en la cama del dormitorio, sintiendo un nudo en el estómago.

—Mamá, mira, estoy jugando.

—Sí, cariño. Qué bien —digo pero con la mente en otro sitio.

¿Qué pasa si Pietro descubre la llamada? Siento un escalofrío al imaginar su reacción. Es implacable cuando se trata de traiciones. Podría pensar que estoy tratando de traicionarlo y tomar medidas drásticas. Dios mío, es aterrador.

Sigo mirando a Ronan jugar en la cama. No puedo permitir que nada le pase. Sí, mi deber como madre es protegerlo a toda costa. En el móvil, borro la llamada en Recientes.

—Vamos a subir al dormitorio, Ronan —digo finalmente.

Salta de la cama y lentamente me sigue escaleras arriba. Intento actuar normal mientras subimos hacia el salón, donde Francesca y Esperanza todavía charlan animadamente.

Mi mente sigue trabajando a mil por hora. ¿Cómo podré mantener esto en secreto? Tendré que ser más cuidadosa que nunca si quiero salir viva de esta situación. Cuando levanto la cabeza, al pie de la escalera, veo a Leo mirándome fijamente. Suelto un respingo.

—¿Te he asustado? —pregunta con las manos en las caderas.

Reconozco que es tan guapo como su hermano, aunque no sea mi tipo. Creo que es el más joven de los Barone o el segundo más joven.

—Un poco —admito, intentando calmarme.

—¿Qué hacías en el sótano?

—Ronan quería conocer la casa —improviso rápidamente.

Mi hijo sigue a lo suyo, jugando.

—¿Así que estabais explorando? —Su tono es casual, pero hay algo en sus ojos que me hace sospechar que desconfía.

—Sí, exactamente eso. Ronan es todo un explorador —Sonrío.

Leo entrecierra los ojos y asiente. Decido cambiar de tema. Miro a Ronan, que juega con su tablet.

—Vamos a ver qué están haciendo las gemelas arriba, ¿te parece?

—Vale —dice asintiendo con la cabecita.

Leo se aparta y pasamos. Noto su mirada que sigue fija en mí mientras subimos. Llegamos al ático. En cuanto ven a Ronan, las gemelas se ponen a jugar con él.

No sé por qué, me asomo por las escaleras. Al hacerlo, me encuentro con la mirada de Leo. Me aparto enseguida y me maldigo por haberlo hecho. Dios mío, que no me haya escuchado hablar con Irene.

CAPÍTULO 46

PIETRO

A media mañana, recorro la casa por el exterior con Andrea y Gianluca. Muestran las nuevas medidas de seguridad que se han implementado.

—Hemos instalado cámaras de alta definición en cada esquina —explica Andrea—. Cubren todos los ángulos muertos.

Observo las pequeñas lentes camufladas entre la vegetación y las cornisas.

—¿Y el perímetro?

—Sensores de movimiento y cámaras térmicas —responde Gianluca—. Detectan cualquier intruso antes de que se acerque a la reja de entrada.

Asiento, satisfecho. Rodeamos la casa hasta llegar al garaje. Un cuarto que antes servía para almacenar herramientas inútiles, ahora está repleto de monitores controlados por un guardia.

—Este es el centro de control —dice Andrea con orgullo.

Las imágenes muestran en tiempo real cada rincón de la propiedad. Un guardia de seguridad vigila con atención.

—Sr. Barone, como solicitó, ahora hay tres turnos de cuatro hombres cada uno —responde Gianluca—. Vigilancia las 24 horas.

Espero que sea suficiente para que Eli se sienta protegida. De repente, se oye una voz a través del walkie-talkie que tiene Gianluca.

—Hay dos personas que solicitan acceso a la casa, pero no traen identificación.

El guardia hace zoom en una de las cámaras. Son Esperanza y Manuel, el jardinero.

—Déjalos pasar —ordena Gianluca.

El guardia envía el mensaje al control de acceso y, a los pocos segundos, les veo caminar hacia la puerta de servicio. Les aviso a Andrea y Gianluca que les den unos pases para que no vuelva a suceder.

—Buen trabajo —les digo finalmente—. Mantenedme informado de cualquier novedad.

—Por supuesto, Sr. Barone.

Salgo del garaje, pensativo. La seguridad física está cubierta, pero aún me preocupa el estado emocional de Eli. Necesito hablar con ella, asegurarme de que se siente a salvo de verdad.

Camino por el pasillo, repasando mentalmente las nuevas medidas de seguridad, cuando mi madre aparece y me agarra del brazo.

—Pietro, acompáñame al despacho. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ya lo verás, hijo, no seas impaciente. Pero antes quiero aprovechar este momento para conversar un poco contigo.

Mi madre está radiante. Con la casa llena de nietos, la veo más contenta y activa que nunca.

—Cariño, ¿por qué no pasas más tiempo a solas con Ronan?

—Lo intento, pero estoy ocupado.

—El pobre ha pasado cuatro años sin una figura paterna, no puedes esperar mucho más.

—Lo sé, lo sé.

Mi madre carraspea. Eso significa que va a decirme algo más.

—¿Te acuerdas de los días posteriores a la muerte de tus tíos, los padres de Salvatore y Vincenzo?

Asiento frunciendo el ceño. Uno de los recuerdos más dolorosos de la familia.

—Lo que quiero que entiendas es cómo nos mantuvimos unidos como familia.

—¿A qué te refieres?

—A pesar del miedo, de la incertidumbre, nos apoyamos mutuamente. Eso nos dio fuerza.

Me quedo pensativo hasta que creo encontrar lo que esconden las palabras de mi madre.

—¿Crees que no estoy apoyando lo suficiente a Eli?

Francesca niega con la cabeza.

—No es eso, hijo. Pero necesita más atención, más cariño.

—Intento protegerla lo mejor que puedo.

—A veces la protección no es solo física. Elizabeth necesita sentirse parte de esta familia.

Su consejo no caerá en saco rato. Solo tengo que encontrar la manera de llegar a Eli.

—Gracias, mamá —le digo palmeando su mano.

Entramos al despacho. Papá, Salvatore y Leo me esperan con expresiones serias.

—¿Qué ocurre? —pregunto cerrando la puerta.

—Hijo, nos preocupan las nuevas medidas de seguridad —dice mi padre directo al grano—. Son demasiado invasivas.

—Son necesarias —respondo sin vacilar.

Leo da un paso al frente.

—¿Necesarias? Pietro, hay cámaras hasta en el baño.

—Exageras.

—No exagero —replica Leo—. No podemos ni rascarnos el culo sin que quede grabado.

Salvatore interviene:

—Las cámaras térmicas en el perímetro son excesivas. Parece que esperamos un ataque del ejército.

—Es por nuestra seguridad —insisto.

—¿Nuestra seguridad o la de Elizabeth? —pregunta Leo con tono mordaz.

Me tenso al oír su nombre.

—La seguridad de todos —respondo evitando su mirada.

Mi padre se levanta del escritorio con el ceño fruncido y camina hacia mí.

—Hijo, entendemos tu preocupación, pero esto es demasiado. Nos sentimos prisioneros en nuestra propia casa.

Sus palabras me hacen dudar por un momento. ¿Me he excedido? Pienso en Eli, en Ronan. No, no puedo arriesgarme.

—Lo siento, pero no voy a cambiar nada. Es mi decisión final.

Salvatore resopla.

—Pietro, sé razonable. Estás obsesionado con proteger a Elizabeth y...

—¡Basta! —le interrumpo—. No es una obsesión. Es mi deber proteger a mi familia.

—Nosotros también somos tu familia —replica Leo.

Tienen razón, pero no puedo dar marcha atrás.

—Lo sé —digo suavizando el tono—. Pero confiad en mí.

—Es temporal, hasta que pase la amenaza —dice mi madre—. ¿A qué sí, hijo?

Asiento con la cabeza, agradeciendo por dentro que ella me eche una mano.

—De acuerdo, hijo —concede mi padre—. Pero no te olvides de que esta también es nuestra casa.

—No lo haré —prometo.

Salgo del despacho. Las palabras de mi familia resuenan en mi cabeza. ¿Me he excedido con la seguridad? Recorro el pasillo y me detengo frente a una ventana.

El jardín, antes un oasis de paz, ahora parece una fortaleza. Cámaras camufladas entre los arbustos, sensores ocultos en cada rincón. ¿Es esto necesario? Sacudo la cabeza. Claro que lo es. Quiero que Eli se sienta segura.

Pero, ¿a qué precio? La irritación en el rostro de mi padre no se me olvidará en mucho tiempo. Nunca lo había visto así. Y Leo y Salvatore tienen razón, estoy invadiendo su intimidad, pero tienen que comprender que lo hago por una buena razón.

CAPÍTULO 47

ELI

Apenas cruzo la entrada de la galería de arte, busco a mis cuñadas entre los numerosos invitados. Allí están Chiara y Beatrice, charlando junto a una preciosa escultura de mármol. Me acerco a ellas. Han pasado dos días desde que hablé con Irene Delgado y estoy de los nervios. ¿Seré capaz de disimularlo?

—¡Eli, qué alegría verte! —exclama Chiara, con una radiante sonrisa—. Estás guapísima.

—Perdón por el retraso —digo y miro a Beatrice—. Tendría que haber venido contigo.

—Me preocupaba que al final te quedaras en casa.

—No, para nada. Tenía decidido venir. La otra vez me encantó y quería repetir.

—Qué bien —dice Beatrice.

Sonrío, aunque mi mente está en otra parte. Mis ojos recorren la galería, atentos. ¿Dónde está Irene Delgado? Se supone que debería estar aquí, pero hay tanta seguridad. Creo que no he hecho bien en quedar con ella.

—Ronan se ha quedado con Pietro —les digo—. Pensé que le vendría bien pasar tiempo con su padre.

—Claro, es importante —dice Chiara, cogiendo una copa de vino de la mesa cercana—. Además, necesitas un respiro de maternidad.

—Exacto —dice Beatrice—. Por eso nos encanta que estés aquí con nosotras.

No puedo evitar desviar la mirada. A nuestro alrededor se suceden otras conversaciones. Como la otra vez, está lleno de gente con mucho estilo, sobre todo extranjeros. La élite financiera y social de Marbella.

—¿Queréis ver la nueva exposición? —propone Chiara con una mirada entusiasta—. Hay unas piezas increíbles de un escultor italiano.

— Sí, claro, vamos a verla —dice Beatrice.

Vuelvo a pasear la mirada ansiosa entre los invitados. Ni rastro de Delgado.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Chiara.

Siento un escalofrío en la espalda.

—¿Eh? No, por supuesto que no —respondo nerviosa.

—Ah, como veo que no paras de mirar.

—Solo es curiosidad —digo encogiéndome de hombros.

Caminamos juntas hacia la nueva colección. Chiara señala una escultura de un Cristo doliente, hecha en bronce. Intento interesarme, pero mientras ella explica los detalles desvío la

mirada hacia la entrada.

—Es impresionante el realismo que ha conseguido el artista con el metal —comenta Beatrice —. La expresión de dolor es casi palpable.

—Muy bien explicado, cuñada —dice Chiara.

—Gracias a ti, que sabes un montón, he aprendido.

—Parece que la alumna supera a la maestra —dice sonriendo.

—Ya será para menos.

Unos minutos después, Chiara y Beatrice conversan con una pareja alemana. Ella viste con un vestido largo y él con un traje impecable. Consulto mi reloj de pulsera por enésima vez. Media hora desde que llegué y no hay rastro de Irene. Saco el móvil del bolso. Ningún mensaje.

—¿Todo bien, Eli? —pregunta Beatrice.

—Sí, solo miraba la hora.

Guardo el móvil y finjo interés en la charla. La mujer alemana gesticula con entusiasmo mientras habla de una exposición en Berlín. Asiento de vez en cuando, para disimular. Cinco minutos después, vuelvo a sacar el móvil. Ninguna notificación. ¿Se habrá echado atrás?

Llamo a Pietro al móvil. Suena tres veces.

—¿Eli? ¿Va todo bien?

—Solo quería saber cómo estáis Ronan y tú.

Se oye la risa de nuestro hijo al fondo.

—Estamos jugando al escondite. Le encanta.

—¿En serio?

—Sí, aunque siempre elige el mismo sitio para esconderse.

—¿Detrás de las cortinas del salón?

—Exacto. ¿Cómo lo has adivinado?

—Intuición de madre.

Pietro ríe.

—¿Qué tal la exposición?

—Bien, interesante —miento—. Oye, os dejo seguir jugando.

—No te preocupes por nosotros, disfruta de la velada.

Me acerco a Chiara y Beatrice, que siguen charlando con la pareja alemana. Intento concentrarme en la conversación, pero mi mente no deja de dar vueltas a lo mismo. Quizá sea mejor así, que Delgado no haya venido. Involucrarme con la policía podría ser peligroso. Aun así, no puedo evitar sentir que he perdido mi última oportunidad de escapar.

Me llega un mensaje de texto al móvil. Mi hermana.

> Eli, me apetece veros. ¿Por qué no te vienes a casa y me haces una visita cuando puedas? Yo casi no puedo ni moverme! :)

Sonrío al imaginarla despatarrada en el sofá.

> Vale, quedamos. Tengo ganas de verte, y Ronan también

En cuanto envío mi respuesta, siento la vejiga a punto de explotar.

—Voy un momento al baño —les digo a las chicas.

—Vale, Eli —dice Beatrice sonriendo.

Sorteo a los invitados y camareros como puedo. Sale una mujer justo cuando entro. Me

acerco al espejo. Examino mi cara y atuso mi melena pelirroja. ¿Hace cuánto que no voy al peluquero? Necesito un corte pero ya.

De repente, detrás de mí, la puerta de un retrete se abre. Doy un respingo. Irene Delgado de pie me mira fijamente. Viste una blusa con escote y una falda de lentejuelas que no pega ni con cola.

—Entra, no tenemos mucho tiempo.

Obedezco. Ella cierra y echa el pestillo. Apenas dos palmos nos separan. Lleva una buena capa de maquillaje.

—¿Hace cuánto que estás aquí? —susurro.

—Como una hora, pero eso ahora no importa. ¿Todavía quieres escapar?

—Sí, con mi hijo —digo con determinación.

—¿Por qué?

—No quiero que mi hijo crezca en una familia mafiosa. Le puede ocurrir cualquier cosa.

—Te entiendo.

—¿Me vas a ayudar, verdad?

—¿Esta vez va en serio? Porque la última te echaste para atrás, y me hiciste quedar como el culo.

—Ahora va en serio, de verdad.

—Está bien, pero necesito algo a cambio de nuestra ayuda.

—¿Qué? —pregunto preocupada.

—Información sobre las cuentas B de los Barone.

Resoplo, el mundo se me viene encima.

—Eso es muy peligroso...

—Es la única forma de que pueda ayudar. Lo tomas o lo dejas.

La idea me aterra, pero ¿qué otra opción tengo?

—Dime qué necesitas exactamente.

—Números de cuenta, movimientos, nombres de empresas fantasma. Cualquier cosa que pueda vincularlos con actividades ilegales.

—¿Y cómo se supone que voy a conseguir eso?

Desliza su mano en el interior de un bolso diminuto. Saca un pendrive y me lo entrega.

—Eres lista. Encontrarás la manera.

Alguien entra al baño. Silencio. Unos tacones se mueven de un lado a otro. Oímos el agua correr de un grifo. Ruego al cielo que no sea ni Chiara ni Beatrice. Ahora el estruendo del secador de manos. Por fin, sea quien sea, se marcha.

—Tengo que irme —murmura Irene—. Cuando tengas algo, deja el *pendrive* aquí mismo. Lo pegas con cinta adhesiva o lo que sea.

Señala la parte trasera del inodoro, donde hay un saliente.

—Lo revisaremos todos los días durante una semana, ¿vale?

—Sí.

Se marcha y me quedo unos minutos intentando calmarme. Respiro con profundidad y salgo. De lo nerviosa que estoy, se me han quitado las ganas de hacer pipí y todo. Regreso a la galería, al nuevo corrillo que forman mis cuñadas y una pareja asiática. Chiara me mira con curiosidad.

—¿Todo bien? Has tardado un buen rato, ¿eh?

Trago saliva.

—Necesitaba… refrescarme —respondo con el corazón desbocado.

He cruzado una línea. Ya no hay vuelta atrás. Voy a traicionar a los Barone.

CAPÍTULO 48

PIETRO

Cuento hasta diez en voz alta con los ojos cerrados. Los pasitos de Ronan se alejan a toda prisa de mí. Quién me iba a decir hace unas semanas que todo un mafioso como yo, estaría jugando al escondite.

—¡Listo o no, allá voy! —exclamo al terminar.

Su risa delata que se ha escondido detrás de la mesa de billar, pero finjo que lo busco por el sofá y las cortinas.

—¿Dónde estará Ronan? —pregunto.

Rodeo la mesa y veo sus piernas por el suelo.

—¡Te pillé!

Ronan chilla emocionado. Sale corriendo entre risas. Lo atrapo y lo alzo en el aire para después bajarlo.

—Esta vez me toca esconderme a mí —le digo agachándome—. Tú cuentas, ¿vale?

—¡Vale!

Ronan se cubre los ojos con las manos y empieza a contar a su aire, saltándose el orden de los números. Me escondo detrás de las cortinas, dejando que se vean mis zapatos. Ronan se acerca con decisión.

—¡Te encontré! —grita, apartando la cortina de golpe.

Salgo de mi escondite, fingiendo sorpresa.

—¡Qué rápido! Eres muy bueno en esto —digo y hago una pausa conveniente—. Has encontrado a papá muy pronto, ¿eh?

Ronan sonríe, orgulloso. Sus ojitos miran hacia otro lado, pero creo que he plantado la semilla para que en el futuro me llame papá. Me parece que es un buen momento para que salgamos los dos solos de paseo. ¿Cómo reaccionará?

—Vamos al centro comercial y volvemos en un rato, ¿vale?

—¿Y mamá?

—Ahora viene.

Respondo esperando que se ponga a llorar, pero no lo hace. Menos mal, vamos avanzando. Oigo pasos que suben por las escaleras. Leo aparece con cara seria.

—Por fin te encuentro —dice.

—¿Me buscabas?

—Quiero comentarte una cosa sobre Elizabeth.

Tengo a Ronan tumbado sobre el regazo, haciéndole cosquillas.

—Ahora no, Leo. Me marcho con mi hijo al centro comercial.

—Es importante.

—Puede esperar.

Leo da un paso adelante. Sus ojos se clavan en los míos.

—La noto rara.

Me extraña su comentario, pero sigo jugando con Ronan. Con cuatro años, no se entera ni recuerda conversaciones.

—¿A qué te refieres?

—A tu esposa. Antes de ayer la escuché hablar por el móvil.

—¿Y qué? Todos hablamos por teléfono.

—Estaba en el dormitorio del sótano.

Frunzo el ceño.

—¿La espiaste?

—Pasaba por allí, venía del garaje y la oí.

Me quedo pensativo. Ronan sale corriendo, pero esta vez no le sigo. Lo que dice mi hermano me está intrigando.

—¿Qué más? —le pregunto.

—Después la vi en las escaleras, parecía nerviosa.

—¿Eso es todo?

—Pietro, sabes que no vendría si no fuera importante.

—Son paranoias tuyas. Seguro que hay una explicación razonable.

—¿Cómo cuál?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, estaría jugando con Ronan y se metió en el dormitorio para esconderse.

Leo resopla como si fuera imposible que eso hubiera sucedido.

—¿Confías en ella?

—Claro que sí, y no me gusta que hagas esas preguntas —le advierto levantando un dedo—. Es mi esposa, cuidado con lo que dices.

—He querido decírtelo en privado y no delante de todos en el despacho. Vigila a tu esposa, hermano.

—Cuidado con la manera en que me hablas. No respondo ante ti.

—No, pero sí ante papá.

—Me voy al centro comercial con mi hijo —digo dando por terminada la conversación.

Leo se marcha refunfuñando. Con la mosca detrás de la oreja, le digo a Ronan que nos vamos y lo cargo en brazos. En el garaje, lo dejo en el suelo. El pequeño corretea mientras me acerco a Gianluca, que está vigilando en el cuarto de seguridad.

—¿Alguna novedad? —le pregunto.

Gianluca aparta la vista de las pantallas.

—Nada, jefe, todo tranquilo.

—Una pregunta, ¿cuántas cámaras hay en el sótano?

—Ninguna.

Es una pena, me hubiera gustado ver esa escena que dice mi hermano con mis propios ojos.

—Bien, continúa con la vigilancia —y hago una pausa para añadir algo más—. Dile a Andrea que me siga, voy al centro comercial con Ronan. Que avise a otro de los hombres que

esté libre. Será durante una hora.

—De acuerdo, jefe —dice y coge el walkie-talkie para comunicarse con él.

Le hago un gesto a Ronan para que me siga hasta el coche. Le coloco en su silla especial en la parte trasera, y me aseguro de que el cinturón esté bien sujeto.

Me siento al volante y la mente se me va otra puta vez a esa conversación con Leo. Parece que está decidido a sembrar dudas sobre Eli. Subo la ventanilla y enciendo el motor, pero no puedo quitarme esa intranquilidad de encima.

Miro a Ronan a través del espejo retrovisor. Está concentrado en su juguete favorito, el coche que le regalé. Salimos del garaje. Pasamos el nuevo control de acceso y enfilamos hacia la salida de la urbanización. Conduzco en silencio, absorto.

Un flashback. Eli aprendiendo a disparar en el bosque. Fue un desastre de puntería, pero su determinación me impresionó. Sus ojos llenos de una mezcla de miedo y decisión. Terminó enfadada, aunque di por hecho que me pediría seguir con la práctica. Pero en los últimos días no parece interesada. ¿Por qué? ¿Ya ha perdido el interés? Extraño…

Un claxon me sobresalta y doy un volantazo. Joder, estaba despistado que no he visto al coche que venía de frente. Miro por el retrovisor. Ronan está bien, incluso sonríe divertido. Más allá, el coche con Andrea me sigue. Bien.

La duda crece en mi interior. ¿Qué está pasando con Eli? ¿De verdad está ocultando algo?

CAPÍTULO 49

ELI

En la cocina, preparo una infusión de manzanilla con un ingrediente secreto: un somnífero. Por suerte, tengo pastillas para dormir y he usado tres o cuatro. Será más que suficiente para que el vigilante se eche un sueño placentero.

Para camuflar el delito, corto un trozo de empanada. La verdad, a Esperanza le sale de maravilla. Sí, una gran cocinera. Lo pongo todo en una bandeja y bajo las escaleras en dirección al garaje. Es casi medianoche y todos están a punto de dormirse. En la casa se respira una calma tensa, o al menos a mí me lo parece.

Los nervios me agitan el vientre. Será esta noche cuando intentaré conseguir la documentación que me pidió hace dos días Delgado en la galería, bueno, en el retrete. No puedo echarme para atrás.

El garaje está en penumbra, pero un resplandor sale del cuarto de seguridad. Como todas las noches, Gianluca se queda a vigilar en el turno de noche.

—Buenas noches, Gianluca —digo al entrar.

Se gira en su silla de ruedas. Una sonrisa cansada se dibuja en su cara.

—Buenas noches, Sra. Barone.

—Te traigo algo para picar.

—¿Otra vez? Bueno, no tenía que molestarse…

Ayer también le traje la misma cena pero sin somnífero para que no sospeche.

—No es molestia. Sé que las noches se hacen largas.

Dejo la bandeja sobre una mesita auxiliar. De reojo, observo las pantallas mostrando imágenes interiores y exteriores de la casa. Gianluca toma un sorbo de la infusión y mordisquea la empanada.

—Está buenísima, como siempre. Gracias, Sra. Barone.

—¿Alguna novedad?

Aún con la boca llena, se toma su tiempo para responder.

—Todo tranquilo. Un día como otro cualquiera.

—Eso es una buena noticia —digo sonriendo—. Me voy a dormir, que sea leve.

—Muchas gracias.

Subo las escaleras con el corazón acelerado. Consulto mi reloj de pulsera y me quedo con la hora exacta. En nuestro dormitorio, mientras Ronan duerme desde hace rato, Pietro en la cama lee un informe en la tablet. Lleva puesto su elegante pijama. Me mira con sus ojazos verdes y

curva los labios. Me acomodo a su lado y le beso. Mmmm… sabe dulce.

—Me encanta que hoy también hayas pasado tiempo con Ronan —le digo.

Asiente lentamente, como si estuviera sopesando mis palabras.

—No quiero que crezca sintiendo que su padre no está presente.

—Lo estás haciendo de maravilla —digo.

—¿Y tú, estás bien, cariño? —me pregunta de repente.

Su pregunta me extraña un montón, o quizá más bien el brillo de sospecha de su bella mirada. Intento que no parezca que me pongo a la defensiva.

—¿Sí, por qué?

No sé si lo he conseguido.

—Por todo lo que ha pasado con Volkov. Ya verás cómo enseguida recuperamos el ritmo de vida normal.

Asiento con la cabeza. Me llegan oleadas de remordimiento por la traición que tengo entre manos. Dios, qué difícil es todo esto. Me voy a volver loca. Perdóname, Pietro. Lo hago por Ronan.

Nos besamos y apagamos las luces. Pietro me abraza por detrás. Su respiración se vuelve cada vez más pausada. Cuento los minutos. Cuando por fin oigo sus suaves ronquidos, me deshago con cuidado de su abrazo. Consulto la hora y decido ejecutar el plan.

Contengo la respiración mientras salgo de la cama. Me pongo una fina bata por encima del pijama. Ronan está acurrucado en su camita, abrazando su peluche favorito. Le tapo con la manta y le doy un beso en la cabeza.

Antes de salir del dormitorio, cojo del bolso mi móvil y el *pendrive* de Irene Delgado. Lo sujeto en el ombligo con el elástico de las bragas.

Desciendo las escaleras en sigilo. El pulso, a mil por hora. Llego al garaje y me asomo al cuarto de vigilancia. Gianluca tiene su cabeza apoyada sobre la mesa y oigo sus ronquidos. Suspiro aliviada. El somnífero ha surtido efecto.

Tengo poco tiempo, así que manos a la obra. Envuelta en la penumbra, voy hacia el despacho de Giovanni. Tengo los nervios a flor de piel. Si alguien me pilla, me arrancarán la piel a tiras. De eso no hay duda.

Vale, el despacho está abierto. Llega un tenue reflejo de las luces de la piscina. En la estantería, un pequeño foco proyecta luz sobre el acuario de los peces piraña. Con manos temblorosas, saco el móvil y uso el flash para iluminar el escritorio.

Abro el primer cajón. Bolígrafos, clips, grapadora. Nada útil. El segundo cajón chirría al abrirlo. ¡Me quiero morir! Contengo la respiración. Silencio. Uf, puedo continuar. Dentro hay una carpeta con documentos. Los fotografío uno a uno con el móvil. Ni idea de qué son. Solo espero que sean provechosos para Delgado.

Muevo el ratón y la pantalla del ordenador se enciende. Bien, no hay contraseña. Por suerte, el patriarca no es muy tecnológico. Introduzco el *pendrive* en la parte trasera de la pantalla. En el escritorio, cuando aparece el icono pincho y arrastro documentos. Digo yo que algo les será útil a la gente de Delgado.

Con la boca seca de la tensión, extraigo el pendrive y lo guardo. Salgo del despacho con la sensación de ser la mayor espía y traidora de la historia. Otra vez me atraviesan punzadas de remordimiento, pero tengo que aprender a convivir con ellas. Recuerda, Eli, que esto lo haces por una buena causa.

Regreso al dormitorio. Pietro duerme. Me arrodillo junto a mi bolso y guardo el *pendrive* con

cuidado. Me meto en la cama como si no hubiera pasado nada.

¿Qué he hecho?

La tensión recorre mi cuerpo. No puedo evitar pensar en la próxima reunión con Irene. ¿Será suficiente lo que he conseguido? ¿Valdrá la pena el riesgo que estoy tomando?

Perdóname, Pietro.

Quiero dormirme, pero el remolino en mi mente no me deja. La funda de la almohada se humedece por las lágrimas. Los remordimientos, el miedo, la presión... todo se mezcla en un cóctel explosivo que me impide cerrar los ojos. Me doy la vuelta intentando encontrar una posición cómoda, aunque sepa que el problema no es físico.

Todo va a salir bien.

Miro a Pietro una vez más. ¿Qué haría si descubriera mi traición? Eli, lo sabes perfectamente.

El sueño sigue sin llegar. Me repito una y otra vez que tengo que ser fuerte. Que esto es solo el principio, y que debo mantener la calma si quiero salir viva de todo esto. Los minutos se arrastran eternamente. ¿Cuándo llegará el sueño? Quiero dormir…

CAPÍTULO 50

ELI

Sigo sin pegar ojo, qué agonía. Me muevo a un lado y otro de la cama. Miro el reloj de la mesita de noche. Apenas son las tres de la madrugada. Todavía queda mucho hasta el amanecer. El remordimiento por robar la documentación me atenaza el pecho.

De repente evoco aquella noche en la cabaña con Pietro hace cuatro años con las copas de vino sobre la mesa. Él y yo nos mirábamos a los ojos sin decir nada. No había necesidad de palabras. Sus caricias eran suaves, su calor me envolvía por completo. Nos besamos con una pasión ardiente como el fuego. Fue una noche que nunca olvidaré.

Me doy otra vuelta en la cama buscando una posición cómoda. Ahora me viene como en un flash el reencuentro en Florencia. Puedo ver de nuevo sus ojos verdes clavados en mí, tan intensos y penetrantes. La forma en que su voz grave pronuncia mi nombre, ¿Elizabeth? Se me eriza la piel.

La tensión entre nosotros es palpable, un campo de energía cargado de emociones contenidas. Esa chispa que siempre ha existido entre ambos sigue ahí, intacta a pesar de los años.

Recuerdo la sensación en el pasillo del hotel de querer huir y, a la vez, de quedarme. Casi puedo oír de nuevo su voz insistiendo en que pase a la suite. Y luego, ese momento fugaz en que nuestras miradas se encuentran otra vez. Ese instante en el que tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no confesarle que solo pasamos una noche juntos, pero que fue inolvidable.

Ahora, en la oscuridad de nuestro dormitorio, la culpa y el amor se mezclan de forma dolorosa en mi corazón.

Otro fogonazo me viene a la memoria. Aquella otra noche en la cabaña, después de venir aquí de Florencia. Fue tan inesperado, romántico y perfecto. El viaje en el Rolls Royce, la sonrisa intrigante de Pietro mientras se negaba a decirme a dónde íbamos. Al llegar y reconocer la cabaña, mi corazón se aceleró. No podía creer que Pietro me hubiera llevado de vuelta a ese lugar tan significativo para nosotros, donde nuestros cuerpos se fundieron en uno.

El ambiente era tan acogedor con la tenue luz del porche y esa ligera cena que él había preparado. Me hizo sentir especial, como si hubiera pensado en cada detalle solo para mí.

La deliciosa cena, los susurros cómplices y la pasión sin límite que compartimos bajo el techo de madera. Qué memorable todo. Pietro me hizo olvidar por completo nuestras preocupaciones y peligros, aunque fuera solo por una noche. Fue un gesto tan romántico, un símbolo de que, a pesar de todo, podemos encontrar paz y amor en medio del caos.

Y así, poco a poco, mecida por los recuerdos, el sueño llama a mi puerta y bajo los párpados lentamente.

A la mañana siguiente, Pietro, Ronan y yo desayunamos en el comedor. Como siempre, somos los últimos de la familia. Ronan está lleno de energía y reparte sonrisas a todo el mundo. Tiene enamoradas a Esperanza y las gemelas.

Pero tengo que encontrar la forma de volver a la galería de arte para dejar el *pendrive*. Imposible que vaya por mi cuenta. Los guardaespaldas son mi sombra y se lo dirían a Pietro.

—Estaba pensando... —empiezo a decir—. Me gustaría ir hoy a la galería.

—¿Otra vez? —pregunta Pietro.

Siento su pregunta como una sospecha, pero tengo que seguir en mi papel.

—No para trabajar con las chicas, sino solo para ver cuadros, como una visitante más. Me gustaron mucho. Es como volver a estar en Florencia.

Pietro me mira con curiosidad. Por Dios, lo que daría por saber qué está pensando ahora mismo. Me está clavando sus ojazos verdes en el alma.

—Claro, podemos ir hoy si quieres —responde Pietro finalmente.

Pellizco mi labio inferior. No esperaba que quisiera acompañarme. Qué tonta, pensé que tendría cosas qué hacer y que me dejaría ir sola.

—¿No tienes trabajo pendiente? Puedo llamar a las chicas y ver si quieren…

—Nada que no pueda esperar, cariño —dice sonriendo.

—Genial —y me dirijo a Ronan—. Vamos a ir a una galería de arte, ¿te apetece?

—¿Hay historias de animales?

Río por su pregunta.

—No creo, cariño. Pero seguro que encontramos algo que te guste.

—¿Cómo qué?

—En una galería hay cuadros y estatuas que son muy bonitas.

Ronan pone cara de enfurruñarse. Cambio de estrategia.

—Después podemos ir a comer a un sitio donde haya un castillo inflable, globos y payasos, y muchos niños y niñas jugando. ¿Qué te parece?

—¡Bien! —grita alzando los brazos.

Pietro y yo sonreímos.

—Vale, Ronan, pero ahora termina el desayuno, que Esperanza te lo ha preparado con mucho cariño, ¿vale?

—Vale —dice.

—Voy a hablar con Andrea para que organice el equipo de seguridad —dice Pietro poniéndose de pie.

Siento un nudo en el estómago cada vez que oigo la palabra «seguridad». ¿Estoy haciendo lo correcto? La duda me carcome por dentro.

—¿A qué hora quieres salir? —pregunta Pietro.

—Al mediodía estaría bien. Así Ronan puede jugar un rato. Por la tarde quiero ir a casa de Emma a hacerle una visita.

Pietro asiente, saca su móvil e imparte las instrucciones. Observo a Ronan comerse con alegría sus cereales.

—Todo listo —dice Pietro guardando el móvil—. Andrea y dos hombres más nos acompañarán.

Fuerzo una sonrisa.

—Perfecto —digo—. Será un rato en familia.

CAPÍTULO 51

PIETRO

Entro en el despacho de mi padre y cierro la puerta para que nadie me vea. Quedan una hora para irnos a la galería, me da tiempo. Papá se ha ido con Leo y Salvatore al restaurante de Marbella.

Anoche, Eli no paraba de moverse en la cama, como si algo la inquietara, ¿y hoy una repentina visita a la galería? Las palabras de Leo sobre su comportamiento sospechoso retumban en mi cabeza. Joder, cuesta ignorar esta sensación de que algo no cuadra en ella.

Me siento frente al ordenador y activo la pantalla moviendo el ratón. Me meto en internet, en la página de nuestro proveedor de telefonía móvil. Accedo al registro de llamadas mediante una contraseña. Se abre un PDF. Deslizo el ratón por el documento para acceder al número de Eli. Bien, ahí está.

Tiene pocas llamadas. Eso es normal. ¿Qué día me dijo Leo que la oyó hablar en el sótano? Busco ese día en el registro de llamadas. Hay dos números de teléfono españoles. Vamos con el primero: compruebo que aparece a menudo en otros días. Conversaciones largas, de diez minutos más o menos. ¿Emma? No me extrañaría que hablase con ella con frecuencia.

Vamos con el segundo número. De este solo hay una llamada y de escasa duración. ¿Será la llamada a la que se refería Leo? Lo observo fijamente durante unos segundos, debatiéndome entre la confianza y la sospecha. Finalmente, cojo el móvil y marco.

Un tono. Dos. Tres. Nadie contesta.

Mierda, de momento, no puedo sacar ninguna conclusión. Cuelgo y me quedo mirando la pantalla, con más preguntas que respuestas. ¿A quién pertenece este número? ¿Por qué Eli lo llamó desde el sótano?

La puerta se abre de golpe. Eli entra con Ronan en brazos, sonriendo.

—¿Interrumpo algo? —pregunta.

Cierro a toda prisa la ventana del navegador.

—Para nada. ¿Ya estáis listos para ir a la galería?

—Este pequeñajo está impaciente por salir de casa, ¿verdad?

Ronan asiente con entusiasmo.

—Id al coche —digo—. Os alcanzo en un minuto.

Eli me mira con curiosidad, pero no dice nada. Cuando salen, llamo a Atienza, mi contacto en la policía. Este mes se está ganando el sueldo.

—Necesito que investigues un número que te voy a dar —le digo.

—Estoy liado, pero lo puedo hacer. No me llevará mucho tiempo. Deme el número.

Se lo dicto.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—De acuerdo.

Cuelgo y, con el cuerpo rígido por la tensión, salgo del despacho en dirección al garaje.

Media hora después, paseamos por las salas de la galería de arte. Los guardaespaldas nos siguen a una distancia prudente. Consulto compulsivamente el móvil esperando la llamada de mi contacto. Mira que como mi hermano tenga razón…

Ronan corretea por el pasillo soltando alguna risita que otra. Algunos de los visitantes nos miran mal por el ruido, pero que se jodan. Eli parece muy interesada en una escultura. A mí me parece muy rara, pero tampoco soy un entendido en arte.

Aprieto las mandíbulas cuando veo que algunos hombres miran de refilón a Eli con deseo. Sus expresiones lo dicen todo. No se cortan ni un pelo. Les gusta lo que ven. Una mujer joven, pelirroja, con un cuerpo espectacular. Tienen suerte de que tenga que mantener la compostura en público, si no los estrangulaba con mis propias manos.

—Voy un momento al baño —dice Eli de repente—. ¿Os quedáis aquí?

Asiento y la observo alejarse. Ronan tira de mi manga. Lo cargo en brazos y le hago cosquillas. Su risa me hace sonreír. Hijo, tengo grandes planes para ti cuando seas mayor. Serás un Barone de pleno derecho como tus primos.

El móvil vibra en mi chaqueta. Mi contacto. Antes de contestar, me aseguro de que Eli aún no ha regresado del baño.

—¿Qué has averiguado? —pregunto al descolgar.

—El número que me ha dado es extraño. No aparece en ningún listado oficial. Parece una línea diseñada para pasar *desapercibida*, ya me entiende.

Frunzo el ceño.

—¿Alguna idea de quién podría usarla?

—Podría ser cualquiera. Desde periodistas hasta... —hace una pausa— agencias gubernamentales, fuerzas de seguridad del Estado.

Un escalofrío me recorre la espalda. Eli, ¿una arrepentida? Solo de pensarlo me entran ganas de soltar un grito. Justo en ese momento, ella se acerca y cuelgo al instante.

—¿Todo bien? —pregunta al llegar.

—Perfecto —respondo, esforzándome por mantener la calma—. ¿Seguimos?

Eli asiente y coge la mano de Ronan. Mientras avanzamos hacia la siguiente sala, las preguntas me persiguen. ¿En qué está metida mi esposa? ¿Y con quién? ¿Por qué ha querido venir a la galería de repente? Pasados unos minutos, hilo una idea con otra, y llego a la conclusión de que ha venido para verse con alguien. ¿Dónde? La respuesta me parece evidente.

—Voy al baño un momento —le digo a Eli—. Esperadme aquí.

—Claro —responde—. No tardes, que este pequeñajo ya tiene hambre.

—¡Mamá, quiero ir a los juegos! —dice Ronan dando saltos.

Me alejo con apremio. En lugar de entrar en el baño de hombres, empujo la puerta del baño de mujeres. Una señora de mediana edad me mira estupefacta.

—Disculpe, pero este es el...

Llevo mi dedo índice a mis labios, exigiendo silencio. La mujer frunce el ceño, pero no dice nada más y sale apresuradamente.

Examino el lugar con la mirada. Tres retretes, todos vacíos. Entro en el primero y lo inspecciono. Nada. Paso al segundo con idéntico resultado. En el tercero, me agacho y miro

detrás del inodoro. Palpo algo, un objeto. ¿Qué coño es?

Lo saco y me quedo de piedra. No me jodas, un *pendrive* pegado con cinta adhesiva. Un modelo común, sin marcas distintivas. Lo guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta. La sangre empieza a hervir por todo mi cuerpo. Pietro, calma. No te dejes llevar por la rabia. Eres más listo que eso.

Salgo del baño dando un portazo. Regreso junto a Eli y Ronan, que tira de mi pantalón.

—¿Vamos ya a comer?

—Sí, campeón —digo cargando con él—. Ya nos vamos.

Eli me mira con una sonrisa.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondo, esforzándome por fingir que no pasa nada—. ¿Nos vamos?

Mientras salimos de la galería, mi mente da vueltas. ¿Qué contiene este *pendrive*? ¿Por qué Eli lo escondió ahí? Las preguntas se acumulan, pero ahora no es el momento de buscar respuestas.

En la calle, Andrea y los otros guardaespaldas nos rodean discretamente. Subimos al coche. Ronan parlotea emocionado sobre los juegos que espera encontrar en el restaurante.

—¿Habrá un castillo inflable, mamá?

—Seguro que sí, cariño —responde Eli, acariciándole el caballo.

El coche arranca. Miro a Eli. Su sonrisa, antes maravillosa y jodidamente sexy, ahora me parece una máscara. ¿Quién eres realmente, Elizabeth McClean?

CAPÍTULO 52

ELI

Al atardecer, llegamos a la casa de Emma y Gavin. El coche se detiene frente a la puerta. Observo la fachada con un nudo en la garganta. Quizá es la última vez que vea a Emma. Si Irene Delgado considera que la documentación del *pendrive* es útil para sus fines, me llevarán con ellos en cualquier momento de los Barone. Me darán una nueva identidad, para Ronan también, y viviremos en otro país. Solo de pensarlo me dan escalofríos.

—¿Ya llegamos, mamá? —pregunta removiéndose inquieto en su sillita.

—Sí, cariño. Vamos a visitar a la tía Emma.

Bajamos del coche. Estamos rodeados de guardaespaldas. Dos han venido con nosotros y otros dos en un vehículo aparte. Pietro no está escatimando en gasto en nuestra seguridad. Se abre la puerta y Emma aparece mostrando una sonrisa y su enorme barriga de embarazada.

—¡Eli! ¡Ronan! ¡Qué alegría veros!

Ronan corre hacia ella. Emma lo abraza y le acaricia el cabello.

—¡Qué sobrino más guapo tengo!

Me abrazo a mi hermana intentando ocultar mi angustia, aunque no sé si lo consigo. Dios mío, esta puede ser la última vez que la veo. La abrazo por tanto tiempo que se extraña.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Claro, muy contenta de verte —digo sonriendo.

Los guardaespaldas interrumpen.

—Sra. Barone, debemos inspeccionar la casa antes de que entren.

—¿Es necesario? —dice Emma—. Solo somos nosotras.

—Son órdenes del Sr. Barone —responde uno de ellos con tono tajante.

—Tranquila, hermana, es rutina. No tardarán.

Mientras ellos hacen su trabajo, nos quedamos en el porche. Ronan se pone a corretear. La tarde es fresca, con un cielo pintado de un azul marino, y lleno de nubes grandes y espesas.

—¿Cómo te encuentras de tu embarazo? Cuéntamelo todo.

Emma sonríe y se acaricia la barriga.

—Estoy bien, pero los antojos me están volviendo loca. El otro día le pedí a Gavin que me trajera helado de pistacho a las tres de la madrugada.

Río, imaginando la escena.

—¿Y lo consiguió?

—¡Claro! Recorrió media Marbella hasta encontrar una tienda abierta, una gasolinera que

abre 24 horas.

—¿Y las náuseas? ¿Ya han pasado?

Emma hace una mueca.

—Los primeros meses fueron horribles. No podía ni oler el café sin correr al baño, ahora estoy un poco mejor.

—¿Y las patadas?

—¡Uf, sí! —exclama Emma—. Es como tener un futbolista en miniatura dentro. A veces no me deja dormir.

—¿Puedo? —pregunto extendiendo la mano hacia su barriga.

Emma guía mi mano hacia un lado. Siento un pequeño golpe contra mi palma y se me forma un nudo en la garganta.

—Es increíble —murmuro, luchando por contener las lágrimas.

—Hermana, qué emocionada te has puesto —dice un poco sorprendida—¿Has pensado en darle un hermanito a Ronan?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—Bueno, ya sabes... Con todo lo que ha pasado últimamente...

—¿Estáis bien Pietro y tú? —pregunta con preocupación.

—Sí, sí —respondo rápidamente—. Solo que... no es el momento adecuado.

Los guardaespaldas regresan.

—La casa está despejada, Sra. Barone. Pueden entrar.

Respiro hondo, agradecida por la interrupción. Me levanto y tiendo la mano a Emma.

—Vamos, quiero ver cómo habéis decorado la habitación del bebé.

Emma se pone en pie con dificultad. La ayudo a entrar en la casa, y subimos las escaleras hasta la segunda planta. Con una enorme curiosidad, entro en la habitación. Las paredes están pintadas de un suave tono rosa, con pequeñas nubes blancas dispersas.

—¿Qué te parece? —pregunta Emma.

—Es precioso —respondo, tocando la cuna de madera blanca.

Ronan corre hacia un peluche gigante en forma de jirafa.

—¡Mira, mamá!

—Qué bonito, cariño.

Observo cada detalle, desde la lámpara del techo con sombras de animales, hasta las cortinas con estampado de estrellas. Una sensación agridulce me invade al pensar que quizás no llegue a conocer a mi sobrina.

—Emma, ¿conservas aún las fotos de cuando éramos pequeñas?

—Claro, están abajo. ¿Por qué?

—Me gustaría enseñarle a Ronan cómo éramos de niñas.

—Venga, vamos abajo.

En el salón, Emma saca un álbum de fotos de una cómoda y nos sentamos en el sofá. Ronan se acomoda entre nosotras.

—Mira, cariño, esta es tu mamá cuando tenía tu edad —dice Emma señalando una foto.

—¡Qué pelo tan rojo! —exclama Ronan.

—¿Te acuerdas de aquel verano en la playa, Emma? —pregunto señalando otra foto—. ¿Cuántos años teníamos?

—Yo tendría unos cinco, tú unos diez. ¿Recuerdas cómo papá intentaba enseñarnos a hacer castillos?

—Y siempre acabábamos enterrándolo en la arena.

Pasamos las páginas, deteniéndonos en cada imagen. Recuerdos felices inundan mi mente: cumpleaños, Navidades, días de colegio. Toda una vida con mi querida hermana.

—¿Y esta foto? —pregunto, señalando una en la que aparecemos disfrazadas.

—¡El carnaval del colegio! —exclama—. Mira, Ronan, tu madre iba de bruja y yo de princesa.

—Te empeñaste en que fuera la bruja mala del cuento —digo.

Emma ríe.

—Eras muy convincente con esa nariz postiza.

—¿Quién es ese señor? —pregunta Ronan.

Un hombre de unos treinta y tantos, bajito pero fuerte. Con un brazo, nos rodea por el hombro a Emma y a mí.

—Era tu abuelo, cariño —respondo.

—Ah —dice.

—¿Recuerdas cuando nos llevaba al parque los domingos? —pregunto a Emma.

—Siempre nos compraba un helado a escondidas de mamá.

—De chocolate.

Seguimos pasando páginas, reviviendo momentos: la primera bicicleta de Emma, mi graduación del instituto, vacaciones en familia.

—Qué rápido pasa el tiempo —murmuro.

—Es verdad —responde Emma—. Parece que fue ayer cuando éramos nosotras las que correteábamos por la casa.

Cierro el álbum, sintiendo una opresión en el pecho. Abrazo a Emma con fuerza. A Ronan, que está en el medio, lo estrujamos.

—Te quiero, hermanita.

—Y yo a ti, Eli.

Con discreción, meto la mano en el bolso y echo un vistazo a mi móvil. Ninguna notificación de Irene Delgado. Puede ser buena o mala señal.

—Emma, ¿qué tal si nos sacamos una foto juntas? —propongo con fingida despreocupación —. Con Ronan también, claro.

—¡Genial! —exclama Emma, acariciándose la barriga—. Así tendremos un recuerdo de esta visita.

Llamo a uno de los guardaespaldas que vigila desde la puerta del salón.

—Disculpa, ¿podrías hacernos una foto?

El hombre asiente con seriedad. Le entrego mi móvil y se sitúa delante de nosotros. Ronan está en el medio. A él le gusta salir en las fotos, así que está encantado.

—Sonrían —pide el guardaespaldas.

Cojo el móvil de vuelta y observo la imagen. Ahí estamos los tres, sonrientes. Emma radiante con su embarazo, Ronan con su sonrisa inocente y yo... intento disimular la angustia de la despedida.

CAPÍTULO 53

ELI

Al día siguiente, por la noche, Ronan y yo estamos en la sala de juegos disfrutando de un videojuego donde hay que matar a un montón de marcianos. Mi hijo ríe, se lo pasa bien, pero yo estoy seria, como sin estar en mí plenamente.

No he vuelto a hablar con Pietro desde la galería, y eso es muy raro. Anoche durmió en la cama pero llegó tarde y hoy se ha levantado temprano, así que no pudimos hablar. No responde a mis mensajes. Estoy aterrada de que se haya enterado de mi relación con Irene Delgado, pero ¿cómo? Solo se me ocurre que el móvil estuviera pinchado, si es así estoy sentenciada.

—¡Vamos, mamá! —Ronan me interrumpe, tirando de mi mano—. ¡Te toca!

—Ya voy —respondo, dibujando una sonrisa forzada.

Además, todavía sin noticias de ella. ¿Cuánto tiempo se tarda en confirmar esa documentación que le entregué? Estoy en riesgo continuamente. De repente, oigo el sonido de un mensaje de texto. Todo mi cuerpo se pone tenso.

—¡Un momento! —le digo a Ronan.

Voy a por mi bolso y saco el móvil. Mensaje del número de Delgado. Justo cuando pensaba en ella. Ay, Dios, qué nervios.

> La documentación es muy buena. Os sacaremos en 48 horas.
> Prepárate

Mi corazón da un salto mortal. ¿48 horas? ¡Me parecen pocas! Borro el mensaje de inmediato y miro a mi alrededor, temiendo que me hayan visto.

Ronan, ajeno a mis preocupaciones, sigue concentrado en el juego, presionando los botones del mando con entusiasmo. Me esfuerzo en jugar, aunque mi mente está a kilómetros de distancia. «Prepárate» dice el mensaje, pero ¿cómo?, ¿hago una pequeña maleta?, ¿cómo lo harán?

—¡Te he ganado, mamá! —grita Ronan.

—Muy bien, cariño —le digo.

Mi cabeza sigue dándole vueltas al mensaje. ¿Entonces ha llegado la hora? Parece que sí, Eli. Hazte a la idea cuanto antes.

—Mamá, ¿jugamos otra partida? —dice Ronan.

—Vale —respondo con una sonrisa tibia.

Un ruido de pasos a mi espalda en las escaleras hace que voltee la cabeza, nerviosa. Es

Pietro. Todo mi cuerpo se pone rígido.

—¿Qué tal? —pregunta Pietro sin acercarse, frío.

Su voz esconde secretos. Sabe algo, sabe algo, me repito a mí misma, asustada.

—Muy bien, ¿y tú?

Pietro se acerca a Ronan y lo levanta. El pulso me va a mil.

—Tengo una sorpresa.

Trago saliva. Intento mantener la calma.

—¿Una sorpresa? ¿De qué se trata?

—Si te lo digo, dejaría de ser una sorpresa, ¿no crees?

Estudio su cara. Está serio, demasiado serio. Sus ojos verdes me escrutan con intensidad. No sé, tiene un brillo diferente.

—Vamos al garaje, tenemos que ir en coche —dice.

—Me encuentro cansada, Pietro.

—Vas a venir conmigo, te guste o no.

—Está bien, tú mandas.

Bajamos las escaleras en silencio. Voy detrás de Pietro, que lleva a Ronan en brazos haciéndole cosquillas. Las risas resuenan por toda la casa que contrastan con mis nervios. Al llegar al garaje, Pietro abre la puerta del coche. Los guardaespaldas ya están en posición, esperándonos.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ronan mientras Pietro lo acomoda en su sillita.

—Es una sorpresa, hijo. Ya lo verás.

El motor arranca y salimos a la calle. Pietro y yo vamos atrás junto a Ronan. Observo por la ventanilla cómo las casas pasan veloces. El silencio en el coche es abrumador. Me doy cuenta de que Pietro no ha mencionado a sus hombres a dónde vamos, así que ellos lo saben de antemano. No sé si es una buena o mala señal.

—¿Te sientes cómoda con tantos guardaespaldas, Eli? —pregunta Pietro de repente.

Su pregunta me pilla desprevenida. Trago saliva antes de responder.

—Supongo que puedo acostumbrarme.

—Es por vuestra seguridad. Ya sabes, no podemos arriesgarnos.

Pietro me lanza una mirada de soslayo.

—Pareces nerviosa.

—Es solo la emoción por la sorpresa —miento, forzando una sonrisa.

Pasados unos veinte minutos, el coche gira bruscamente en una rotonda. Me agarro al asiento sintiendo cómo el estómago se revuelve.

—¿Falta mucho? —pregunta Ronan, impaciente.

—Ya casi llegamos —responde Pietro.

Observo por la ventanilla intentando adivinar a dónde vamos. Las calles se vuelven más estrechas y empinadas. Las mansiones son muy lujosas y modernas. No reconozco el barrio, no tengo ni la más remota idea.

El coche se detiene.

—Hemos llegado —anuncia Pietro.

Frente a nosotros se alza una imponente vivienda de tres plantas rodeada de un extenso jardín. Las luces brillan en todas las elegantes ventanas, iluminando la acera. ¿Será este el lugar donde me maten?

Bajo del vehículo y ayudo a Ronan a salir de su sillita. Lo sostengo en mis brazos, pero él se

remueve.

—¿Quieres caminar?

—Sí.

Lo dejo en el suelo y observo cómo da sus pasitos por el sendero de piedra que conduce a la entrada. El jardín es precioso, con unas buganvillas hermosas y radiantes. Pietro camina a mi lado sin decir nada. Un murmullo de voces sale de la casa. Me giro hacia atrás. Los guardaespaldas se quedan en los coches, vigilando.

—Pietro, ¿dónde estamos?

—Ya lo verás —responde enigmático.

La puerta principal se abre. Un hombre trajeado nos recibe con una ligera reverencia.

—Bienvenidos, Srs. Barone.

Apenas cruzamos el umbral, dos pequeños torbellinos se abalanzan sobre nosotros.

—¡Tía Eli! ¡Tío Pietro!

Son las gemelas, Mónica y Anna. Sus risas llenan el vestíbulo mientras se abrazan a Ronan.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto asombrada.

—¡Sorpresa! —exclaman al unísono.

Las niñas cogen de la mano a Ronan y lo arrastran hacia el interior.

—Pero ¿de quién es esta casa? —pregunto a Pietro.

—Nuestra —dicen a la vez Chiara y Vincenzo.

Los dos están de pie, justo delante de mí. Sonríen de oreja a oreja.

—Bienvenida a nuestra casa, cuñada —dice Chiara.

—Pasad, pasad —dice Vincenzo apartándose.

Vincenzo y Chiara me guían por el vestíbulo. El suelo de mármol reluce bajo mis pies. Mis ojos recorren las paredes cubiertas de cuadros elegantes. Al llegar al salón, me quedo paralizada.

Toda la familia Barone está reunida. Francesca está sentada en un sofá con un bebé en brazos. Giovanni sostiene otro un poco mayor. Beatrice, Salvatore y Leo levantan sus copas en señal de bienvenida.

—¿Qué... qué es todo esto? —balbuceo girándome hacia Pietro.

—Ahora lo entenderás —responde sonriendo.

Mira a su cuñada Chiara, quien le guiña un ojo como dando a entender una complicidad. Ella me coge del brazo y me conduce hacia un rincón apartado del salón. Beatrice ya está allí. Perpleja, me siento justo entre ellas.

—Eli, sabemos por lo que has pasado —dice Chiara en voz baja.

—Esa terrible situación del secuestro —Beatrice me pone una mano en el brazo.

—Sí, por eso queríamos hablar contigo sobre nuestras propias experiencias. Tal vez puedan ayudarte.

—Cada una de nosotras ha tenido que adaptarse a esta vida. No ha sido fácil, pero queremos que sepas que no estás sola.

Las miro con sorpresa. Un nudo se forma en mi garganta. Asiento, invitándolas a continuar. Mientras tanto, Pietro se une a su familia y empieza a charlar con ellos. Supongo que los niños con los que juega Francesca son los hijos de Chiara.

Ella toma aire y empieza a hablar. Cuenta con mucho detalle su matrimonio concertado con Vincenzo, el embarazo, su huida a París, y el asunto del Comité de Sabios. Amor, traición, peligro. Una historia alucinante.

—Una vez que pasó la tormenta, hemos criado a Elena y Daniele sin ningún problema —

continúa Chiara—. Me siento segura, de verdad, Eli. No te mentiré, puede que haya sobresaltos, tampoco puedo decir que llevamos una vida de rosas, pero dentro de lo que cabe es muy segura.

—En mi caso, fue diferente —interviene Beatrice.

Al igual que Chiara, empieza a contarme con pelos y señales su historia. La persecución de la mafia holandesa incluso con sus hijas a su lado. Lo más sorprendente, como eligió a los Barone por encima de su propia familia, los Spinazzo. Su historia es tan sorprendente como la de Chiara.

—Fue por amor —dice finalmente emocionada—. Y con amor estamos criando a las gemelas y Mattia. Mi hogar está aquí, Eli, con sus complicaciones pero también con sus beneficios.

Salta una alarma en mi interior. ¿Es que saben algo de mis intenciones con la Interpol?

Chiara me mira directamente a los ojos.

—Eli, después de lo de Volkov sé que tienes miedo —dice poniendo una mano sobre la mía —. Todas lo hemos sentido. Pero también hay amor y protección en esta familia.

—¿Y si no puedo adaptarme?

Las palabras han salido de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Te sorprenderías de lo que eres capaz —dice Beatrice—. Yo pensaba que nunca podría ser feliz aquí, y ahora no me imagino en otro lugar.

Chiara asiente, dándole la razón.

Sus palabras me hacen dudar. ¿Realmente podría encontrar mi lugar aquí? ¿O estoy condenada a vivir en un constante temor?

—¿Y vuestros hijos? —pregunto, pensando en Ronan—. ¿Cómo los protegéis de todo esto?

Chiara suspira.

—Es un desafío diario. Pero los educamos para que sean fuertes y conscientes. Para que puedan elegir su propio camino cuando llegue el momento.

Las miro agradecidas por su generosidad por compartir sus historias. Me han dado mucho en lo que pensar. Desde mi rincón, observo a Pietro jugando con Ronan. Nuestro hijo grita de alegría mientras su padre lo levanta por los aires. La conexión entre ellos es innegable. Pietro sonríe, una sonrisa que rara vez muestra en público. Sus ojos brillan con un afecto que solo reserva para Ronan.

—¡Más alto! —pide Ronan entre risas.

—¿Te atreves? —responde Pietro, elevándolo aún más.

Chiara me da un suave codazo.

—Es mucho para asimilar, lo sabemos.

Pietro se acerca con Ronan en brazos, que tiene las mejillas sonrojadas de tanto ajetreo. Extiende sus bracitos hacia mí. Lo cargo sintiendo su calor en mi pecho.

—¿Todo bien? —pregunta Pietro.

Asiento, incapaz de articular palabra. Qué gesto más bonito y romántico por parte de él. Giovanni se acerca, su presencia imponente como siempre.

—Vamos a cenar, la mesa está lista. Venga, que tengo un hambre que me comería un león.

—Yo también —dice Salvatore apareciendo por detrás.

—Joder, cuánto niño —dice Leo mirando a su alrededor—. Quizá sería una buena idea montar una franquicia de guarderías. Mucha pasta hay ahí, seguro.

—Qué visionario eres, primo —dice Salvatore sonriendo.

Nos dirigimos al amplio comedor. Las gemelas y Ronan no paran quietos. La mesa está puesta con una distinción exquisita. Cristalería fina, cubertería de plata y flores frescas adornan el centro. Me siento entre Pietro y Ronan. La conversación fluye a mi alrededor, pero me cuesta

concentrarme. Mis ojos vagan de Pietro a Ronan, observando sus gestos, sus sonrisas compartidas. Padre e hijo.

La cena, con una deliciosa langosta, transcurre entre risas y anécdotas familiares. Observo a todos unidos por lazos más fuertes que la sangre. ¿Puedo realmente abandonar esto? ¿Estoy tomando la decisión correcta?

CAPÍTULO 54

PIETRO

Acabamos de terminar la cena en casa de Vincenzo y Chiara. Somos los primeros en despedirnos porque Ronan se ha quedado dormido. Ahora lo llevo recostado sobre mi hombro mientras caminamos hacia el coche. Nos espera el equipo de guardaespaldas para llevarnos a casa.

—Esta sorpresa ha sido maravillosa, cariño —dice Eli con una sonrisa, cogiéndome del brazo.

—Amor, quiero que te sientas segura otra vez —digo encerrando una fuerte promesa en mis palabras—. Daría mi vida por protegerte a ti y a Ronan.

Eli se pellizca el labio inferior, tocada por mi compromiso. Durante un instante, siento que todo puede acabar bien.

Nos abren la puerta del coche y subimos a la parte de atrás. Ronan sigue con su cabeza apoyada sobre mi hombro. Nos ponemos en marcha. Eli se queda ensimismada mirando por la ventanilla. ¿Estará pensando en el *pendrive*? ¿Soñará con una vida lejos de mí? ¿Habrá contactado ya la policía con ella después de revisar el *pendrive*?

Lo que quiero es que Eli se quede conmigo porque lo desea, no porque yo se lo imponga. Además, como se entere mi familia de que ha robado documentación nuestra, la obligarán a someterse al Consejo de Sabios como hicieron con Chiara. Por eso este asunto lo he llevado con absoluta discreción.

—Ha sido un día inolvidable —dice Eli.

—Quiero que sepas que toda esta familia está aquí para apoyarte —digo estrechando su suave mano—. Sé que ha sido difícil todo lo que ha pasado con Volkov. Entiendo tus miedos.

Quiero decirle que lo sé todo sin asustarla, sin empujarla a tomar una decisión forzada.

—Lo que más temo es que le pase algo a Ronan —dice Eli con la voz quebrada.

—Jamás permitiré que eso ocurra —digo esperando que sienta la profundidad de mi promesa.

Me inclino hacia Eli y la beso. Una ola de calor recorre mi cuerpo. Entre la penumbra del coche, nuestras miradas se encuentran cargadas de deseo. Se me ocurre una brillante idea.

—Cambio de planes. Vamos a la cabaña —ordeno al chófer.

—De acuerdo, Sr. Barone.

—¿A la cabaña?

—Allí empezó todo.

—Es verdad.

Eli apoya su cabeza en mi hombro. Su perfume de jazmín me envuelve. El coche avanza en silencio por la autovía. Mi pulsión sexual por ella crece a cada segundo. Tengo que contenerme para no meterle mano ahora mismo.

Pasado un rato, llegamos al bosque tras un trayecto que se me ha hecho eterno. Cargo a Ronan, profundamente dormido, y entramos los tres a la cabaña. Enciendo la luz, dejo a nuestro hijo en el sofá y lo arropo con mi chaqueta.

—¿Se quedarán los guardaespaldas toda la noche fuera? —pregunta Eli en voz baja mirando por la ventana.

—Sí —respondo mientras me acerco—. Ellos se quedarán vigilando. No te preocupes por nada.

De repente, la cojo en volandas. Suelta un grito divertido de sorpresa. Sus ojos centellean de lujuria. Entre risas, la llevo al dormitorio sintiendo el calor de su cuerpo en mis manos.

Cruzo el umbral y la deposito suavemente sobre la cama. Eli me mira expectante. Su cabello se extiende sobre la almohada como un mar rojo. Me quito la corbata con desesperación.

—Pietro... —susurra.

Me inclino sobre ella. Nuestros labios se encuentran en un beso intenso, húmedo y lascivo. Le voy quitando la ropa con prisa. La blusa, la falda, fuera. Son tantas las ganas de estar dentro de ella, de oírle gemir mi nombre cuando la lleve al orgasmo… Las bragas, el sujetador, también van fuera.

—Eres una maravilla, una obra de arte —le digo con admiración.

Jadeando, me desabotono mi camisa con prisa, después el pantalón, los calzoncillos y los calcetines. Voy gateando hacia ella con mi polla erecta y lista para adentrarse en el paraíso irlandés.

—Bellezón —murmuro, recorriendo con la mirada las curvas de su cuerpo.

Exploro su piel desnuda de alabastro. Ella se estremece bajo mi tacto. Siento que no doy abasto ni con mis manos ni con mi boca. Hay tanta piel por descubrir, desear y amar.

—Pietro, te necesito... —gime suavemente.

Nos erguimos y la abrazo por detrás. Mientras nos besamos, deslizo la punta de mis dedos sobre su vientre y llego a su coño, que siento ya húmedo. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, dejándose hacer. La ventana se ilumina sutilmente por la luz de la luna. Imagino que estamos solos, perdidos en la montaña y que no volveremos a la civilización en mucho tiempo.

Masajeo su clítoris con la palma de mi mano. Ella gime y gime, la estoy destrozando de placer. Meto dos dedos y los doblo con destreza. A la vez, nos besamos como animales en celo.

—Pietro, por favor, me estás matando.

Intercambiamos una mirada de pasión y locura. En este momento no existen ni el pasado ni el futuro. Solo nosotros dos, unidos en cuerpo y alma.

—Te amo, Pietro —susurro.

—Y yo a ti, Eli.

Bajo la mano hasta la zona del perineo, acaricio con intensidad. Ella agita la cabeza, y un descontrolado mechón de su pelo le cubre sobre su cara pecosa. Está desatada. Con la otra la sostengo por la cintura para que no se desmaye.

La pongo a cuatro patas. Manoseo su estupendo culo como un maníaco, sintiendo mi polla tan dura que me molesta.

Empujado por el deseo, se la meto mientras que con una mano la sujeto por la cadera. La embisto unas cuantas veces para mantenerme caliente. Joder, qué excitante y poderoso es ver

cómo su cuerpo se agita atravesando su culo en pompa. Nos perdemos el uno en el otro, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía.

CAPÍTULO 55

ELI

Después de follar hasta las tantas, bajo las sábanas nos quedamos abrazados en silencio. La respiración de Pietro se va calmando. Acaricio su espalda desnuda, trazando círculos lentamente con los dedos.

—Te quiero, Pietro —murmuro.

Levanta la cabeza y me mira. En sus ojos verdes veo amor y un futuro juntos.

—Y yo a ti, princesa.

Poco a poco, Pietro cae en un sueño profundo. Pero yo permanezco despierta, como si quisiera protegerlo de algo que nos acecha. Pasado un rato sin poder dormir, me levanto y me pongo su camisa. Cómo huele a él, me encanta.

Después de pasar por el baño, voy al salón para comprobar que Ronan duerme sin problema. Antes, descorro la cortina de la ventana y compruebo que los guardaespaldas siguen en su sitio. Ver el coche me relaja mucho más.

Mientras la noche avanza, analizo con detenimiento mis sensaciones y miedos. Si me quedo con Pietro para siempre, le debo una conversación honesta sobre Irene Delgado. Pero no sé cómo va a reaccionar si le digo que robé documentación de los Barone.

Tengo que arriesgarme. No quiero construir una vida con él, y que en los cimientos haya una verdad oculta entre nosotros. Eso nos acabará por destruir.

Los primeros rayos del alba me pillan así, todavía sentada en el sofá con los brazos rodeando mis piernas. Desde aquí, a través de la ventana, puedo ver entre la copa de los pinos una franja de cielo que se va clareando, y me maravillo de este espectáculo de la naturaleza.

Oigo un ruido en el dormitorio. Pietro se ha despertado. El pulso se me acelera. Ay, Dios, qué nervios. Me va a matar. No, tienes que calmarte, Eli. Respira hondo y tranquila. Has sobrevivido a un secuestro, podrás con esto que va a pasar.

Pasos que vienen hacia aquí. Pietro aparece con un *pullover* que habrá encontrado por ahí y con sus pantalones puestos. Sonríe al ver que llevo su camisa.

—Buenos días —dice.

—Hola, amor —le digo sonriendo.

Nos besamos en los labios y enseguida se lo suelto.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Siéntate.

Estiro los pies para que toquen la alfombra. Las manos, cogiendo un cojín como si fuera un escudo entre los dos. Pietro se acomoda en el sillón frente a mí con expresión intrigada.

—Pietro, hay algo que debo confesarte.

Tomo aire. Cada latido de mi corazón resuena como un cañonazo.

—Después de lo de Volkov, estaba aterrada. Temía por Ronan, por nuestro futuro. Así que... contacté con alguien. Una agente de la Interpol. Irene Delgado. La conocí cuando estuve a punto de colaborar para evitar mi boda con Volkov, pero al final no lo hice por miedo.

Se inclina hacia delante con expresión preocupada.

—¿Qué le dijiste a esa policía?

—Que quería una nueva vida junto a mi hijo, más segura. Ella me pidió información a cambio de conseguirme a Ronan y a mí una nueva identidad. Así que metí en un *pendrive* los documentos que encontré en el ordenador del despacho de tu padre.

Pietro se queda en silencio, apretando sus mandíbulas.

—Así que Irene Delgado… —dice para sí mismo.

—Lo siento mucho, Pietro. Tenía miedo. No sabía qué hacer, perdón —digo con los ojos empañados de lágrimas.

Para mi sorpresa, una leve sonrisa se dibuja en su cara.

—Ya lo sabía, Eli.

Me quedo boquiabierta.

—¿Cómo...?

—Tu actitud en la casa en algunos momentos fue sospechosa para la familia y eso llamó la atención. A regañadientes, me puse a investigar y encontré un número en el registro telefónico al que llamaste que me dio mala espina.

—El de Irene Delgado.

—Sí, ese.

—Soy una pésima espía —digo sacudiendo en la cabeza.

—Encontré el *pendrive* en la galería, en el baño.

De repente, algo no me cuadra.

—No lo entiendo —digo extrañada—, pero si Irene lo tiene en su poder. Me escribió diciendo que la información es buena, así que debió de revisarla.

—Borré todo lo relacionado con las cuentas en paraísos fiscales y la sustituí por datos falsos —Sonríe con astucia—. Estarán entretenidos durante meses buscando pistas falsas, así nos dejarán tranquilos por una temporada.

Un escalofrío recorre mi espalda. Todo este tiempo, he estado en la cuerda floja. Este maldito siempre ha estado un paso por delante en todo.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando lo descubriste? —pregunto.

Pietro se pone en pie, se acerca y se sienta a mi lado. Tiene el cabello un poco revuelto, pero está guapísimo con esa incipiente barba mañanera.

—Amor mío, quería que te quedaras por voluntad propia, no por obligación —dice mirándome—. Pero si no hubieras deseado quedarte, te habría forzado a hacerlo porque te amo y quiero que viváis conmigo.

Ahora no sé cómo sentirme, tengo sensaciones contradictorias.

—¿Qué va a pasar ahora?

Pietro me toma de las manos.

—Que vamos a ser felices los tres —dice señalando a Ronan con la barbilla—. Estás a salvo.

Nadie más sabe tu relación con Delgado. Solo tú y yo.

—¿Y la policía?

—Me encargaré de ella. No te preocupes.

—Ni si te ocurra matarla.

—Los Barone no tocamos a las mujeres, cariño. Como mucho las amenazamos. A Delgado solo le escribiré un mensaje desde tu teléfono diciendo que de momento te quedas con los Barone.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero siento un nudo en el estómago.

—Pietro, yo...

Me interrumpe con un cálido beso. Su sabor se queda en mis labios, como una brisa de primavera.

—Te amo, Eli. Somos un matrimonio, marido y mujer, haremos que esto funcione. Confía en mí.

Sus ojos verdes resplandecen como esmeraldas. Sí, estoy enamorada hasta las trancas de él. Lo que ha hecho por mí, por Ronan... Trago saliva y me echo a llorar. Pietro me rodea con un brazo. Los rayos del sol entran poco a poco en la cabaña. Va a ser un día precioso, lo presiento.

EPÍLOGO

PIETRO

Un año después…

Un rayo de luz claro y directo penetra a través de los vitrales de la iglesia, y acaricia las rosas blancas que adornan los bancos y el altar. El agradable aroma flota en el aire creando un ambiente perfecto para el bautizo de la pequeña Mónica, nuestro segundo hijo.

—El agua del bautismo purifica y une las almas —pronuncia el sacerdote.

Sostengo a Mónica en mis brazos con su vestido de impoluto blanco. Eli está a mi lado, radiante como siempre. Parece que fue ayer cuando nos reencontramos en Florencia. Ahora aquí, juntos, una familia unida para siempre.

Ronan mira a su hermanita entre curioso y fascinado. Como hermano mayor, seguro que la protegerá con uñas y dientes. El sacerdote vierte el agua sobre la frente de Mónica, bendiciéndola. Sus ojos se abren como platos. Se remueve, pero no llora.

El sacerdote nos invita a acercarnos al altar. Entrego a Mónica a mi esposa y la observo mientras pronuncia las palabras de la liturgia. Atrás, los invitados nos observan con atención. Toda la familia Barone, incluido Riccardo que ha venido de Roma. Por supuesto, la familia de Eli, Emma, Gavin y su hija de casi trece meses.

La ceremonia termina con gran emoción y salimos a la calle, al casco histórico de la ciudad. El clima es primaveral, como casi siempre en Marbella. La familia y amigos están ahí, esperándonos con expectación.

Salvatore se acerca con Beatrice y las gemelas. Ronan corre hacia ellas con una energía incansable. Leo y Riccardo charlan ruidosamente, como siempre. Mis padres forman un corrillo con Vincenzo, Chiara y los niños. No falta nadie.

Un rato más tarde, todos nos desplazamos al restaurante de Puerto Banús. Entro en el comedor y quedo impresionado por la transformación. Las paredes color crema, normalmente desnudas, lucen ahora con guirnaldas de flores rosas y doradas. Las mesas redondas, cubiertas con manteles de lino blanco, lucen perfectas.

Los camareros ofrecen copas de vino y bandejas de canapés, que se quedan vacías en cuestión de minutos. Veo a Riccardo y me acerco con Eli.

—Riccardo, te presento a mi esposa, Elizabeth.

Mi querido hermano lleva el pelo corto y está un poco delgado. Será que no le dan bien de comer en el cuartel. Estrecha la mano de Eli con una sonrisa.

—Un placer conocerte al fin. Pietro no para de hablar de ti.

—El placer es mío —responde—. ¿Qué tal te va en el Ejército?

—Bien, aunque echo de menos a la familia. La disciplina física es dura, pero me mantiene en forma.

—Es todo un teniente del Ejército italiano —digo orgulloso—. Un magnífico francotirador.

—Vaya, impresionante.

Mi padre se acerca y me hace un gesto para que lo acompañe. Dejo que Eli y Riccardo charlen un rato. Nos apartamos un poco del bullicio.

—Hijo, estoy orgulloso de ti —dice, apoyando su mano en mi hombro—. Has formado una familia estupenda.

—Gracias, papá.

—Poco a poco todos van encontrando su camino, y eso me alegra. ¿Vais a tener más niños, no? —dice con un tono que parece más bien una orden.

—Me gustaría, pero vamos de uno en uno.

—Ya sabes que a tu madre y a mí nos gusta ver la casa llena de juventud, porque eso nos hace sentir jóvenes también.

Mi madre viene y se lo lleva para contarle no sé qué cosa. Leo viene a mí con una copa en la mano y el ceño fruncido.

—Leo, ¿qué ocurre?

—Nada, solo... —duda un momento—. Entonces, ¿estás seguro de tu esposa?

Reprimo un suspiro de frustración. Mi hermano no sabe nada del *pendrive* ni de Delgado, y así seguirá.

—Ya basta, Leo. Eli es una Barone. Se lo ha ganado. Confía en ella como yo lo hago. Se lo ha ganado. Sí, ella tenía sus dudas, pero lo he arreglado.

—¿Cómo?

—No me preguntes por los detalles. Solo te diré una cosa, querido hermano.

—¿Qué?

—Cuando estés enamorado, lo entenderás todo.

—Buf, vaya chorrada —dice y se marcha.

Busco a Eli con la mirada y la encuentro junto al carrito de Mónica. Nuestra hija duerme plácidamente ajena al bullicio. Me acerco y rodeo la cintura de mi esposa.

—¿Cómo están mis chicas favoritas?

Eli sonríe y apoya su cabeza en mi hombro.

—Felices, Pietro.

Observo la sala llena de familiares y amigos, el rostro sereno de mi hija, la sonrisa de mi esposa. Siento una calidez en el pecho que nada tiene que ver con el alcohol. Las gemelas y Ronan se han sentado a la mesa, y se están poniendo morados de frutos secos.

—Me alegro —respondo besando su frente—. Y vamos a luchar para que sea siempre así, ¿verdad, amor?

—Y al final ganaremos todas las batallas porque el amor está de nuestro lado.

—Qué bien hablas —le digo acercándola a mí y besándola con pasión.

~

Reserva ya el cuarto libro de Los Barone. Apasiónate con el romance entre Leo y Natalia. Matrimonio concertado, identidad secreta, final feliz y mucha intriga. >>Haz clic aquí

Si te ha gustado la novela, por favor, considera dejar una reseña para que a otras lectoras les ayude a decidir leerla. >>Haz clic aquí

Subscríbete a mi newsletter para avisarte del siguiente libro de la saga. >>Haz clic aquí.